

de

John Brunner
**El viajero
de negro**



Lectulandia

John Brunner -ganador de los premios Hugo, British Science Fiction y Apollo- es uno de los más respetados escritores de ciencia ficción. Su monumental «Todos sobre Zanzíbar», premio Hugo 1969, es ya un clásico del género. «El viajero de negro» es una de las más importantes novelas de fantasía, en la tradición de Lord Dunsany, que se han publicado en los últimos años.

Hay ciertamente algunos escritores geniales... Pero para la mayoría nada vale tanto como la experiencia, el trabajo y el esfuerzo. Un inglés como John Brunner, que está a punto de convertirse en uno de los mayores escritores de su generación, dentro y fuera de la ciencia ficción, tiene tras de sí casi treinta novelas. Sin duda aprendió a escribir.

Lectulandia

John Brunner

El viajero de negro

ePub r1.0

FLeCos 29.04.17

Título original: *The Traveler in Black*

John Brunner, 1971

- El Estigma del Caos (*Imprint of Chaos*, 1960)
- Romper las Puertas del Infierno (*Break the Door of Hell*, 1966)
- La Apuesta Perdida por Ganada (*The Wager Lost by Winning*, 1970)
- Temido Imperio (*Dread Empire*, 1971)

Traducción: Matilde Horne

Editor digital: FLeCos

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EDICIÓN
CONMEMORATIVA
4.º ANIVERSARIO

**"MÁS
LIBROS,
MÁS
LIBRES"**




epublico

Prólogo

John Brunner nació en Oxfordshire, Inglaterra, el 24 de setiembre de 1934 y se educó en el Cheltenham College, donde se especializó en lenguas modernas. Fue en esa época de estudiante cuando publicó su primer novela, de la cual dijo: «Felizmente fue publicada con seudónimo y desapareció sin dejar rastros».

Su interés por la ciencia-ficción, género en el cual es actualmente una de las figuras más importantes, comenzó a los seis años al caer en sus manos un ejemplar de *La Guerra de los Mundos*, de H. G. Wells.

En el intervalo entre su salida del college y su incorporación a la RAF vendió algunos cuentos cortos a revistas estadounidenses, siendo el primero «Thou Good and Faithful», con el seudónimo de John Loxmith (ha utilizado también los de Keith Woodcott y Trevor Staines), publicado en *Astounding* en marzo de 1953. Al retornar a la vida civil publicó un buen número de cuentos que le hicieron suponer que estaba en condiciones de vivir de la literatura. Se mudó de Berkshire, donde vivía, a Londres y se dispuso a conquistar el mundo. Pronto se dio cuenta de su error y tuvo que desempeñar gran cantidad de oficios para poder sobrevivir. Por ese entonces consiguió un buen trabajo en la Industrial Diamond Information Bureau, donde se encontró bajo las órdenes de otro escritor de ciencia-ficción, John Christopher, seudónimo de C. S. Young.

Durante los dos años que desempeñó ese puesto continuó escribiendo febrilmente. En 1958 se casó con Marjorie («mi admirador más fervoroso, mi crítico más severo»). Fue entonces que, él y su mujer, ingresaron en el comité que organizaba las primeras campañas para solicitar el desarme nuclear. Eso lo llevó a escribir la canción «The H-Bombs' Thunder», considerada el himno del movimiento pacifista inglés. Esta actividad influyó decisivamente sus obras, dado que fue adquiriendo la convicción de que nos hallábamos en un planeta demasiado pequeño para que no lo destruyeran los nacionalismos o los preconceptos. Esa convicción se acrecentó cuando tuvo la oportunidad de observar el nacimiento de un partido neo-nazi en Baviera, experiencia que le permitió escribir el libro *Wear the Butcher's Medal*, editado por Pocket Books en 1965.

Brunner tiene más de sesenta libros publicados entre los cuales hay ficción general, ciencia-ficción (gran mayoría), espionaje, poesía y ensayos. Entre su extensa producción merecen destacarse sus novelas *The Squares of the City*, *The Whole Man* (ambas nominadas para el premio Hugo) y *Quicksand* (nominada para el premio Nébula).

En 1966 ganó el premio British Fantasy concedido por la British Science Fiction Association por su contribución al género, y en 1967 fue invitado de honor en la Convención Anual de Ciencia Ficción Británica. En 1969 recibió el premio Hugo por su monumental novela *Stand on Zanzibar* (*Todos sobre Zanzibar*), que Ediciones

Andrómeda publicará dentro de su colección Más Allá. En 1966, su novela *The Sheep Look Up* fue distinguida como la mejor obra editada en Italia. Recientemente ha recibido en Francia el premio Apolo al mejor autor extranjero del género.

Su gran capacidad de trabajo le ha permitido abordar muchos géneros, entre ellos el de guionista de cine y televisión. Uno de los más notables episodios de la serie *Out of the Unknown* fue basado en su relato «Some Lapse of Time». Compone canciones (aunque confiesa tocar muy mal la guitarra y el banjo), una de las cuales fue grabada por el célebre Pete Seeger.

Otra de sus pasiones son los viajes y los idiomas. Actualmente habla correctamente dos idiomas (además del inglés) y conoce otros seis, entre ellos el griego. Es miembro de la Society of Authors (Londres), PEN International, la British National Union of Journalists' Authors Committee y es vicepresidente consejero de la Science Fiction Foundation at the North-East London Polytechnic.

En estos momentos vive en Somerset, Inglaterra, donde continúa escribiendo permanentemente.

Su obra es una de las más típicas de la ciencia-ficción. Esto es, un escritor que se ha hecho, que se ha pulido, publicando. La enorme cantidad de aventuras editadas en los ya históricos volúmenes dobles de la editorial Ace fueron campo de prueba para sus obras posteriores. En un reciente reportaje en la revista *Horizon du Fantastique*, Gérard Klein, seguramente el mejor autor francés, expresó: «John Brunner está a punto de convertirse en uno de los mayores escritores de su generación, dentro y fuera de la ciencia-ficción». Su obra cumbre es sin duda alguna *Stand on Zanzibar*, piedra fundamental de toda la ciencia-ficción de los años setenta. Una ciencia-ficción más preocupada por los problemas cercanos y prospectivos, que por los viajes espaciales o la conquista de nuevos mundos. En ella realiza un «escenario» perfecto del mundo en el año 2010. El problema de la superpoblación, la polución ambiental, la falta de alimentos, la lucha de los países subdesarrollados, la carrera armamentista, la alienación colectiva, tienen en *Zanzibar* su expresión más cuidadosa y acabada. Verdadera obra ciclópea de más de seiscientas páginas, será objeto de un estudio más completo en su publicación en castellano: la dificultad de la traducción por sus problemas de lenguaje, su estructura similar a la de USA. de John Dos Pasos, etc.

El viajero de negro es una obra curiosa dentro de la producción de Brunner, ya que raramente ha escrito fantasía. Si recordamos su vieja novela *Space-Time Juggler*, que se desarrollaba en un planeta con una especie de sociedad feudal, encontraremos la base estructural de *El viajero de negro*. Sin embargo, de aquella aventura a esta novela hay mucha diferencia. Brunner parece relatar en ella la muerte de la magia, el fin del caos. En el mundo actual no habría ya campo para los dragones, magos, filtros y maleficios. Son reemplazados por la bomba H, los políticos, la superpoblación, en fin todas las calamidades modernas. Es por eso que la historia de la humanidad podría describirse como el camino que va desde *El viajero de negro* a *Todos sobre Zanzibar*.

Frecuentemente ha sido acusado de dedicar mayor esfuerzo al escenario, al

«background» de la historia, que a la trama misma. Sus detractores afirman que tiene buenas ideas, pero que no sabe concretarlas. Es posible que alguna razón tengan, pero también es importante notar que como Brunner trabaja con materiales muy cercanos, con problemas muy reales, cualquier desfasaje con lo cotidiano se nota muchísimo más que en otros escritores. Por otra parte el escenario es, en el caso Zanzíbar, el argumento. John Brunner es el más «realista» de los escritores de ciencia ficción.

Jorge. A. Sánchez

UNO

El estigma del caos

*Ante mare et terras et quod tegit omnia caelum unus erat toto naturae vultus in orbe,
quen dixere Chaos: rudis indigestaque moles.*
—Ovidio: Metamorfosis, 15

I

Tenía muchos nombres, pero una sola naturaleza, y esa naturaleza única lo supeditaba al imperio de ciertas leyes que no obligaban al común de la gente. A modo de compensación, se hallaba a su vez eximido de otras leyes de vigencia más universal.

No había, empero, diferencia alguna en cuanto a la rigidez de su código particular de leyes y las que regían para los demás. Y una de las normas a que debía atenerse muy estrictamente, estipulaba que en determinadas estaciones debía partir a inspeccionar aquella parte del Todo que le fuera asignada como de su responsabilidad exclusiva.

En consecuencia, al día siguiente de la conjunción de cuatro planetas significativos en ese entorno, emprendió un viaje que habría de ser igual y no obstante diferente de los muchos que lo precedieran.

Habíase estipulado que en esta oportunidad, a menos que alguna razón de peso se opusiera a ello, debería andar por caminos trillados, y con la buena voluntad suficiente —pues no estaba en su naturaleza el rebelarse contra la necesidad— trazó su itinerario en forma tal que iba, volvía y serpenteaba a través de todas aquellas zonas donde pudiera hacerse responsable de los acontecimientos, y terminaba a corta distancia de donde había comenzado. Terminaba, para ser precisos, en la ciudad llamada Ryovora: aquel lugar de sus dominios donde, por milagro, la gente tenía la cabeza bien puesta.

E hizo esto por una excelente razón. Porque entrañaba para él la certidumbre de que cuando, *a posteriori*, reconsiderase la situación, el recuerdo de un lugar donde pudo con justa razón sentirse satisfecho de su trabajo, ocuparía un sitio privilegiado en su memoria.

Así pues, en una mañana de sol en que había gorjeos de pájaros y escasas nubes en un cielo impregnado de la fragancia de las flores, inició su travesía a lo largo de un camino polvoriento, hacia su primer punto de destino.

Era éste una inmensa ciudad negra erigida en torno de una altísima torre, y a la que sus habitantes daban el nombre de Acromel, el lugar donde la misma miel era amarga. Era algunas veces causa de un moderado asombro —incluso para él, el de los nombres múltiples y la naturaleza singular— el que ésta, la más compleja de las ciudades, se encontrase emplazada a pocas horas de marcha de Ryovora. Y sin embargo era así.

Y el poder afirmar sin temor a incurrir en contradicción que una cosa, la que fuere, era así, era ya el indicio que auguraba sus logros.

Ante él, en el declive de una colina salpicada de arbustos de hojas grisáceas, el camino empezaba a serpentear. Un viento lugareño levantaba móviles remolinos de polvo entre los matorrales y borraba las huellas de los caminantes. Había sido debajo de esta colina donde el viajero aprisionara a Laprivan de los Ojos Amarillos, a quien

los recuerdos del ayer le eran aborrecibles; algún poder menguado subsistía en este ser elemental, poder que inevitablemente empleaba en borrar todo rastro del pasado.

Empuñó su báculo —estaba hecho de luz, cuajado con una multitud de fuerzas singulares— y asestó un solo golpe seco en la desnuda cresta de una roca, a la vera del camino.

—¡Lapriivan! —gritó—. ¡Lapriivan de los Ojos Amarillos!

Al conjuro de su voz los remolinos cesaron de girar. Resentidos, se hundieron nuevamente en la tierra, para que el polvo del que estaban compuestos cubriera una vez más las desnudas raíces de los matorrales de hojas grises. Casi todos los habitantes del distrito creían que las hojas eran grises a causa del polvo del camino, o porque tal era su naturaleza; no era así.

Lapriivan se irguió en su prisión subterránea, y la carretera se conmovió. Grietas lo bastante anchas como para haber engullido a un carretón aparecieron en su superficie. Desde ellas, una voz profunda resonó:

—¿Qué quieres de mí hoy, entre todos los días? ¿No acabarás jamás de atormentarme?

—No soy yo quien te atormenta —fue la serena respuesta. Es tu memoria la que te atormenta.

—¡Déjame en paz, entonces! —dijo lóbregamente la potente voz—. Deja que continúe borrando esos recuerdos.

—Como tú lo deseas, sea —repuso el viajero y agitó su báculo—. Las grietas del camino se cerraron con un chasquido; reaparecieron los remolinos de polvo; y cuando volvió la cabeza desde la cresta de la colina, ya las huellas de sus pasos se habían borrado.

El camino trepaba, zigzagueante y desierto, hacia Acromel. Durante cierto trecho, antes de llegar a la ciudad, corría a la vera del río llamado Metamorphia, hecho éste conocido en verdad por pocas personas, porque aunque parecía ser el mismo río que derramaba sus aguas bajo los altos murallones almenados de la ciudad, no era el mismo río... y no lo era por causa razonable y suficiente. Era la particularidad del río Metamorphia el alterar la naturaleza de las cosas y por consiguiente modificar también su propia naturaleza después de fluir a lo largo de un prescrito número de leguas.

El viajero se detuvo junto a un parapeto de piedra que dominaba al oscuro torrente y contempló, meditativo, los objetos que pasaban flotando sobre las aguas. Algunos habían sido peces, quizá; otros eran detritus de las orillas... hojas, ramas, piedras. Los que antes fueran piedras continuaban flotando, por supuesto; los que fueran flotantes por naturaleza, se hundían.

Arrancó un trozo de piedra del desconchado parapeto del muro y lo arrojó al agua. La transformación que sufrió no fue por cierto grata a la vista.

Al cabo de un rato volvió a alzar la mirada y en la orilla opuesta avistó a una joven que había salido de un bosquecillo mientras él estaba absorto en sus

meditaciones. Era extraordinariamente hermosa. Y lo que es más, no tenía ningún reparo en exhibir su hermosura, pues sólo la vestía su largo, bellísimo pelo.

—También tú conoces la naturaleza de este río —dijo la joven luego de observarlo un momento.

—Se me ha advertido que la naturaleza del río es alterar la naturaleza de las cosas —admitió el viajero—. Y por lo tanto altera también su propia naturaleza.

—¡Baja conmigo, entonces, y bañémonos en él!

—¿Por qué deseas cambiar tu naturaleza? —Fue la respuesta—. ¿No eres hermosa, acaso?

—¡Hermosa soy! —exclamó la doncella—. ¡Pero sin seso!

—Entonces eres Lorega de Acromel, y tu fama ha cundido por comarcas remotas.

—Soy como dices, Lorega de Acromel. —Le clavó la mirada de sus ojos color miel, y se arrebujó en la larga vestidura de su pelo—. ¿Y cómo te llaman a ti los hombres?

—Yo tengo muchos nombres, pero una sola naturaleza. Puedes llamarme Mazda, o como te plazca.

—¿Entonces, ni siquiera conoces tu propio nombre? ¿No tienes un nombre que tú prefieras?

—Poco importa el nombre si la naturaleza es inmutable.

Ella se rió con desdén.

—¡Hablas con frases sonoras pero huecas, Mazda, o quienquiera que seas! Si tu naturaleza es inmutable, ¡demuéstralo! ¡Deja que te vea descender en las aguas de este río!

—No dije tal cosa —murmuró apaciblemente el viajero—. No dije que mi naturaleza fuese inmutable.

—Entonces, eres un cobarde. No obstante, baja conmigo y bañémonos en este río.

—No lo haré. Y bueno sería que tú meditaras acerca de esto, Lorega de Acromel: que si eres necia, también necia es tu intención de bañarte en Metamorphia.

—Eso es demasiado profundo para mí —dijo Lorega tristemente, y una lágrima se deslizó por su tersa mejilla—. Soy incapaz de razonar como lo hacen las personas sensatas. ¡Deja, entonces, que cambie mi naturaleza!

—Como tú lo deseas, sea —dijo el viajero en tono sombrío, y agitó su báculo. Un gran terrón se desprendió de la orilla y cayó en el agua, produciendo una intensa marejada. Una ola de esta marea empapó a Lorega de pies a cabeza, provocándole, al igual que a la tierra de la orilla en el momento de romper la superficie, una serie de cambios.

Pensativo, y con un dejo de tristeza, el viajero se volvió para continuar su travesía hacia Acromel. A sus espaldas, los gritos lastimeros de lo que antes fuera Lorega atronaban el espacio. Mas él estaba supeditado a ciertas leyes. No volvió la cabeza para mirar.

Frente a las vastas puertas negras de la ciudad, que tenían treinta metros de altura

y treinta de ancho, dos hombres desarrapados luchaban con sendas mazas. El viajero se apoyó en su báculo y los observó apalearse el uno al otro durante toda una hora, hasta que ambos se sintieron demasiado débiles para continuar, y tuvieron que detenerse jadeantes, fulminándose mutuamente con la mirada, mientras recuperaban el resuello.

—¿Cuál es el motivo de vuestro pleito? —dijo entonces el viajero.

—Nada que a ti te concierna, hombrecito de negro —gruñó el que estaba más cerca de los dos—. Sigue tu camino y déjanos tranquilos.

—¡Espera! —dijo el otro—. ¡Pregúntale primero si por ventura no lo trae aquí el mismo menester que a nosotros!

—¡Bien pensado! —concedió el primero, alzando amenazante su gran garrote—. ¡A ver tú, habla!

—Primero debo saber qué os trae aquí a vosotros, antes de poder deciros si el mío es o no es el mismo menester —le señaló el viajero.

—¡Bien pensado! —admitió el segundo, quien ahora también se le había acercado amenazante—. Habrás de saber que yo soy Ripil de la aldea llamada Masergon...

—Y yo —interrumpió el primero—, soy Tolex de la aldea llamada Wyve. Una semana atrás partí de la casa de mi padre, teniendo él seis hijos de más edad que yo...

—¡Lo mismo que hice yo! —volvió a interrumpir Ripil—. ¡Exactamente lo mismo! ¿Habrás registrado mi nombre, confío, forastero? ¡Buenos motivos tendrás para recordarlo un día!

—¡Todos los hombres habrán de recordarlo! —replicó Tolex desdeñosamente—. ¡Recordarán tu nombre para reírse de ti, y cuando los pilletes lo garrapateen temerariamente con carbón en las paredes, las viejas escupirán en el suelo al pasar cojeando frente a él!

Ripil lo miró, iracundo.

—¡Papanatas! ¡Poseído por una inverosímil desfachatez! ¡Sigue tu camino antes que sea demasiado tarde y la gente de esta ciudad te cuelgue encadenado frente al altar!

—¡Vuestro menester, veamos! —gritó el viajero, justo a tiempo para impedir una reanudación de la pelea.

Tolex le dirigió una sonrisa amplia pero sin humor.

—¡Vaya, si es todo tan simple! ¡Este idiota llamado Ripil vino hacia aquí pensando en hacer fortuna, destronar al Duque de Vault y reclamar para sí la mano de Lorega de Acromel! ¡Como si un bellaco, un aldeano rústico pudiera hacer algo más que soñar con tamañas glorias!

—¿Y tu propia ambición?

—Bueno, yo he venido a hacer fortuna y ser elegido heredero del Duque de Vault, en cuyo momento se me otorgará, naturalmente, la mano de Lorega.

El viajero, no sin motivo, estalló en una carcajada. Un momento después, también Tolex se echó a reír, suponiendo que la causa de la hilaridad era únicamente la

insensatez de Ripil, y Ripil, sombrío el rostro como una nube tormentosa, cogió su garrote y empezó a apalearlo nuevamente.

El viajero los dejó en lo suyo, y penetró en la ciudad.

II

En esta ciudad llamada Acromel había un templo, coronando la negra torre a cuyo alrededor se apiñaban los edificios como un solo ónix sobre un pilar de ágata. En ese templo, ante el ídolo rojo del dios Lacrovas-Pellidin-Agshad-Agshad, el Duque de Vault bostezaba por detrás de su mano.

—Llévatela —dijo al sumo sacerdote, señalando hacia la izquierda con su enorme cabeza barbinegra.

El sumo sacerdote se inclinó en una reverencia hasta el duro y resbaloso piso e hizo una seña a sus esbirros. Un momento después la consorte que durante quince años compartiera la vida de Vault, y que hasta ese momento también había compartido el trono, colgaba de la horca frente al altar, y la sangre de su corazón caía gota a gota en las manos de Agshad, abiertas como un cáliz para recogerla.

Y sin embargo eso no fue suficiente.

El Duque de Vault frunció el entrecejo hasta que su frente quedó surcada como un campo arado para cultivar hortalizas y sus anchos dedos tamborilearon en el brazo de su trono de ébano. Miró al ídolo.

Desde la posición privilegiada que ocupaba, veía a Agshad en la actitud de aceptar el sacrificio, abierta la boca, cerrados los ojos, las manos extendidas y ahuecadas en un cáliz lleno de sangre. A la izquierda Pellidin, que compartía el cuerpo de Agshad mas no su cabeza ni sus miembros, aparecía representado en el acto de hacer justicia: a saber, arrancando la vida a tres personas de sexo indeterminado —indeterminado porque el cruel abrazo de Pellidin había estrujado los cuerpos hasta convertirlos en un amasijo gelatinoso, del que sólo los brazos y las piernas asomaban, como las patas de un escarabajo—. A la derecha, Lacrovas aparecía representado en el acto de exterminar enemigos, con una espada en una mano y un mangual en la otra. Y finalmente, de espaldas al sitial donde por preferencia del duque de Vault tenía instalado su trono, estaba el segundo Agshad en actitud de devoción, las manos juntas y entrelazadas y los ojos alzados hacia el cielo con una mirada suplicante. Aquel era el aspecto del Dios Cuádruple que menos interesaba al Duque de Vault.

Al pie del estrado desde el cual presidía, sacerdotes y acólitos por centenares —predominantes verdugos, hombres expertos en todas las artes de la carnicería humana— entretejían sus líneas de movimiento de acuerdo con los preceptos de la magia tradicional. Sus cánticos ascendían, misteriosos, hacia el abovedado techo del templo, junto con el hedor de las bujías hechas con la grasa de aquellos que fueran antes colgados de las cadenas, frente al altar. No había razón alguna para que se desperdiciaran sus restos mortales ¿verdad que no?

Pero por otra parte tampoco había razón alguna —hasta ese momento— para todo aquel ritual. Por lo menos, el efecto deseado no había sido logrado. Si ni siquiera su

propia consorte había bastado para provocar la reacción buscada ¿qué podría provocarla? El Duque de Vault cavilaba y cavilaba.

En un impulso, hizo una seña al segundo sacerdote, y con un dedo de dorso velludo apuntó al propio sumo sacerdote.

—Llévalo a él —le ordenó.

Y tampoco eso fue suficiente.

En consecuencia, media hora después del mediodía de aquel día envió a la guardia del templo a la ciudad, y los esbirros emprendieron la búsqueda de ciudadanos ociosos para reunidos en el atrio a la entrada del templo. Si no era una cuestión de calidad, razonaba el Duque de Vault, quizá fuese una cuestión de cantidad. El segundo sacerdote —convertido ahora, claro está, en sumo sacerdote por derecho de sucesión— había sido consultado y había dado su considerada opinión de que un centenar, todos a la vez, tendría que producir el efecto deseado. El Duque de Vault, para mayor seguridad, había ordenado que llevasen al templo un millar, y había puesto a trabajar a carpinteros y herreros en las horcas de rechinantes cadenas requeridas para el sacrificio.

Los esbirros del templo llevaron a cabo su misión con toda diligencia, tanto más por cuanto temían que la elección pudiese recaer en ellos cuando el Duque de Vault hubiese consumido su provisión de ciudadanos ordinarios. Llevaron a todos los que pudieron apresar, y entre la muchedumbre había un hombrecito vestido de negro, que parecía estar poseído por una risa incontrolable.

Su hilaridad era en verdad tan extrema que se hizo contagiosa, y el Duque notó el hecho y bramó a través del piso del templo con un aullido de furia.

—¿Quién es ese idiota que así ríe en este lugar sagrado? —preguntó con su voz taurina—. ¿No se da cuenta ese hombre que estos son asuntos serios y que el mínimo error en nuestras acciones puede ser fatal? ¡Sacerdotes! ¡Traedlo a la rastra a mi presencia!

Poco rato después, tan grande era el gentío, el viajero de negro era escoltado hasta el pie del estrado del duque. Saludó, cuando la ruda mano de un esbirro le sacudió un golpe en la nuca, con una reverencia pasablemente sumisa, pero no abandonó sus ojos el regocijado chisporroteo, y esta peculiaridad llamó instantáneamente la atención del duque.

Empezó a cavilar acerca de las consecuencias de sacrificar a uno que no tomaba en serio al Dios Cuádruple, y al cabo habló, por entre la maraña de su barba.

—¿Cómo te llaman a ti los hombres, insensato? —tronó.

—Tengo muchos nombres, pero una sola naturaleza.

—¿Y por qué te ríes de estas cosas sagradas?

—¡No es así!

—¿Te estás riendo de mí, entonces? —bramó el duque, irguiéndose en su trono y adelantado el cuerpo, hasta hacer crujir y gemir los maderos del estrado. Sus ojos relampagueaban terriblemente.

—No, me río de la insensatez de la humanidad —dijo el viajero vestido de negro.

—¿Ah, sí? Y dime: ¿de qué manera tan regocijante se manifiesta esa insensatez?

—Bueno, de esta —dijo el viajero, y narró la historia de Tolex y Ripil, peleando frente a las puertas de la ciudad.

Pero el Duque de Vault no encontró la anécdota nada divertida. Ordenó que la guardia del templo fuera inmediatamente en busca de aquellos dos, y ardía de cólera mientras esperaba que les dieran caza. Cuando llegaron, empero, fue como cadáveres, que los esbirros depositaron a sus pies en el piso del templo.

—¡Poderoso Duque! —exclamaron los esbirros respetuosamente, inclinando las cabezas al unísono, y luego dejaron que su capitán continuase.

—Señor, encontramos a estos dos agonizando abrazados, el uno en brazos del otro. Cada uno de ellos empuñaba un garrote ensangrentado. Cada uno de ellos tenía el cráneo destrozado.

—Arrojadlos al río —dijo secamente el Duque de Vault, y reanudó la plática con el viajero de negro.

—Tú te arrogas el derecho de reírte de la insensatez de los hombres —le dijo, con una mueca maligna—. Dime pues una cosa: ¿eres tú enteramente sabio?

—Ay, sí —dijo el viajero—. Puesto que sólo tengo una naturaleza.

—Entonces puede que logres aquello en que todos mis supuestos hombres sabios han fracasado. ¿Ves este ídolo?

—Difícilmente podría dejar de verlo. Es una notable obra de... ah... arte.

—Se asegura que existe una forma de insuflarle vida, y que cuando se haya encontrado esa forma, el ídolo se pondrá en marcha para asolar a los enemigos de esta ciudad y ajusticiarlos. Por todos los medios hemos procurado dotarlo de vida; le hemos dado sangre, que es vida, como tú sin duda sabes, de personas de toda clase y condición. Mi propia consorte, que hasta hace pocas horas se sentaba a mi lado en este trono —el duque enjugó una lágrima imaginaria— pende ahora con la garganta degollada de ese patíbulo de cadenas chirriantes frente al altar. A pesar de todo, el ídolo se resiste a cobrar vida. Necesitamos su ayuda, pues nuestros enemigos acechan en el extranjero, en todos los rincones del mundo; desde Ryovora hasta los confines de la tierra traman nuestra ruina y destrucción.

—Parte de lo que dices es verdad —asintió el viajero.

—¿Parte? ¿Sólo parte? ¿Qué es falso, entonces? ¡Dímelo! ¡Y más te valdrá que sea correcto, pues de lo contrario irás a unirme a ese estúpido del sumo sacerdote que acabó por agotar mi paciencia! ¡Puedes ver lo que ha sido de él!

El viajero miró para arriba y extendió las manos. En verdad, todo era perfectamente claro, con esa segunda boca, la que rezumaba gotas rojas, que el sacerdote había adquirido recientemente en la garganta.

—Bien, ante todo —dijo—, existe una forma de dotar de vida al ídolo. Y en segundo lugar, sí, destruirá entonces a los enemigos de esta ciudad. Pero tercero, no se esconden en rincones remotos de la tierra. Está aquí, en Acromel.

—¿Eso dices? —El Duque de Vaul frunció el ceño—. Acaso tengas razón, pues, sabiendo qué arma tan poderosa esgrimimos contra ellos (o esgrimiremos, cuando descifremos este enigma) bien podrían tratar de interferir en nuestros experimentos. ¡Bien! ¡Prosigue!

—¿De qué manera, a no ser demostrándote lo que quiero decir?

—¿Tú? —El duque se echó hacia adelante en su trono, aferrándose con tanta fuerza a los brazos de ébano que sus blancos nudillos centellearon—. ¿Tú puedes dar vida al ídolo?

El viajero asintió con un gesto cansado. Todo regocijo lo había abandonado.

—¡Hazlo entonces! —rugió el Duque de Vaul—. ¡Pero recuerda! Si fracasas, te espera una suerte peor que la sufrida por mi sumo sacerdote.

—Como tú lo deseas, sea —suspiró el viajero.

Hizo un pase en el aire con su báculo frente al altar, y el ídolo se movió.

Agshad, en la actitud de devoción, no abrió las manos entrelazadas. Pero Lacrovas blandió su espada, y la barbada cabeza del Duque de Vaul saltó de sus hombros. Pellidin soltó a las tres personas trituradas y se apoderó del cuerpo decapitado, estrujándolo, y las ahuecadas manos de Agshad en actitud de aceptar el sacrificio llenáronse con la sangre del duque, exprimida como el zumo de un fruto en sazón.

Acto seguido, el ídolo bajó del altar y empezó a pisotear a los sacerdotes.

Habiendo logrado escapar inadvertido en medio de la confusión, el viajero, meditabundo, reanudó su camino.

Quizá no tuviese que contemplar durante este viaje nada peor que lo que viera en Acromel. O tal vez le aguardase algo un millón de veces más horrendo. Era para corroborar tal información que emprendía sus viajes.

En Kanish-Kulya se estaba librando una guerra, y cada uno de los bandos profería amenazas de carnicería y muerte contra el otro.

—¡Ah, si el fuego descendiera de los cielos y consumiera a nuestros enemigos! —clamaban los kanishianos.

—¡Ojalá se abriera la tierra y devorase a nuestros enemigos! —clamaban los kulyanos.

—Como lo deseáis, sea —dijo el viajero.

Golpeó en el suelo con su báculo y Fegrim, que estaba encerrado en un volcán, respondió al llamado y se hinchó poderosamente. Más tarde, cuando la campiña empezó a fructificar nuevamente, pues la lava torna fértil el suelo, los hombres desenterraban huesos y calaveras al preparar la tierra para la siembra.

En las orillas del lago Taxhling, sentados alrededor de sus canoas, los hombres intercambiaban mentiras mientras esperaban que una estrella propicia brillara sobre el horizonte. Uno de ellos mentía mejor que los demás.

Pero no mentía como mentían sus compañeros, para pasar el rato, para divertirse sin hacer mal a nadie. Mentía para alimentar una vanidad devoradora, más

hambrienta que los estómagos de los pobladores de todas las aldeas de las costas del lago, que aguardaban día tras día, con paciencia inagotable, el regreso de sus hombres con la pesca.

Dijo el jactancioso:

—¡Si tan sólo pudiera encontrarme con otro pez como el que atrapé solita mi alma en el Lago Moroho cuando era apenas un mozuelo de quince! ¡Entonces sí que comprenderíais lo que es el arte de la pesca! ¡Por desgracia —con un suspiro— aquí, en el Lago Taxhling, no hay más que peces de pacotilla!

—Como tú lo deseas, sea —dijo el viajero, que había aceptado el ofrecimiento de merendar con ellos junto al fuego.

Y a la madrugada siguiente el jactancioso volvió gritando de entusiasmo a causa del pez enorme que había atrapado, tan grande como el que una vez pescara en el Lago Moroho. Sus compañeros se apiñaron a su alrededor para verlo, y las montañas resonaron con los ecos de sus carcajadas, pues era más pequeño que algunos que ellos mismos habían pescado durante la noche.

—No quiero que me ame ni por mi belleza ni por mi fortuna —declaró la altanera hija de un mercader de la ciudad llamada Barbizond, donde siempre había un arcoíris en el cielo debido a la presencia del ser luminoso Sardhin encadenado con grilletes de relámpago dentro de una nube de tormenta. La muchacha era hermosa, y rica, y desmedidamente altiva.

—No, insistía constantemente, rechazando galán tras galán. —¡Quiero ser amada por mí misma, por lo que soy!

—Como tú lo deseas, sea —dijo el viajero, que había asistido, a guisa de peregrino, a una de las justas organizadas para que esta dama pudiese estudiar a sus esposos potenciales. Veintiún hombres habían perecido esa tarde en la palestra, y ella, luego de arrojar su guante a la cara del campeón, se había marchado a cenar.

La próxima vez que se anunciaron justas, ningún competidor acudió al llamado, y la joven hizo un mohín de enojo y exigió que se enviasen más heraldos. Su padre llamó a cien heraldos. La noticia cundió fuera de la comarca. Y los mancebos guapos decían en todas las ciudades:

—¿Pelear por una arpía presuntuosa como ella? ¡Ja ja! ¡Tengo mejores formas de pasar el rato, al igual que mis amigos!

A la larga, la doncella comprendió la verdad, y se sintió muy desdichada. Nunca había sido feliz. Sólo había creído que lo era. Poco a poco, su orgullo se evaporó. Y un día, un joven llegó por puro azar a la casa de su padre y encontró en ella a una joven callada, dócil, complaciente, y la desposó.

Así el viaje se acercaba su fin. El viajero sentía un natural alivio de que nada excesivamente adverso hubiese acontecido mientras apresuraba sus pasos hacia la meta y clímax de su excursión, hacia Ryovora, donde los hombres eran sensatos y perspicaces, y no creaban problemas que él tuviese que rectificar. Luego de esta visita final, podía tener la certeza de haber cumplido con su deber.

Y no por cierto porque todo marchase a pedir de boca. Había aún hechiceros, y ogros, y algunos seres elementales erraban por otras comarcas, y los problemas humanos parecían no tener fin. No obstante, las peores de sus aflicciones iban menguando. Una a una íbanse borrando las huellas del caos universal, como los rastros de los viajeros en el camino, sobre la colina donde Laprivan de los Ojos Amarillos se hallaba prisionero.

Luego, cuando las torres de oro y plata de Ryovora estuvieron a la vista, advirtió que un aura las circundaba, como de una tormenta inminente, y su esperanza y su fe en los pobladores de esa ciudad se evaporó.

III

También en la ciudad llamada Barbizond, donde estuviera poco antes, había un aura alrededor de las torres más altas. Allí, empero, tratábase de un aura clara y grata a la vista, imbuida de la esencia del luminoso —y aunque cruel, bello y adorable— Sardhin encadenado en su nube. Desde tiempos inmemoriales Ryovora había sido inmune a plagas tan nefastas como las de los seres elementales, principados y potestades; los lugareños se enorgullecían de ser criaturas de sólido sentido común, sobrios en materia de decisiones, prácticos y racionales, y de causar al mundo un mínimo de problemas.

¡Que algo hubiese acontecido capaz de alterar tal estado de cosas...! ¡Había allí un enigma que hubiera estremecido de pavor al universo mismo!

El viajero se apartó de la senda y sin ocultar su zozobra, en lugar de tomar en línea recta hacia la ciudad, desvió sus pasos por una verde pradera en cuyo centro flotaba una niebla semejante a la bruma del amanecer, aunque más densa. Cuando los velos grises se cerraron por completo en tomo de él, tanto que habrían impedido la visión de cualquier merodeador ordinario, el viajero disolvió una de las fuerzas que cuajaban la luz que empleaba a guisa de cayado y un haz resplandeciente hendió la oscuridad. El rayo había apenas penetrado en la neblina, cuando una voz calmosa interpeló al viajero.

—Puesto que tú sabes dónde estás, yo sé quién eres tú. Entra al castillo, y bienvenido seas.

Disipóse la bruma, y el viajero entró en el patio de un castillo que parecía elevarse hasta el firmamento, con torres inmensas que a poco perforaban el cielo. Dos dragones encadenados junto a la reja del puente levadizo, agacharon sumisos las cervices al paso del viajero; cuatro seres de apariencia humana, con cuerpos de acero bruñido, acudieron a escoltarlo a través del portalón y el patio —uno adelante, uno atrás, uno a cada costado— y veinte heraldos, también ellos de pulido acero, hicieron sonar al unísono sus trompetas desde una galería, mientras el visitante subía por los peldaños de la escalinata que conducía a la torre principal y al atalaya.

Un aura de magia flotaba en el aire. Ecos de sortilegios semi-olvidados resonaban, indeciblemente tenues, desde las piedras de las murallas. Aquí y allá, de una cornisa voladiza, manaba luz azul; danzaban sombras que nadie proyectaba.

De pronto, una puerta de roble tachonada de bronce giró en silencio sobre sus goznes, dando paso a un aposento que desde una ancha ventana transversal proyectaba una densa y oblicua franja de luz solar. La resolana iluminó la encogida momia de una mandrágora. En cántaros cubiertos de lienzo negro, alineados en un anaquel de roble, había veinte homúnculos. Un brasero encendido despedía un intenso y delicioso olor como de miel caliente.

Por detrás de una mesa, sobre la cual pilas de gruesos volúmenes servían también

de pértiga a una soñolienta lechuza, una figura envuelta en una túnica color grana se puso de pie para saludar al viajero, y le habló, con la cabeza inclinada.

—Según la tradición, nadie debe penetrar en la bruma con que protejo la intimidad de mis dominios, excepto un huésped que haya sido invitado o aquel que posea una naturaleza única. Y, siendo el universo tal cual es, solamente un... ejem... individuo posee una naturaleza única. Yo soy el hechicero Manuus. Bienvenido, señor.

A modo de respuesta, el viajero vestido de negro inclinó la cabeza en una reverencia. Un sillón le fue acercado, no por manos visibles; sentóse en él y extendió cómodamente su capa sobre el brazo. De una alacena Manuus sacó un gran botellón y dos pichelos de cerámica ornamentados con complicados símbolos en esmalte azul. Del botellón, cuyos símbolos estaban esmaltados en verde, vertió un par de gotas de un licor espumoso y brillante, y musitó algunas palabras que arrancaron a los muros un ligero zumbido. Las gotas desaparecieron antes de tocar el suelo, y el hechicero, tras un gesto de satisfacción, llenó los pichelos.

—¿Qué asuntos te traen aquí, señor? —inquirió, volviendo a su asiento no sin antes haber ofrecido a su visitante el primer pichel.

—Un aura envuelve a Ryovora —dijo el viajero—. Antes de entrar en la ciudad deseo investigar la causa posible.

Manuus meneó la cabeza, pensativo, y se mesó la ríspida barba gris que se prendía a su mentón como los velos de la bruma que defendían su morada de la curiosidad de ocasionales merodeadores.

—Perdonarás que lo mencione —se excusó—, mas está escrito en uno de estos libros, y en un volumen en el que he llegado por lo demás a depositar cierta confianza, que si tu naturaleza es única, deberás entonces, por lógica consecuencia, responder a preguntas, amén de formularlas.

—Así es. Y veo que confías plenamente en el tomo a que aludes. El bebedor sin rostro a quien hace un momento escanciaste libación no aparece mencionado en ninguna otra parte.

Se hizo un silencio, mientras cada uno contemplaba al otro. Había, no obstante, alguna diferencia, pues en tanto el hechicero estudiaba el aspecto exterior del viajero, éste examinaba a su anfitrión en su totalidad.

—Pregunta, entonces —invitó por último el viajero—. Y puedo decirte que cuanto más intrincada sea tu pregunta, más simple y más difícil de interpretar será mi respuesta.

—¿Y viceversa? —sugirió Manuus, guiñando los viejos ojos.

—Exactamente.

—Muy bien, entonces. ¿Quién eres? Ten en cuenta, te lo ruego, que no te estoy preguntando cómo te llaman. Tienes infinidad de nombres.

El viajero sonrió.

—Eres un hombre de talento —concedió—. Es una buena pregunta, formulada

francamente. Así, pues, voy a responderte con franqueza. Soy aquél a quien le fue encomendada la tarea de transformar el caos en orden. Esta es la razón por la cual tengo una sola naturaleza.

—Si tu naturaleza fuese tal que reclamaras honores en la medida de tus merecimientos, no me alcanzarían para rendirte homenaje todos los días de mi vida —dijo Manuus muy serio—. Pregunta ahora lo que quieres saber.

—¿Qué es lo que anda mal en Ryovora?

Los ojos de Manuus chisporrotearon, maliciosos.

—Yo no estoy sujeto a tus mismas leyes, señor —dijo—. Te contestaré por tanto en el estilo humano, quiero decir, simplemente a preguntas simples. Hay descontento con el orden de las cosas tal cual son.

—Justo —concedió el viajero—. Pregunta tú.

Manuus titubeó.

—¿Quién —preguntó al cabo— te impuso...?

Y la lengua se le trabó en la boca, mientras el viajero lo miraba con una expresión mezcla de cinismo y lástima. Cuando el hechicero recobró el habla, musitó:

—¡Vuestro perdón! No era nada más que una prueba. Había visto enunciado que...

—¿Que hay ciertas preguntas que a uno le está literal y físicamente vedado formular? —El viajero soltó una risa burlona—. Y bien, tu prueba ha confirmado el hecho. Ni yo, ni yo mismo podría responder a la pregunta que sospecho intentabas hacerme. Sin embargo, una pregunta que no puede ser preguntada deja *ipso facto* de ser una pregunta. Puedes probar suerte otra vez.

Manuus se humedeció los labios con la lengua. Lo que había pasado por su cabeza durante aquel instante de parálisis involuntaria desafiaba a todo entendimiento. Era, no obstante, intrépido y emprendedor, y un momento después aventuró:

—Por otro lado, creo poder legítimamente preguntar: ¿cuál es la finalidad de tu tarea?

—Puedes.

—Pregunto, entonces.

Repatingóse en su sillón con aire de triunfo.

—¡Bien! Cuando todas las cosas posean una naturaleza única, pasarán a formar parte del Todo Original. El tiempo cesará. Esta conclusión es deseable.

Manuus miró el brasero con aire huraño.

—Deseable, tal vez; pero espantosamente monótona. Habla tú.

—¿Con respecto a qué, en particular, están descontentos los ciudadanos de Ryovora?

Manuus dio vueltas y vueltas a la pregunta en su mente brillante, buscando la manera de extraer de ella una oportunidad más de interrogar a su distinguido huésped. No la halló.

—Lo que los contraría es el no tener dioses —replicó.

Tres relámpagos hendieron el límpido cielo azul más allá de la ventana; tres truenos tamborilearon en sucesión, y retumbaron en el aposento, sobresaltando a la soñolienta lechuza y haciéndole dar tres pasitos a través del gran libro en que estaba acurrucada. El viajero de negro no prestó atención a estos sucesos, y bebió otro sorbo de su pichel, pero un pliegue de preocupación se grabó súbitamente en su frente.

—Pregunta por tercera vez —invitó.

—Bueno, no es en modo alguno necesario —dijo Manuus con inmenso deleite—. ¡Pero lo haré!

Paseó la mirada de un sitio a otro del aposento, como quien busca inspiración, hasta dar por fin con la fórmula apropiada.

—¿Qué había antes de que las cosas fuesen lo que ahora son?

—Te mostraré —dijo el viajero, e introduciendo la yema de un dedo en su pichel, sacó una gota del licor en la que había quedado atrapada una burbuja centelleante.

—Mira esta burbuja —le dijo a Manuus—. Y ve...

No había, en aquellos días, ninguna fuerza encadenada. Rugían, en entera libertad, por todos los ámbitos y confines del cosmos. Aquí, por ejemplo, reinaba como soberano Laprivan de los Ojos Amarillos, caprichoso y arbitrario, ante cuya mirada las cosas se disolvían en un terror agónico. Allá, un ser luminoso irradiaba luz, pero era una luz incandescente que todo lo consumía, que en un instante apenas convertía en fuego lo macizo y compacto. En otro lugar, millones de criaturas luchaban con denuedo por la posesión de una única partícula de polvo; el furor de aquella contienda devastaba sistemas solares.

Una vez, dos veces... una tercera vez algo brotó envuelto en un aura de reconfortante racionalidad, previsibilidad, estabilidad; en torno de ese núcleo la eternidad generó el tiempo. Tiempo implica memoria, memoria implica conciencia, conciencia implica idea de futuro, la cual está a su vez implícita en la existencia del tiempo. Dos veces las fuerzas del caos rugieron en torno de ese núcleo, hasta sepultarlo nuevamente en el olvido; y otra vez reinaron a su albedrío Tuprid y Caschalanva, Querril y Lry, y un número infinito de seres elementales. Ninguno de ellos, empero, tuvo supremacía, pues en el caos nada puede perdurar, nada puede ser absoluto, seguro, certero o fidedigno.

En aquella edad los soles ardían, abrasadores, brillantes e incandescentes un instante, cenizas un segundo después. En planetas que giraban alrededor de millones de soles, criaturas pensantes luchaban por poner orden en el caos, y cuando creían estar a punto de lograrlo, quiso la suerte que sus esfuerzos cayesen en la nada, nuevamente engullidos por la oscuridad sin rostro.

—Pero esto fue anterior a mí —dijo el viajero, y apretó la burbuja hasta hacerla estallar.

—He visto —dijo Manuus con indecible cansancio—. Mas no he comprendido.

—El hombre no comprende el caos. Es por eso que el hombre es hombre y no de

otra naturaleza. —El viajero le sonrió—. Deseo ahora formularte mi última pregunta; ¿admites que he respondido a la tuya en forma adecuada y suficiente?

—Me has sugerido otro millón de preguntas para hacerte —suspiró Manuus, meneando la cabeza cana—. Pero también esto, supongo, es parte de la naturaleza misma del género humano. Pregunta.

—Supones bien. Y ahora, mi pregunta final: hechicero ¿qué piensas tú de un dios?

—Yo no sé lo que es un dios —dijo Manuus—. Y dudo que hombre alguno lo sepa, aunque muchos crean saberlo.

—Bien dicho —asintió el viajero vestido de negro, y se puso de pie.

—¿No tienes por ventura ninguna pregunta más que hacerme? —insinuó el hechicero con una sonrisa indefinible.

—No —dijo el viajero.

Manuus se encogió de hombros y se levantó a su vez.

—Siendo así, sólo me resta darte las gracias por haber favorecido mi morada —dijo, ceremonioso—. Pocos de mis colegas han tenido el alto honor de recibirte en persona.

El viajero posó en él una mirada severa, franca.

—Yo tengo muchos nombres y una sola naturaleza —le dijo—. El hombre tiene un solo nombre y muchas más de dos naturalezas. Pero las dos fundamentales son las siguientes: que deberá empeñarse en poner orden en el caos, y que procurará aprovechar el caos para su beneficio. Tú, señor, no eres mejor hechicero por haberme recibido en tu morada, sino peor. Y, permíteme que te lo diga, las personas como tú suelen ser los mejores aliados de las potestades que me precedieron.

—Lo que dices me ofende, señor —dijo Manuus en tono glacial—. Que nadie diga que soy el adversario de alguien cuya misión me es conocida.

—Un tercer elemento de la naturaleza humana —murmuró el viajero— es éste: que no habrá de comprender lo que hace. Buen día para ti, Manuus; si bien el que lo tengas dependerá de ti más que de mí.

Dejando a Manuus abismado en sus pensamientos, un codo apoyado en un libro, la barbilla en el hueco de la mano, y mirando sin ver a su lechuza regalona, el viajero se puso en marcha hacia las torres de oro y plata de Ryovora. Allí, mezclándose con el populacho, pudo confirmar lo que poco antes le informaran.

El mismo argumento que sin ambages le había expuesto Manuus, lo escuchó expresado en forma indirecta, frente a las casas de los grandes mercaderes-hechiceros que, por arte de magia, desde los confines más remotos del mundo, abastecían de mercancías a la ciudad; los oyó también en la plaza del mercado y en los hogares, en las tabernas, teatros y laboratorios, y hasta en las casas de mala reputación. Y cuando por fin, a las horas muertas del amanecer, contempló desde una alta torre de plata a la ciudad dormida, quedó definitivamente convencido.

Sí, no cabía ninguna duda, los habitantes de Ryovora estaban descontentos, y todo

era tal como Manuus se lo describiera. Se habían debatido durante siglos, preguntando al mudo cosmos cuál podría ser su naturaleza y la naturaleza del hombre y aún seguían sin saberlo, sedientos y al borde del hastío.

Esa sed —así decían ellos— sería mitigada si al menos, a semejanza de sus vecinos de Acromel, tuviesen un dios. Naturalmente, había llegado hasta ellos la nueva de que el dios de Acromel había causado la muerte de muchos ciudadanos, y la infelicidad de la población, pero ellos atribuían todas estas tragedias a la estupidez del duque de Vault.

—¡Nosotros somos gente sensata! —clamaban—. ¡Nosotros sabremos cómo tratar a un dios!

El viajero se demoró contemplando la ciudad plácida, dormida. La luz de la luna rielaba en los tejados de los soberbios edificios, en las aguas rizadas del río, en los puentes y mansiones y en las bellas y anchas carreteras de la ciudad.

Había preguntado por doquier:

—¿Cuál es la naturaleza de un dios?

Y ellos le habían respondido confiadamente:

—Si no tenemos dios ¿cómo podemos saberlo? Ah, pero si tuviésemos un dios... ¡entonces sabríamos!

El viajero permaneció ensimismado hasta que los rubores de la aurora tiñeron el cielo en el levante, cavilando y absorbiendo aquel deseo que, pertinaz, se insinuaba en su mente. Por último, un instante antes de que despuntase el día, una sonrisa traviesa le curvó los labios, y levantando su báculo sobre la ciudad, pronunció:

—Como tú lo deseas, sea.

Y entonces, cumplida momentáneamente su misión, se alejó del lugar.

IV

Estacionar un auto mientras uno va a hacer un paseo por un bosque no es cosa del otro mundo. Tampoco es inusitado descubrir, al regresar, que el automóvil ha desaparecido. Pero volver y encontrar que el camino mismo en que el auto quedara estacionado se ha desvanecido es, por cierto, un hecho suficientemente insólito.

Sin embargo, un hombre que se rija de acuerdo con la sólida lógica del sentido común, no tendrá por qué suponer de inmediato que un problema de tal naturaleza sea insoluble. Bernard Brown era una de esas personas, y era a él a quien acababa de ocurrirle tan improbable incidente.

—¡Bueno! —dijo, contemplando perplejo la superficie indiscutiblemente herbácea del estrecho sendero que corría entre dos altos setos vivos y donde, si su memoria, que era excelente, no lo engañaba, había poco antes una carretera de asfalto alquitranado—. ¡Bueno bueno! —repitió, y a falta de otra alternativa obvia tomó asiento sobre una roca y se dedicó a fumar filosóficamente un cigarrillo.

Nadie, empero, apareció que pudiese iluminarlo acerca de la suerte corrida por su automóvil ni por el camino en que lo dejara estacionado; así pues, cuando el cigarrillo quedó reducido a una simple colilla, lo arrojó al césped, lo aplastó con el pie, y echó a andar por el sendero que corría entre los setos.

De acuerdo con la sana lógica del sentido común, una carretera que apenas una hora antes estaba allí no podía, durante su ausencia, haberse trasladado motu proprio a otro lugar. Por lo tanto, debía de ser él quien estaba confundido; sin duda se había desorientado en el encantador bosque estival, y acabaría por encontrar, si no el camino primitivo, al menos otro que se interceptara con aquél.

Echó a andar pues a paso vivo, y silbaba al caminar. De cuando en cuando los setos a ambos lados del sendero se apartaban después que él había pasado y ojos lo escudriñaban, pensativos; pero como no reparaba en esto, tampoco era para él motivo de inquietud.

Al cabo de un rato no hubo más setos, y junto con ellos desaparecieron los árboles del bosque, y Bernard se encontró de pronto en una trillada huella que corría entre dos campos arados. En el sector más cercano de uno de estos campos, un hombre con un pañuelo atado al cuello y las piernas embarradas hasta la rodilla iba montado en un caballo grande y arisco, enjaezado a un carretón cuyo contenido, aunque indeterminado, era hediondo por demás. Pasando cortésmente por alto el mal olor, Bernard interpeló al hombre directamente.

—¡Discúlpeme usted! ¿Puede Indicarme cuál es el camino que va a Londres?

El hombre reflexionó un momento. Luego escupió en la tierra recién levantada por las enormes pezuñas de su caballo y dijo lacónicamente:

—No.

Bueno, una respuesta al menos, si bien no muy útil. Bernard se encogió de

hombros y prosiguió su camino.

Una vez más el sendero tapizado de césped corría entre setos, y empezaba a serpentear en forma tal que en cualquier momento que mirase sólo alcanzaba a ver con nitidez un trecho de veinte pasos adelante y veinte pasos atrás. Desde un recodo del camino llegaba una voz, una voz que entonaba una canción y que se oía cada vez más fuerte. Aquella voz era de naturaleza intersexual, no era del todo masculina ni por completo femenina, y de tanto en tanto se atiplaba en los agudos con una acidez crispante.

Poco después, el cantor apareció a la vista, y Bernard se encontró frente a frente con un hombre joven, de pelo blanquísimo cortado a cepillo, montado al desgaire a lomo de un caballo vistosamente engualdrapado que movía la testa al ritmo de la canción de su jinete. El atuendo del hombre era extraordinario, pues vestía una camisa roja y amarilla y amplios pantalones de montar de un verde brillante, del color de las manzanas ácidas, y su caballo era aún, si es posible, más sorprendente, pues estaba salpicado de manchones en púrpura y celeste. El jinete se acompañaba al cantar con un pequeño instrumento cuyas cuerdas gorjeaban como pájaros.

Al ver a Bernard, interrumpió su canción en mitad de una frase, dejó caer el instrumento en un tahalí que llevaba a un costado, y detuvo a su cabalgadura. Luego apoyó una mano en la perilla del arzón y clavó en el caminante la mirada intensa y dura de sus ojos, que eran de color violeta.

—Buenos días tenga usted, forastero —dijo con ligereza—. ¿Qué lo trae por aquí?

—Estoy tratando de volver a encontrar el camino a Londres —dijo Bernard Brown enarcando las cejas de asombro ante el espectáculo.

—No hay tal camino por estos alrededores —dijo el joven, y meneó la cabeza, apesadumbrado—. Y esto lo sé con absoluta certeza, pues todos los caminos de estas inmediaciones me pertenecen.

—Ah, eso me parece muy bien —dijo Bernard, con una sonrisa como para hacer ver que entraba en el juego—. Pero aunque a usted pueda divertirle el hacer una declaración tan pomposa, a mí no me hace ninguna gracia que se me niegue una información que me es indispensable. No sé cómo, me he extraviado, al tomar por un desvío en medio del bosque, y me es imprescindible conseguir indicaciones que puedan orientarme.

El joven irguió el torso y acicateó a su cabalgadura, y entonces pudo verse que no se trataba de un joven montado en un caballo, y que tampoco había caballo que montar, sino un híbrido de uno y otro, porque las piernas del hombre se confundían con su cabalgadura. Remataban en pedúnculos carnosos, que se unían al abdomen de esa porción del extraño animal que se parecía a un caballo.

—¡Esto es extraordinario! —pensó Bernard para su colete, pero como era bien educado se abstuvo de comentar la peregrina combinación.

El joven le clavó una mirada dura y apoyó la mano en una filosa espada que

llevaba junto al muslo izquierdo.

—¿Quién eres? —preguntó en tono perentorio—. ¿Y de dónde vienes que no me reconoces?

Exasperado, Bernard replicó:

—A menos que hayas actuado en un circo, o que te hayan exhibido en un zoo, no tengo por qué reconocerte.

La cabeza caballuna y la humana retrocedieron a la par con espantado asombro, y la centelleante espada rechinó. Prudentemente, comprendiendo que tenía que habérselas con una criatura cuya mente era tan anormal como su cuerpo, Bernard habíase puesto ya a salvo cuando la hoja relampagueó en el aire.

—¡Yo soy Jorkas! —rugió el hombre-equino—. ¿Aún pretendes que no me reconoces?

Alarmado por la actitud del singular personaje, Bernard respondió en el tono más cortés que podía esperarse luego del ataque con la espada.

—No, señor, no lo conozco, y permítame decirle que pocos motivos me da su comportamiento para que desee haberle conocido antes.

La cara humana se distorsionó en una mueca de furia indescriptible, y la espada se elevó por los aires, pronta para repetir el ataque, en tanto el cuerpo equino danzaba tres pasos en dirección a Bernard.

Bernard estaba a punto de proceder a una ignominiosa —y casi con certeza inútil— retirada, cuando un súbito restallido metálico indicó que la hoja de la espada acababa de chocar, en su descenso, con un objeto sumamente resistente. Y a decir verdad, el hombre-bestia estaba agitando su brazo-espada como si se le hubiese envarado hasta el hombro.

El obstáculo con que había tropezado era un báculo centelleante, esgrimido con firmeza por un hombre envuelto en una capa negra y que había logrado de algún modo aproximarse a ellos sin ser notado. Esa persona estaba ahora allí, apoyada en su báculo, y contemplaba a Jorkas con expresión severa.

Jorkas se encogió de hombros, envainó la espada, y volvió a pulsar su instrumento. Sus patas equinas lo llevaron a paso tardo camino abajo, y cuando se hubo perdido de vista en la primera curva su voz de contralto volvió a dejarse oír, entonando una canción.

—Gracias, señor —dijo Bernard a su salvador, enjugándose el rostro y no sin razón sorprendido al advertir que había estado transpirando—. Debo confesar que no estaba preparado para un encuentro semejante en este solitario camino.

El vestido de negro sonrió, con una mirada distante.

—Te he prestado un pequeño servicio —dijo con naturalidad— y estoy dispuesto a completarlo con un pequeño consejo. Si esperas todo y nada, estarás en lo cierto.

Bernard se reacomodó la chaqueta alrededor de los hombros y parpadeó varias veces.

—Bueno, señor, en cualquier sentido que lo interprete, no me parece que su

consejo sea infundado. ¡Sobre todo si estos contornos están habitados por otros caprichos de la naturaleza tan asombrosos como Jorkas!

—Sí, lleva en sí el estigma del caos ¿no es verdad? —dijo el hombre de negro—. Es un remanente, por así decir. Es bastante inofensivo; las cosas lo han superado; y su poder decrece día a día.

—El poder de esa espada, de haber dado en el blanco, habría sido más que suficiente para liquidarme —señaló Bernard—. ¿Se ha escapado de algún... algún zoológico fantástico?

—Es más bien el resabio de un período de absoluta confusión —fue la respuesta, la cual, si bien en apariencia significativa, no sirvió para atenuar el desconcierto ni la alarma de Bernard. Decidió, no obstante, no insistir sobre el tema, y volver al que constituía su preocupación principal.

—¿Puede usted decirme, señor, dónde está el camino que conduce a Londres?

—Puedo —dijo el otro con una risa contenida—. Pero de poco te servirá si lo hiciera, pues no podrás llegar hasta él desde aquí. No, escúchame, te voy a dar indicaciones que te harán llegar, finalmente, al sitio donde deseas estar.

Y como eso era todo cuanto el hombre de negro estaba dispuesto a ofrecer, Bernard no tuvo más remedio que dar su asentimiento.

—Sigue derecho por aquí —le dijo su mentor— hasta que encuentres en un prado tres retorcidos alisos solitarios. Los reconocerás con toda facilidad. Detente frente a ellos y hazles tres reverencias y toma luego por el sendero que los circunda. En un ratito te conducirá a una ciudad. Y haz lo que hazas, no hables con una mujer vestida de color sangre. De lo contrario, no respondo por las consecuencias.

—¡Qué tontería! —pensó Bernard para sus adentros. Pero como no tenía otra opción, agradeció al otro cortésmente y siguió, muy circunspecto, camino abajo.

Los tres alisos surgieron blancos y nudosos, como los dedos de un esqueleto, desde el césped del prado prometido. Bernard titubeó, mirando en derredor. Se sentía ridículo por disponerse a hacer lo que le habían indicado. No obstante, no había al parecer nadie que lo observase, y la sana lógica del sentido común le había revelado hacía rato que no se encontraba ahora en un lugar donde el sentido común gozase de muy alta estima.

Lo preocupaba, sin embargo, el no divisar rastro alguno de camino más allá del paraje, de modo que, a menos que siguiera las instrucciones recibidas y —ah— con buena suerte, tendría que volver sobre sus pasos, con la concomitante perspectiva de un segundo encuentro con Jorkas. Y para eso no tenía estómago. Inclino pues tres veces la cabeza y descubrió con asombro que se encontraba a la entrada de un sendero claramente trazado. Sendero que, también advirtió, no llevaba a ninguna parte sino que contorneaba a los alisos.

¡Bueno!, el hombre vestido de negro le había dicho que debía tomar por el sendero que circundaba a los árboles. Giró a la izquierda y avanzó con paso resuelto por el sendero circular, con la esperanza de ir a dar, finalmente, a alguna parte.

A la tercera vuelta, cuando ya se sentía verdaderamente avergonzado de su estupidez, miró otra vez en dirección a los árboles y vio a una mujer hermosísima de pie entre ellos. Tenía un rostro de perfecta forma oval, la tez nacarada y el pelo más negro que la noche. Pero estaba cubierta, desde los hombros hasta los tobillos, por un vestido rojo como la sangre.

Le habló sarcásticamente, con voz musical.

—¿Y a dónde supones que habrán de llevarte tus vueltas y revueltas, mi tonto amigo? ¿Nadie te ha informado que el caminar en círculos no lleva a ninguna parte? ¿Por qué no vas hacia adelante? ¡Mira!

Alzó el brazo derecho, en el que tintineaban, discordantes, ajorcas doradas, y cuando Bernard siguió la dirección a que apuntaban sus dedos, divisó una ciudad apiñada en torno de una inmensa torre, cuya cúpula parecía un ónix y su chapitel se asemejaba al ágata.

¡Extraña ciudad! Con todo, un albergue al menos, no una campiña desierta. Casi inconscientemente iba a encaminarse hacia ella a toda prisa; mas lo asaltó un vago presentimiento. Había un aura alrededor de aquella ciudad...

Le habló al aire, habló consigo mismo, no a la mujer de rojo, y dijo:

—El hombre que me salvó de Jorkas me recomendó que no hablase con una mujer vestida del color de la sangre. Supongo que su consejo implica también no seguir ninguna sugerencia que ella pueda hacerme.

Prosiguió obcecadamente su camino en redondo, mientras la risa de la mujer repicaba irritante en sus oídos, y en la vuelta siguiente se vio recompensado al ver que había desaparecido. Dónde, cómo, no lo sabía.

Y lo que es más, otra ciudad aparecía a la vista, y esta no era tan alarmante como la anterior. Sus torres eran de oro y plata, y aunque el cielo que la rodeaba era de un azul eléctrico, no parecía presagiar nada menos familiar que una tormenta.

—Allí, quizá —razonó Bernard— podré escapar de esta aglomeración de crípticos sucesos sin sentido, y acaso pueda encontrar a alguien que sepa decirme cómo volver a mi casa.

Cruzó con paso resuelto la pradera, y no tardó en llegar a un buen camino de tierra, que desembocaba en línea recta en la ciudad de las torres de oro y plata. Resuelto a llegar hasta allí en el mínimo de tiempo posible, iba haciendo camino, con los pies ya bastante doloridos.

—¡Ajá! —dijo el hechicero Manus, recostándose en su sillón y sofocando una carcajada—. ¡Ajá! —repitió, y con una mantilla de piel de murciélago, fina y flexible como la seda, volvió a cubrir la bola de cristal—. ¡Bueno, bueno, bueno, bueno, bueno!

V

Sentado a la cabecera de la mesa del consejo que, a causa del clima opresivo, había hecho instalar a la sombra de los sicómoros del Jardín de la Polilla, el Margrave de Ryovora mostraba en su rostro las huellas de una profunda preocupación.

Frente a él, la mesa se extendía a lo largo de casi treinta metros, en secciones tan hábilmente ensambladas que las colgantes copas de los árboles podían admirar su intacto reflejo sobre la pulida superficie. Nada empañaba la perfección de aquella mesa, excepto el resplandor purpúreo que difundía la densa atmósfera en que estaba envuelta la ciudad.

A derecha e izquierda del Margrave, por orden de jerarquía, estaba sentada la nobleza de Ryovora, hombres y mujeres de vasta distinción personal: los hechiceros-mercaderes, las personas de espíritu inquieto, los pensadores, los creadores, todos aquellos a quienes esta ciudad debía su fama y su renombre.

Sin mirar a quienes lo escuchaban, el Margrave tomó la palabra.

—Dinos que ha sucedido en tu sector de la ciudad, Petrovic.

Petrovic, un hombrecillo enclenque, de rostro ajado como una manzana reseca, tosió a modo de disculpa y dijo:

—Hay presagios. He echado suertes para descifrar su significado. No tienen ningún significado conocido. En mi heredad la leche se ha agriado en los cántaros cuatro mañanas consecutivas.

—¿Y Ruman?

Ruman era un hombre recio como un roble, de manazas nudosas que se retorcían inquietas sobre su regazo. Dijo:

—He sacrificado animales para adivinar lo que podía leerse en sus entrañas. Concuero con Petrovic, estos presagios no tienen ninguna significación conocida. Pero dos manantiales situados bajo los muros de la ciudad, que en más siglos de lo que se pueda conocer nunca dejaron de fluir, han aparecido secos esta mañana.

—¿Y Gostala?

Gostala era una mujer de majestuoso pecho y una majestuosa diadema de cabellos blancos trenzados alrededor de la cabeza. Dijo:

—He observado durante siete días, cada amanecer y también al crepúsculo, el vuelo de los pájaros. Los resultados son confusos. Pero un cordero bicéfalo ha nacido en la aldea de Dunwray.

—¿Y Eadwil?

Eadwil era poco más que un niño. Su mentón estaba limpio de barba y su voz, cuando hablaba, era cantarina como un caramillo; pero su precoz sabiduría era digna de respeto. Dijo:

—He analizado la posición relativa de estrellas y planetas, y me inclino a formular la hipótesis de que o bien no sabemos absolutamente nada, o algún cuerpo

celeste desconocido está influyendo en los acontecimientos. Un cometa, quizá. Pero ayer el relámpago hendió por tres veces un límpido cielo, y... y, Margrave, ¡tengo miedo!

El Margrave asintió en silencio e hizo en el aire un gesto tranquilizador. No sirvió de mucho. Dijo:

—Pero esto no puede ser todo. Presento la moción de que nosotros, aquí, ahora, estando presentes todos los miembros del consejo, interroguemos a Aquél Que Debe Saber.

Eadwil se puso de pie. En sus labios juveniles tembló un sollozo, que reprimió estoicamente.

—Solicito vuestro permiso para retirarme, entonces —dijo—. Es sabido por todos cómo trata Aquél Que Debe Saber a los de mi... condición.

El Margrave tosió y aprobó con un gesto la discreta referencia. Eadwil debía parte de su precocidad a la postergación de una profunda metamorfosis de su fisiología, y para el ser elemental a quien se proponían consultar los efebos eran vulnerables a sus poderes.

—Concedido —dijo, y Eadwil partió, con un suspiro de alivio.

Antes de que pudieran continuar con el debate, se oyó un murmullo proveniente del otro extremo de la mesa, y una voz habló como el susurro del viento entre la desnuda arboleda de un bosque invernal.

—Margrave, yo tengo otra sugerencia.

El Margrave se agitó incómodo en su asiento. El que hablaba era Tyllwin, una figura tan desgarrada como un espantapájaros y tan descarnada como una calavera a quien habían aceptado en la reunión por pura cortesía, pues nadie sabía de dónde venía ni los años que tenía, pero todos sabían que poseía poderes múltiples y muy singulares que jamás habían sido utilizados. Tanto mejor, quizá. Cada vez que Tyllwin hablaba, aparecían signos ominosos. El Margrave advirtió con alarma que varios capullos de los árboles cercanos empezaban a marchitarse.

—Habla, Tyllwin —murmuró, y se puso en guardia, esperando lo peor.

Tyllwin sofocó una carcajada, un ruido áspero, y todas las flores de un árbol se convirtieron en frutos y se pudrieron en sus ramas. Sus vecinos más cercanos abandonaron presurosos sus asientos y se dirigieron hacia la cabecera, ocupada por el Margrave.

La enorme cabeza redonda de Tyllwin, semejante al espectro de un nabo, giró para escudriñarlos, y una sonrisa curvó sus labios polvorientos. Dijo:

—¿No os parece, señores de Ryovora, que estas cosas presagian un acontecimiento importante?

Los frutos podridos cayeron al suelo con un sordo estallido y las hormigas salieron diligentes a investigar, de entre las raíces de los árboles. Los miembros del consejo a duras penas atinaron a asentir en silencio.

—Por lo tanto —dijo Tyllwin— sugiero investiguemos la conmoción que en

breve habrá de producirse en la puerta: principal.

Y calló. Algunas hojas muertas revolotearon a través de la mesa, y fueron a amontonarse, casi todas, frente al sitio ocupado por Tyllwin, quien, al tocarlas con una mano descarnada, las hizo disolverse. Los testigos del suceso echaron a temblar.

Sin embargo, el Margrave experimentó un gran alivio al comprobar que nada más atroz iba a ocurrir como consecuencia de la inesperada locuacidad de Tyllwin. Dijo.

—Y bien ¿cuál es la opinión de todos los presentes?

Ruman tomó la palabra, tras una mirada a Tyllwin que se prolongó durante apenas medio segundo después de encontrar los ojos de éste. Dijo:

—Yo no he leído tal conmoción en mi bola de cristal.

—Pero no la has observado desde ayer —objetó Gostala con femenina practicidad.

—Verdad, verdad. Entonces, estoy con Tyllwin.

—¿Petrovic? —inquirió el Margrave.

—Yo sé —dijo el enjuto individuo en tono dubitativo— que la gente cree que todos nuestros problemas acabarían si al igual que otras ciudades tuviésemos un dios. Espero que en esta instancia se equivoquen; suelen equivocarse. Habiéndome enterado por nuestros vecinos de Acromel cuán severamente sufren a causa de su deidad.

—Esto se aleja del tema en discusión —interrumpió Gostala, golpeando la mesa con el hueso de un pulgar que fuera en un tiempo propiedad de un hombre lo suficientemente afortunado —o lo suficientemente desgraciado— para ser su amante—. Digo que nosotros no sabemos. Esperemos pues al mismo tiempo nada y todo.

—¡Racional y bien expresado! —aprobó el Margrave—. Los que estén a favor...

Todos los presentes pusieron la mano derecha sobre la mesa, excepto Tuc, quien había dejado la suya en las fauces de un dragón, allende un misterioso mar de fuego en el lejano norte. Hasta Tyllwin actuó al unísono con los demás, haciendo que nuevas hojas se marchitasen y temblasen en el árbol que más había sufrido desde que rompiera su impasibilidad.

—De acuerdo, entonces —dijo el Margrave—. En marcha.

La asamblea se levantó con bullicio y se puso en camino hacia la puerta principal. El Margrave, empero, se quedó atrás un momento, contemplando a Tyllwin, quien no se había movido de su sitio.

Cuando los otros se encontraron a una distancia que juzgó prudente, se dirigió en voz baja al hechicero.

—Tyllwin, ¿qué opinas tú de un dios?

Tyllwin lanzó una estridente carcajada.

—Me han hecho antes esa misma pregunta —dijo—. Y responderé como entonces: yo no sé lo que es un dios, y dudo que muchos hombres lo sepan.

Una rama del árbol que colgaba por encima de su cabeza se quebró con un grito de alarma, y el Margrave levantó automáticamente la mano y se cubrió la cara.

Cuando volvió a mirar, Tyllwin había desaparecido.

La conmoción en las puertas de la ciudad, augurada por Tyllwin y ningún otro de los miembros del consejo, ya había comenzado cuando la solemne procesión entró por la avenida. Cada hechicero había llegado hasta allí de acuerdo con su estilo personal: Petrovic caminando con su báculo llamado Nitra, del que a veces se escuchaban voces en noches de luna llena; Gostala montada sobre una criatura que había conjurado desde las aguas profundas, que eran su natural elemento, y que a cada paso lloraba a gritos de una manera desgarradora; Ruman sobre los hombros de un gorila gigantesco con cadenas de bronce; Eadwil sobre sus piernas jóvenes, aunque los pies le ardían como ascuas ni bien daba diez pasos... a causa de un sortilegio que nadie intentó jamás investigar a fondo. En derredor, el aire crepitaba a causa de la lucha entre las conjuras protectoras y el aura tensa y opresiva que envolvía a Ryovora.

En la ancha calle frente a las puertas de la ciudad habíase congregado una muchedumbre que reía, gritaba, profería exclamaciones de asombro. En el centro de la multitud, un hombre exóticamente vestido, con una expresión de profundo desconcierto en el rostro, trataba en vano de responder simultáneamente a un centenar de preguntas.

La muchedumbre se hizo a un lado para dar paso a la nobleza y volvió a congregarse en seguida, como el agua alrededor de un barco que se desplaza lentamente.

El Margrave llegó poco después, algo agitado pues estaba empezando a engordar, y miró con curiosidad al desconocido, en tanto las voces del populacho se elevaban hasta convertirse casi en un rugido, para apagarse una vez más en un susurrante zumbido. Por último, luego de echar a sus colegas una mirada suplicante y no recibir ningún ofrecimiento de ayuda, no tuvo más remedio que interpelar al desconocido:

—¿Quién es usted, señor, y qué desea?

En el tono de voz terriblemente paciente de alguien que tiene que vérselas con lunáticos, el forastero respondió:

—Mi nombre es Bernard Brown, y todo cuanto deseo es volver a casa.

—Eso es bastante sencillo —dijo el Margrave con alivio.

Pero no se habría mostrado tan optimista de haberse detenido a pensar que a Tyllwin lo preocupaba la llegada de aquel hombre. Se volvió a Petrovic.

—¿Harías el favor? —inquirió.

Petrovic consultó el aire con la mirada y luego bajó la vista al suelo. Con su báculo Nitra trazó en el polvo una serie de ideogramas y los borró de prisa con el pie. Dijo escuetamente:

—No.

—Bueno, si no puedes, no puedes —suspiró el Margrave. Hizo un gesto implorante a Gostala, quien se limitó a menear la regia cabeza y siguió escrutando a Bernard Brown.

—¡Eadwil! —clamó el Margrave.

El efebo, cuyo rostro se había puesto mortalmente pálido, balbuceó unas palabras ininteligibles y estalló en sollozos.

—¿Veis? ¡Ellos no pueden! ¿Qué os dije? —bramó una voz taurina entre la multitud, y el Margrave clavó en el que había hablado una mirada filosa como una lanza.

—¡Adelántate! —le ordenó, y con la ayuda de varios espectadores, el hombre se abrió paso a empujones y se detuvo frente a su soberano. Era un patán de cara insolente, con una desgredada mata de pelo color maíz, y vestía un delantal de cuero con grandes bolsillos en los que llevaba las herramientas propias de su oficio. Parecía ser algo así como un artesano en metales.

—Tú eres —dijo el Margrave, mientras repasaba mentalmente una fórmula breve—, tú eres Brim, el cerrajero. ¿Qué quisiste decir con tus palabras?

—Lo que dije, por supuesto —replicó el individuo, aparentemente divertido—. ¡Vaya, si cualquiera se da cuenta de que no es alguien a quien gente vulgar deba importunar!

—Explícate mejor —lo conminó el Margrave.

—Vaya, si es tan simple que hasta tú puedes verlo... señor. —Con un pulgar como se alisó un rizo de pelo.— Para mí la cosa está clara, y también lo está para todos nosotros. Estos últimos años hemos estado diciendo que lo que anda mal en Ryovora es que no tenemos dios, como todas las ciudades del mundo y sus alrededores. Y ahora, hoy, ¿qué otra cosa nos dicen los presagios? ¿Nos lo puedes decir?

Clavó un dedo rechoncho en el pecho del Margrave. El Margrave dio un paso atrás y lo miró con desagrado. Pero era un hombre honesto por naturaleza y no le quedó más remedio que sacudir la cabeza y admitir que aunque los nobles hechiceros habían especulado largamente en torno de los presagios recientes, no habían llegado a ninguna conclusión.

—¡Escuchad, camaradas! ¿No os lo dije? —rugió Brim, girando en redondo para enfrentar a la multitud. Un aullido unánime fue la respuesta, y en un santiamén se desató el pandemónium. El populacho había cerrado filas en torno de Bernard Brown y, pisoteando sin miramientos los dedos de algunos nobles de la ciudad, lo levantaron en vilo y lo llevaron en andas por la alameda, mientras hombres, mujeres y niños corrían y patinaban tras él, entonando cánticos y riéndose como hienas.

—¡Bueno! —dijo el Margrave con enojo—. ¡Este es un estado de cosas de lo más impropio e irregular!

VI

El Margrave tuvo motivos, a la mañana siguiente, para repetir esas palabras con mayor énfasis y con una expresión aún más sombría. Nuevamente ocupó la cabecera de la larga mesa del consejo en el Jardín de la Polilla, porque la atmósfera era, de ser posible, más opresiva que la víspera; y lo que es más, el número de presagios parecía haberse duplicado.

—¡Esto es terriblemente ultrajante! —dijo el Margrave malhumorado—. Virtualmente todo el populacho está convencido de que este forastero es un dios, por la simple y sencilla razón de que lo que dice no tiene para ellos ni pies ni cabeza. Por consiguiente, me han expulsado de mi palacio, haciéndome pasar una mala noche aquí, en el Jardín de la Polilla, y sin decir agua ya han puesto manos a la obra a fin de convertirlo en un templo para ese personaje.

Eadwil reprimió una sonrisa inoportuna.

—Peor aún —acotó—: todas aquellas personas que han viajado por el mundo están siendo interrogadas sobre la manera correcta de rendir homenaje a una nueva divinidad. Brim, el cerrajero, que parece ser el agente principal de este fermento, ha viajado a Acromel y es fervoroso partidario de los sacrificios humanos; hay un grupo de mujeres que en su juventud estuvieron cautivas en Barbizond y desean librar combates diarios ante el altar; un hombre que antaño pescaba en el Lago Tazhling declara que el único método para conseguir un dios consiste en quemar hasta los cimientos la ciudad dos veces por año y reconstruirla, como lo hacen los pescadores con sus aldeas de chozas de paja...

Petrovic meneó la ajada cabeza y opinó:

—Nada bueno saldrá de todo esto.

—¿Conoce alguien el paradero de Tyllwin? —preguntó el Margrave, pues el lugar que ocupara el enjuto personaje hoy estaba vacío.

Un estremecimiento corrió a lo largo de la mesa, y los que habían escuchado la pregunta menearon la cabeza negativamente sin poder ocultar una expresión de alivio.

—Bien, procedamos ahora a tomar una resolución —dijo el Margrave, tratando de acomodarse mejor en su sitio; la noche pasada al sereno, no obstante el clima cálido, le había dejado todo el cuerpo dolorido.

—El primer punto que es preciso poner en claro —dijo Gostala con buen tino— es si este Bernard Brown es realmente un dios. Porque si no... ¡bueno!

—¡Aprobado! —Fue la respuesta unánime.

Ruman resopló y golpeó la mesa con un puño semejante a un jamón.

—¿Y cómo, pregunto yo, vamos a dilucidar este punto? —inquirió con melifluido sarcasmo—. Si todos nosotros hemos confesado previamente que no sabemos lo que es un dios. ¿No fue esa acaso la razón de que no tuviéramos dioses en los viejos

tiempos?

—Mucho me temo —dijo el Margrave con voz sentenciosa— que los días del pensamiento racional estén contados en Ryovora. A juzgar por las apariencias, el populacho ya está tratando a Bernard Brown como a un dios; así pues, a menos que logremos pruebas en sentido contrario capaces de desengañarlos, la vida en Ryovora acabará por tornarse insufrible.

—¡Ja! —rió Gostala sin alegría.

—Tengo una sugerencia —aventuró Eadwil—. Un dios, se supone, debe tener sabiduría y poderes superiores a los que poseen los hombres. Interroguemos pues a Bernard Brown sobre las más recónditas y esotéricas de nuestras artes. Si yerra al responder, desafiémosle en presencia del pueblo, para demostrarles que sus talentos son menguados comparados con los nuestros.

—La proposición es racional —admitió el Margrave—. No obstante, como he dicho, los días del pensamiento racional parecen estar contados... Sin embargo, si no hay otra idea mejor...

Al parecer, no la había. La asamblea se encaminó, en consecuencia, al templo recientemente consagrado, que antes fuera el palacio del Margrave.

Allí encontraron a Bernard Brown —muy preocupado, a juzgar por su expresión— sentado en un gran trono de plata y ébano en lo alto de un inmenso altar improvisado. Ante este trono desfilaban los pobladores con sus ofrendas. Amontonaban a sus pies sus bienes más preciados, desde la vajilla heredada hasta sus más nuevas galas. Sobre el altar veíanse pilas de las frutas más exquisitas y los más delicados trozos de carne, junto con botellas de vinos deliciosos. Bernard Brown, mientras chupaba una de las frutas, intentaba interrogar a la gente. Pero no le contestaban, se limitaban a escucharlo respetuosamente, para luego escribir lo que decía, con el propósito de crear un canon de preceptos místicos.

Los recién llegados se detuvieron en el gran atrio para ver lo que se había hecho, y Eadwil le habló en secreto al Margrave.

—¿No ha estado Tyllwin por aquí? —dijo en voz muy queda.

—¡Tienes razón! —Corroboró el Margrave—. Olfateo su poder en el aire. ¿Qué celada nos habrá tendido ahora ese taimado personaje?

Avanzó en dirección al altar. Deteniéndose a unos tres metros de distancia —a causa de las ofrendas allí amontonadas— alzó la voz e interpeló al dios putativo.

—¡Señor! Nosotros somos la nobleza de Ryovora, y hemos venido aquí para saber si eres o no un dios, como sostiene el populacho.

Bernard Brown hizo un cauto movimiento de cabeza.

—Me previnieron sobre vuestra intención —confesó—. Y se me aconsejó que no negase la posibilidad. Desde que me encontré con Jorkas en mi camino hacia aquí, he adquirido un saludable respeto por los consejos que se me dan por estos contornos, por disparatados que puedan parecer. No obstante, desde otro punto de vista, y para ser honesto, debo decir que con anterioridad a mi arribo a vuestra ciudad jamás me

había cruzado por la mente la idea de que pudiera ser un dios.

El Margrave intercambió miradas de frustración, primero con Eadwil y luego con Ruman, quien resopló en su forma característica y le gritó a Bernard Brown.

—¿Debemos suponer, entonces, que tú crees posible que seas un dios?

—Yo no sé qué creer —dijo Bernard apesadumbrado—. Hasta el día de ayer siempre me consideré un hombre perfectamente común. Pero es evidente que no lo soy en este mundo, donde quiera que esté y como quiera que se llame.

—¡Cuidado con lo que dices! —dijo Ruman, encabritado—. Esta es una ciudad respetable y bien conceptuada. O lo era, hasta que a ti se te ocurrió perturbar su existencia tradicionalmente sobria.

—¡A mí no se me ocurrió nada semejante si me perdona usted que lo contradiga! —suspiró Bernard—. ¡Todo cuanto quiero es que me dejen marcharme a casa!

—Este no parece ser el lenguaje de un dios —le murmuró el Margrave a Eadwil, y éste asintió.

—Señor —dijo, dirigiéndose a Bernard—, nosotros deseamos determinar la magnitud de tus poderes. ¿Estás familiarizado con el Libro de la Vergüenza Universal, y puedes recurrir a él para tus conjuros?

Para ese entonces, los ciudadanos habían interrumpido sus idas y venidas ante el altar, y se habían congregado en silencio para escuchar la discusión. Era evidente que algunos de ellos no estaban convencidos, aceptando a Bernard en su carácter de dios por si las moscas, como quien dice.

—Nunca en mi vida lo oí mencionar —dijo Bernard, tragando con dificultad.

—¿Y el Libro de los Tres Elefantes Rojos? ¿O quizás el del Arca de la incredulidad?

A cada uno de los títulos Bernard meneaba negativamente la cabeza.

Eadwil se volvió al Margrave con una sonrisa.

—¡Lo más probable es que no sea un dios!

A su turno Petrovic, Gostala y Ruman interrogaron a Bernard acerca de la ciencia más esotérica que ellos conocían..., lo cual significaba que era la más esotérica que se conocía. Unos pocos individuos superaban a los hechiceros de Ryovora, por ejemplo Manuus, pero tales personas estaban mucho más allá de los problemas de la vida cotidiana y preferían vivir a solas con sus poderes, sin inmiscuirse en los asuntos mundanos.

A cada una de las preguntas Bernard se vio obligado a contestar negativamente, y algunos, entre la multitud expectante, comenzaron a echarle miradas significativas a Brim, el cerrajero, cuya agitación y furia crecían a ojos vista. Por fin, cuando Ruman terminó con su interrogatorio, Brim se adelantó a grandes zancadas, y plantándose frente al altar con las manos en las caderas, vociferó:

—¡Aclaremos este asunto de una buena vez! ¿Eres un dios, o todo esto es pura farsa?

—Me... me aconsejaron que no lo negase —dijo Bernard, vacilante, y el

Margrave se dio una palmada en la frente.

—¡Si seré tonto! —exclamó, y haciendo caso omiso de sus protestas empujó a Brim hacia un costado—. Fue Tyllwin quien te aconsejó ¿no es cierto?

—No creo hacer mal a nadie si digo que fue él —decidió Bernard, pensativo—. O sea... si fue Tyllwin o no, no lo sé con certeza porque no se presentó con ningún nombre. Pero puedo describirlo: un anciano caballero muy agradable con una barbita blanca y tiesa adherida al mentón.

—¡Manuus! —exclamaron varias personas a la vez, y el Margrave giró sobre sus talones para enfrentar a sus colegas.

—¿Cuántos de vosotros habíais visto a Tyllwin antes del día de ayer? —inquirió.

—Bueno..., —aventuraron tres o cuatro de sus interlocutores, y callaron simultáneamente, con expresión de desconcierto.

—¡Ahí lo tenéis! —replicó vivamente el Margrave—. Lo vimos allí, y algún sortilegio nos persuadió de que estaba ocupando, por derecho y costumbre, el lugar que le correspondía. Pero yo, por mi parte, acabo de darme cuenta que era la primera vez que lo veía. ¡Muy bien! ¡De modo que es Manuus quien está atrás de todo esto! Tenemos que ir a verlo y a hacerle saber que no le está permitido interferir en los asuntos de Ryovora. Otros gallos cantarían si estuviese dispuesto a vivir entre nosotros como un ciudadano responsable. Pero en estas circunstancias, sólo podemos respetar su vida privada, siempre y cuando él respete la nuestra.

Un agitado restregar de pies sobre el mármol siguió a sus palabras. Con juvenil dignidad, habló Eadwil:

—Margrave, siento no atreverme a enfrentar a Manuus en estos momentos. Mis poderes son todavía insuficientes. Detesto tener que ampararme en mi juventud... pero.

Y sin más, puso pies en polvorosa.

Uno a uno, con las cabezas gachas de vergüenza, los otros miembros del consejo le siguieron el ejemplo, hasta que el Margrave quedó a solas. Los ciudadanos, habiendo inferido de estos sucesos la única conclusión de que los nobles eran incapaces de refutar la divinidad de Bernard, reanudaron presurosos las tareas que ellos mismos se habían impuesto.

—¡Buenos cuervos hemos criado en Ryovora! —exclamó el Margrave con desdén. El desdén era la máscara con que ocultaba sus negros presentimientos; era menos ducho en artes magas que muchos de sus acólitos y en realidad debía su encumbramiento a su habilidad administrativa. No obstante, era hombre resuelto; reunió, pues, a su séquito y se puso en marcha hacia el castillo de Manuus, dispuesto a mesarle las barbas al hechicero.

Las brumas se abrieron como dando a entender que la visita no era inesperada, y el Margrave, dejando a su séquito apiñado en el gran patio del castillo, subió con paso decidido al santuario de Manuus. Allí, el hechicero lo saludó con efusivas expresiones de respeto.

Pero el Margrave no se sentía a gusto en aquel recinto habitado por fuerzas inquietantes y tan pronto como la urbanidad lo permitía, fue directamente al grano. Ni bien halló la oportunidad, dijo con firmeza:

—Señor, puesto que eres el amo de Tyllwin, has de conocer el motivo de mi visita.

—Enmienda —objetó blandamente el hechicero—: Yo soy Tyllwin. Tengo, amén de la propia, varias otras naturalezas, rasgo que comparto con todas las personas menos una.

Ante la mención de aquél que tenía muchos nombres y una sola naturaleza, el Margrave respondió con el signo ritual, y prosiguió con lo que tenía que decir.

—No estamos dispuestos a tolerar interferencias, señor —declaró—. Desde tiempos inmemoriales hemos luchado aquí, en Ryovora, por crear una tradición de tranquila racionalidad, y por confiar en el estricto sentido común. La trampa vil de interferir en nuestros asuntos con un supuesto dios es indigna de un caballero de tu distinción.

—Estoy de acuerdo —dijo Manuus—. De lo cual podrás deducir que no es el resultado de mi propia elección.

—¡Qué dices!

—En este asunto —prosiguió el hechicero, haciendo caso omiso de la exclamación—, tú y yo estamos del mismo lado: o sea del de afuera. Quizá te interese saber que aquél de quien hablábamos hace un momento, aquél cuya naturaleza es singular, estuvo sentado en esa misma silla hace apenas dos días.

El Margrave se estremeció y se preguntó en qué extraño asunto se había metido. Dijo respetuosamente:

—¡Manuus, tus poderes sobrepasan todo lo imaginable!

—¡Oh, no fue él quien acudió a mi llamado! —Con una débil carcajada—. ¡Más bien a la inversa!

—Como quiera que sea, mejor que me vaya —dijo el Margrave poniéndose de pie y haciendo una reverencia—. Porque si este asunto es cosa de él, no me atrevo a intervenir.

Manuus meneó la cabeza con ojos irónicos.

—Me temo que no tengas otra opción, Margrave —dijo—. Te guste o no, tú y yo estamos metidos en el mismo brete.

Ante lo cual el Margrave partió, con el corazón tan pesado que a duras penas podía levantar las botas, y cuando se hubo marchado Manuus se entregó a rituales de naturaleza jamás registrada por la memoria viva, que fueron acompañados por fenómenos insólitos. Hubo una tempestad en el apacible lago Taxhling; en Barbizond, tres locos corrieron, vociferantes, por las calles; en una colina cercana a Acromel, los remolinos de viento cesaron sus giros. Y para colmo de males, varias personas en la mismísima Ryovora tuvieron visiones de naturaleza inquietante, y acudieron presurosas al templo recién consagrado a depositar nuevas ofrendas a los pies de

Bernard Brown y a consultar el ya abultado volumen de sus dichos.
Y el estudiarlos, no les procuró ningún consuelo.

VII

Así, pues, este estado de cosas se prolongó un día más. El Margrave, poniéndole al mal tiempo buena cara, como era su costumbre, conjuró a un espíritu complaciente, y se hizo construir un pabellón en el Jardín de la Polilla para utilizarlo como sustituto provisorio del palacio; y allí permaneció hasta altas horas, echando sapos y culebras, mientras sopesaba la información que Manuus le había proporcionado.

Los otros nobles de Ryovora, más duchos en las artes de hechicería, se reunieron para discutir en voz baja, frente a sendos jarros de vino, el enigma de la diferencia entre divinidad y humanidad. No les hacía mella ni el clamor del populacho, encabezado por Brim, ni el dudoso resultado del interrogatorio a Bernard Brown. Parecía poco plausible, admitían, que tal persona fuese un dios; sin embargo, era preciso respetar los poderes de Manuus, quien, acaso con la intención de poner en ridículo a Ryovora, hubiese logrado conjurar a una auténtica deidad...

El común de la gente también se encontraba ante un dilema. Sin embargo, desde hacía mucho tiempo habían anhelado tener un dios, cualquiera fuese su naturaleza, y no cabía duda que un ser extraño había aparecido entre ellos, precedido por una serie de complejos e indescifrables augurios, y hasta tanto se presentase una prueba incontrovertible que demostrase lo contrario, parecía aconsejable tratarlo como a un dios genuino.

Así transcurrió la noche; y de los muchos que no lograron conciliar el sueño, uno de los insomnes más ansiosos fue Bernard Brown, a pesar de su suntuoso lecho de raso y terciopelo.

Hacía siglos que ninguna otra ciudad había marchado contra Ryovora. Los ciudadanos habían llegado tiempo ha a la conclusión de que su mejor protección era su buen nombre; pues ¿quién, al fin y al cabo, osaría atacar a aquella ciudad donde el populacho era racional y previsor por excelencia?

Perennemente cautos, pese a todo, financiaban los salarios de un plantel de vigías..., y a la mañana siguiente, al despuntar el alba, el vigía de guardia en la atalaya, *en route* para su desayuno cotidiano, echó una mirada casual a través del campo que separaba a Ryovora de Acromel.

Y vio con asombro —por no decir con incredulidad— que un ídolo rojo de treinta metros de altura avanzaba hacia él a pasos gigantescos profiriendo espantosos alaridos.

Ese ídolo, concluyó el vigía, no podía ser otro que el Dios Cuádruple de Acromel.

Alrededor de los monstruosos tobillos carmesí, llevaba cadenas de acero; adelante y atrás, iban hombres portando antorchas encendidas sobre picas de quince metros de largo, con las que lo hostigaban, guiándolo en dirección a la ciudad. Cada vez que las antorchas entraban en contacto con las extremidades del color de la sangre, los alaridos del monstruo se atiplaban en un ridículo *falsetto*, y los arrieros se apartaban,

presurosos, para esquivar los golpes de ocho puños colosales. Pero volvían, y era obvio que ahora comprendían muy bien los actos de su ídolo, y podían conducirlo como a un toro enfurecido porque su propia furia le impedía pensar.

El vigía hizo sonar una alarma, que cundió por las calles de Ryovora como las aguas de un río salido de madre, y los hombres, las mujeres y hasta los niños despertaron bruscamente de su sueño para correr de acá para allá, en loca confusión.

Uno por uno fueron convocados los nobles, y reunidos sobre los terraplenes en imponente asamblea; millares y millares de plebeyos se pertrecharon con armas improvisadas —cuchillos, guadañas, hachas— y se organizaron en centurias, aprontándose para la batalla.

Así formados, aguardaron, ansiosos, mientras el sol clareaba sobre el horizonte, y el Dios Cuádruple con su comitiva avanzaba hacia las murallas de la ciudad.

En obediencia a una señal de uno que parecía ser el jefe, los hacheros obligaron al dios a detenerse, cosa que hizo mientras imprecaba con huecas amenazas al cielo indiferente. Luego, el mismo hombre subió a una pequeña loma y miró con insolencia a los nobles de Ryovora.

—¡Salve! —gritó con regocijo—. ¡La nueva ha llegado hasta nosotros de que habéis tenido la buena fortuna de procuraros un dios en los últimos días! Bien, ha querido la suerte que nosotros, en Acromel, hayamos sido afortunados en más de un sentido: hemos perdido al Duque de Vault, quien nos tiranizó durante largos años, y hemos adquirido poder sobre nuestro Dios Cuádruple. —Señaló por encima del hombro, con un gesto, al maltrecho ídolo.

—A nosotros nos parece —siguió diciendo el portavoz— que nuestro dios, aunque tonto en extremo, es de una fortaleza extraordinaria. Tenemos entendido que el vuestro es débil, pero extraordinariamente sabio. A decir verdad, sus sentencias crípticas no tienen para nosotros ni pies ni cabeza. A pesar de todo, deseamos sacar algo en limpio y determinar si la fuerza bruta es en un dios una cualidad superior a la sabiduría. ¡Aguardo vuestra respuesta, señoras y señores! Si no aceptáis el desafío, azuzaremos al Dios Cuádruple con nuestros atizadores para que entre en Ryovora, y puesto que su estatura supera a la de todas vuestras torres excepto las más altas, me temo que eso pueda acarrear para vuestra ciudad desgracias irremediables.

Y rubricando sus palabras con un floreo de la mano derecha, hizo una reverencia y descendió del otero.

El Margrave, con el ceño surcado por un pliegue tan profundo que parecía que un arado le había pasado por la frente, convocó a los nobles a un cónclave en los terraplenes, y comentó, preocupado, este desafío. Algunos opinaron que si el personaje con muchos nombres y una sola naturaleza había metido baza en el asunto, nada podría hacer ninguno de ellos; otros prodigaron su desdén ante esta actitud pusilánime, entre ellos Ruman, cuya carcajada taurina retumbó en las murallas.

—¡Jamás digáis vencidos! —bramó—. Hay cierta magia que obra incluso sobre los dioses, y yo poseo inmensos conocimientos de dicha magia. ¡Id, buscadme una

cabra negra y un palomo blanco, y un espejo rajado de borde a borde, y ya veréis como apabullo a ese idiota Cuádruple!

Así que fue cumplida la orden, Ruman se retiró, con su cabra, su palomo y su espejo, a una gran nube negra, y lo que hizo con ellos desencadenó truenos y relámpagos.

Pero a la postre cuando la nube se disipó, no quedaban ni rastros de Ruman.

—¡Esto es ridículo! —dijo Gostala con femenina franqueza, y el viejo y reseco Petrovic hizo un gesto afirmativo.

—Estoy de acuerdo —dijo con voz cascada—. ¡Cabras, nada menos! ¡Palomos! ¡Espejos! ¡Artilugios de pacotilla! Pero yo vine preparado, Margrave, tengo aquí una pequeña redoma que contiene la sangre de un niño nonato. Eso y mi saber es todo cuanto necesito.

Petrovic puso entonces manos a la obra, e hizo lo que tenía que hacer a la vista de todos, lo cual fue muy embarazoso. El Margrave, tratando de no mirar, deseó que Petrovic hubiese tenido la delicadeza de ocultarse, tal como lo hiciera Ruman.

Sin embargo, el hechizo fracasó y Petrovic, por último, volvió junto a ellos hablando una lengua que nadie podía comprender, y estalló en llanto cuando se dio cuenta de lo que había sucedido. El gran ídolo rojo seguía echando humo y aullando y sacudiendo sus cadenas.

—¡Igoroth! —llamó Gostala exasperada—. ¡Dumedinnis! ¡Y tú también Algrethon!

Los tres caballeros de triste figura —uno vestido de azul, otro de blanco y el tercero de verde— llegaron a través de una pared cercana y se detuvieron frente a ella. Ninguno de los tres tenía un aspecto del todo normal, aunque era difícil saber en qué consistía esa anomalía.

—¡Desembarazaos de ese... objeto! —les ordenó Gostala con energía.

Los tres extraños personajes la miraron, luego se miraron entre sí, y por último volvieron a mirarla a ella. Como de común acuerdo menearon las cabezas y se marcharon, llevando consigo a Gostala.

El Margrave se apresuró a envolver a la ciudad en un sortilegio protector, para impedir el regreso del trío —pues eran notoriamente difíciles de manejar— y se mordió los labios de frustración. Aquel era a todas luces un asunto turbio, y los temores que le despertara la entrevista con Manuus se confirmaban con creces.

—Estas son en verdad magias aptas para dominar a un dios —dijo Eadwil, el rostro de efebo pálido y demudado porque tenía los pies al rojo vivo: había caminado desde su morada hasta las murallas, cuando se enteró de las nuevas del ataque—. ¿Pero son acaso aptas para dominar a alguien como Manuus? Margrave, creo que Tyllwin ha de andar por los alrededores.

—Tú eres un genuino ciudadano de Ryovora —dijo el Margrave con entusiasmo—. Esto se llama razonar con lucidez.

Se acercó a paso vivo a las almenas haciendo bocina con las manos.

—¡Tyllwin! —rugió dirigiéndose a la avanzada de Acromel—. ¡Tyllwin, ah!

Una gran extensión de césped verde perdió el color y se marchitó en tanto que aves canoras que habían estado gorjeando en los árboles cercanos cayeron rígidas desde las ramas en que estaban posadas. Y por entre el grupo que sitiaba la ciudad asomó, encaramado sobre los hombros de un esclavo fornido, la cenceña figura de Tyllwin.

—¿Deseas conferenciar conmigo, Margrave? —dijo esa especie de espantapájaros.

—¡Así que esto es obra tuya! —exclamó el Margrave con enojo.

La aguda y sofocada risa de Tyllwin llegó claramente a sus oídos; también a los de varios perros, haciéndolos aullar.

—¿Por qué, Margrave? ¿No te he dicho acaso que tú y yo estamos del mismo lado en este asunto? ¡Admite francamente que el supuesto dios que tienes en tu palacio no es de tu gusto! ¡Admite que es nuestro interés común demostrar su falibilidad cotejándolo con este dios perfectamente genuino llegado de Acromel!

—¿Es por esta razón que has destruido a tres de los más notables hechiceros de nuestra ciudad? —bramó el Margrave—. ¿Por qué no nos dejaste en libertad de resolver el problema por nuestros propios medios?

La voz de Tyllwin sonó de pronto tan inexorable como la de la fatalidad.

—Porque aquél cuya naturaleza es única tiene el asunto en sus manos.

Enmudeció. Un caballo relinchó en el silencio sepulcral y el relincho se convirtió en un grito agónico.

El Margrave miró desesperado a Eadwil, quien sacudió la cabeza.

—Con Manuus ¿quién de nosotros puede enfrentarse? —dijo—. Además, la situación se nos escapa de las manos. Mira hacia la calle. Los ciudadanos han ido en busca de su dios, suplicándole que los proteja.

Y en efecto, a lo largo de la anchurosa avenida que llevaba a la puerta principal, vieron una avalancha de hombres y mujeres, y en medio de ellos una figura exóticamente ataviada que pedía a gritos ayuda sin recibir ninguna. Brim, el cerrajero, lo tenía asido por el codo, llevándolo a la rastra, y una que otra voz se alzaba por sobre la barahúnda general.

—¡Sálvanos! ¡Derrota al dios enemigo! ¡Tú eres nuestra única esperanza!

—¡Ajá! —dijo el Margrave con una mezcla de piedad y enojo—. ¡Así que nada habrá de convencerlos de que el infeliz no es un dios, salvo si el Cuádruple lo hace morder el polvo! Bueno, ahora sabemos al menos de qué lado está la suerte.

Eadwil reprimió la sombra de una sonrisa.

—¡Quién sabe! —dijo—. ¡Quién sabe...!

Un momento después los cabecillas abrieron las puertas y la multitud se volcó hacia un espacio abierto y llano desde donde podía enfrentarse con la amenazante formación guerrera de Acromel. Al ver a esas filas de tropas armadas hasta los dientes, pues no cabía duda que el enemigo se había preparado cuidadosamente —

mientras que la población de Ryovora había sido tomada por sorpresa— muchos se amilanaron y trataron de batirse en retirada, pero la presión a sus espaldas era demasiado grande, y a la larga la masa, unos tres o cuatro mil hombres, encrespada y burbujeante, permaneció en sus puestos.

Arrastrando a su dios y sudando a mares, Brim el cerrajero se abrió paso hasta el frente.

—¡Ahí los tienes! —rugió, levantando el brazo para señalar al repulsivo ídolo rojo—. ¡Eso es lo mejor que pueden presentar para combatirte! ¡Oye sus aullidos! ¡Fíjate, ya lo atemoriza tu mera presencia!

—Debo bajar —dijo el Margrave en voz muy queda—. No tengo estómago para quedarme de brazos cruzados viendo cómo masacran a esos pobres tontos.

—Yo bajo contigo —dijo Eadwil.

Y descendieron juntos hasta las puertas de la ciudad. Entre las amenazas proferidas en voz baja por los plebeyos, en el sentido de que si estos nobles intentaban, por despecho, interferir, los liquidarían en menos de lo que canta un gallo, lograron a fuerza de codos, acercarse cada vez más a Bernard. El calor de los ardientes pies de Eadwil les ayudó a abrirse camino.

Por último, el Margrave se encontró cara a cara con Bernard y le dirigió una mirada llena de compasión.

—Nosotros no tenemos nada que ver con esto —le dijo en tono contrito—. Según parece la gente de Ryovora, que durante tanto tiempo tuvo fama de sensata, ha dicho adiós para siempre a la cordura.

Bernard Brown lo miró parpadeando, con expresión desolada.

—Creo que tiene razón, señor —asintió—. Especialmente porque este monstruo galopante no es nada más que un grandullón.

—¿Un qué? —dijo el Margrave, y en la cara de Eadwil apareció una sonrisa de oreja a oreja.

—Un grandullón —repitió Bernard con paciencia—. Vaya, si chilla y pega y rompe cosas a diestro y siniestro— ¡esa no es la forma de actuar de una persona adulta e inteligente! Por otra parte, debemos suponer que los habitantes de Acromel han intentado establecer una comunicación con el ídolo ¿no es así?

—Cómo... ah... . —El Margrave estaba perplejo—. Sí, claro, me imagino que sí.

—Y sin embargo, el método que eligieron para comunicarse consiste en hostigarlo con antorchas —Bernard extendió ambas manos en un ademán de desconcierto—. De lo cual deduzco que nos hallamos en presencia de un caso de desarrollo estancado y lo que yo propondría...

VIII

Ola tras ola, las carcajadas repicaban en las murallas de Ryovora, mientras los ciudadanos, dirigidos por el Margrave, ponían manos a la obra a fin de llevar a cabo el plan de Bernard. Eadwil se mantenía un poco al margen, los labios estereotipados en una sonrisa que amagaba tornarse permanente.

Entre tanto, el cielo brillaba con todo su esplendor y el sol ascendía hacia el meridiano. Entre las huestes de Acromel empezaba a manifestarse cierta impaciencia. Las largas antorchas que servían para agujijonear al ídolo fueron retiradas una a una, empapadas en brea fresca y reencendidas; los grilletes que aprisionaban sus dieciséis extremidades fueron firmemente anclados a postes clavados en el suelo para que los soldados de infantería y caballería que lo sujetaban durante la marcha pudieran tomarse un descanso, pero el ir y venir de la gente, era más fruto de la nerviosidad que de un propósito deliberado.

Por último, a eso del mediodía, el vocero que anteriormente había desafiado a la nobleza de Ryovora, volvió a subir a la loma y reclamó la presencia del Margrave. Sudoroso a causa del trabajo físico, las manos sucias, las mangas de la túnica ricamente bordadas recogidas hasta los codos, el Margrave se asomó por el parapeto y agitó la mano.

—¡Margrave! ¡Nuestro dios está impaciente! ¡El tiempo pasa y queremos conocer el desenlace de este encuentro!

El Margrave echó una mirada de reojo a la avenida debajo de la muralla, donde los trabajos proseguían a un ritmo febril bajo la dirección de Bernard Brown. Allí abajo, Eadwil alzó un brazo para indicar que todo estaba pronto.

—¡Bien! —se dijo el Margrave—. ¡El dios de nuestra ciudad —gritó, dirigiéndose al vocero de Acromel— está preparado para enfrentar al vuestro!

El hombre de Acromel giró rápidamente sobre sus talones y aulló una orden a los encargados de liberar de sus cadenas al Dios Cuádruple. Transcurrió un momento; y entonces, desde la vanguardia de la multitud apiñada frente a la puerta, tímidamente pero con paso firme, Bernard Brown avanzó hacia el enemigo.

Una ráfaga de alborozo cundió entre el gentío, y abucheos despectivos atronaron el espacio. Pero Bernard continuó su marcha hacia el Dios Cuádruple.

Y el Dios Cuádruple no le prestaba la mínima atención.

Detrás del hombre que avanzaba, detrás de las murallas de la ciudad, otra figura asomaba, una figura tan gigantesca, tan inflada, tan enorme que por comparación el Dios Cuádruple parecía una mísera hormiga. Esa aparición tenía una cabezota con dientes de seis metros de largo en la hendidura de su boca; sus brazos debían de pesar media tonelada, y tenía los pies plantados a cada lado de una altísima torre.

Esta figura crecía, parecía brotar de las entrañas mismas de la tierra, y las cuatro cabezas del Dios Cuádruple se esforzaban por clavar todos sus ojos en ella

simultáneamente.

Con donaire, pese a su increíble volumen —gracias a una ocurrencia de Eadwil— el inflado coloso alzó los puños en un gesto amenazante. Desde el campo de los hombres de Acromel era imposible discernir a simple vista las finas cuerdas de seda que dirigían sus movimientos.

Y entonces ese artefacto de odres inflados, de pintura y caña y tela encerada sostenido con aire caliente, habló con la voz unísona de todos los ciudadanos de Ryovora, una voz semejante al estruendo de una catarata.

—¡Fuera de aquí! —dijo el monstruo con terrible énfasis.

Y el Dios Cuádruple rompió sus cadenas, pisoteó a los hacheros y puso sus múltiples pies en polvorosa.

Una sola vez interrumpió su fuga despavorida antes de refugiarse en el acogedor santuario de su templo en Acromel, en el lejano horizonte. Eso fue cuando una triste figura que hacía pensar en un espantajo se interpuso en su camino, gritando con una voz que, aunque débil y cascada, rajaba la faz de la tierra y embadurnaba el límpido cielo azul con extraños colores.

El Dios Cuádruple pisoteó a este estorbo con tres de sus ocho patas y allí, señalando el lugar, no quedó nada más que una pequeña mancha como la de un escarabajo aplastado.

Triunfantes, los habitantes de Ryovora avanzaron en persecución de la gente de Acromel, y con sus armas improvisadas causaron no pocos estragos entre los rezagados. Menos que a nadie, a Brim, el cerrajero, se le pegó la lengua al paladar, y más aliento gastó en proclamar a gritos su inteligencia y su intuición que en alcanzar a la retaguardia del enemigo.

Pero algunos de sus camaradas que habían sido más reticentes en aceptar a Bernard Brown como un dios listo para usar, se apartaron y rodearon a Brim en actitud hostil.

—¡Pamplinas! —le dijeron con énfasis—. Si no hubiéramos sido engatusados por imbéciles como tú para que abandonásemos nuestra tradicional confianza en el sentido común, habríamos de todos modos visto lo que él vio y hecho lo que él nos aconsejó.

Luego se encargaron de Brim sin descuidar detalle, dejando grabada en él la marca de su estupidez, de manera que jamás en su vida se le borrasen tales memorias. Una vez cumplida la tarea, y con el enemigo en desordenada fuga, regresaron satisfechos a sus hogares. Para entonces el aura de negra depresión que había emponzoñado la atmósfera durante tantas semanas se había disipado; el regocijo que esto les produjo les hizo olvidarse por completo de Bernard Brown.

El Margrave y sus nobles se reunieron otra vez en el Jardín de la Polilla y el pueblo empezó a reclamar las ofrendas que habían depositado ante el altar de Bernard, para halagarse el paladar y ataviarse con el brillante ropaje de ceremonia. Para preocupación de los nobles, subsistían sin embargo ciertos problemas, y Eadwil

habló del más apremiante en cuanto se reunieron.

Dijo:

—Yo creo, señores y señoras, que los tiempos de los hechizos están quedando atrás.

El Margrave asintió. Otros también lo hicieron. Algunos de ellos miraron de reojo el lugar que —durante un brevísimo tiempo— ocupara Tyllwin.

—Mirémoslo de esta manera —dijo Eadwil meditabundo—. Por su naturaleza, la hechicería, la magia, cualquiera sea el nombre que le deis al arte, es una rémora del caos que como sabemos reinaba antes de que existiera el tiempo. Pero la huella de ese caos empieza a borrarse en el mundo. La confusión que hace que los ídolos de piedra caminen, que los seres elementales se personifiquen en nubes de tormenta, que los seres humanos se transformen en animales y que los espíritus hablen desde el agua y el fuego, está sucumbiendo poco a poco ante el mismo estricto sentido común en que nosotros, los habitantes de Ryovora, hemos confiado desde tiempos inmemoriales.

—¡Bien dicho! —Aplaudió el Margrave. Eadwil lo miró de soslayo y concluyó con estas palabras.

—Manuus es... era, tanto en su personalidad de Tyllwin como en la propia, un Señor del caos. También lo somos todos nosotros, en menor grado. Pero el gran Maestro ha resultado ser un simple forastero sin el más remoto conocimiento de las artes esotéricas. Colegas y amigos, la magia es cosa del pasado. La razón y la lógica imperarán en el futuro —dirigió una mirada abajo de la mesa—. Debo agregar que los pies no me han ardido desde que llegué a esta conclusión. Pienso por lo tanto que de ahora en adelante tomaré las medidas necesarias para corregir la otra desventaja derivada de mi dominio de la magia. Disculpadme.

Y con un saltito y una patinada partió tras de una muchacha de ojos picarescos que llevaba frutas del jardín a la mesa del banquete que el pueblo se disponía a celebrar.

Otro que estaba en el Jardín de la Polilla era un viajero envuelto en una capa negra, cuyo rostro se arrugó en una sonrisa satisfecha al oír las palabras de Eadwil. No necesitaba esperar más ni oír más.

En aquel mismo otero desde el que el portavoz de las fuerzas de Acromel interpeló al Margrave, estaba sentado Bernard Brown, con la barbilla entre las manos, la lúgubre mirada perdida en el vacío. Su melancólica contemplación fue al fin interrumpida por la presencia de alguien que no era un desconocido, y que estaba de pie frente a él apoyado en un báculo extraordinario.

—Me parece haberlo visto antes —dijo Bernard con voz lenta—. Y bien ¿quién es usted?

El personaje vestido de negro se rió entre dientes.

—Aquel a quien le ha sido encomendada la tarea de poner orden en el caos en este rincón del universo —replicó—. ¿Y quién eres tú?

—Ya no estoy seguro de saberlo —admitió Bernard luego de una pausa—. Hasta

hace poco creía ser Bernard Brown, y que era una persona de naturaleza bastante común. Pero en estos últimos días la gente me ha estado repitiendo tan insistentemente que soy un dios, que he llegado casi a convencerme de que es así.

El hombre de negro chasqueó la lengua.

—Me temo que esa no sea la verdad —dijo—. Por lo tanto, dado que fui yo el responsable de haberte metido en este brete, será mejor que me explique.

Se sentó amigablemente al lado de Bernard en el otero e hizo girar su báculo en el aire. A corta distancia, en una encantadora pradera, se disipó una bruma que flotaba casi a ras del suelo para descubrir las ruinas de un castillo que humeaba lentamente.

—Allí habitaba un hechicero llamado Manuus —dijo—. Una persona con intereses creados, por decirlo de algún modo, en la perpetuación del caos que primitivamente reinaba en todo el universo. Algo así.

Volvió a agitar su báculo, y de una colina a una o dos millas hacia este lado de Acromel, un... una... un... . Bueno, un par de ojos amarillos espió fugazmente. Lo que aquellos ojos expresaban era tan inenarrable que hizo que Bernard se estremeciera de asombro y repugnancia.

—¿Dónde estoy, entonces? —inquirió—. O debo preguntar más bien ¿cuándo soy yo?

—Ni una cosa ni otra. Estamos hablando de una tierra de nadie entre el caos, que existe en la eternidad, y la razón, que existe en el tiempo. En este momento, el equilibrio es inestable, pero se está inclinando, poquito a poco. Y tú has prestado, en un momento crítico, una ayuda invaluable.

—¿No entiendo nada! —protestó Bernard.

—No importa. Si comprendieras la naturaleza del caos, siendo los hombres como son, serías con seguridad lo suficientemente presuntuoso como para querer explotarlo. Eso es en realidad lo que hacen esos hechiceros vanidosos: utilizar para su propio beneficio las fuerzas del caos, Pero, lógicamente, controlar el caos por medio de la razón significa imponer sobre él un orden duradero. Y ello implica a su vez que tarde o temprano el imperio del caos tendrá que desaparecer.

El semblante de Bernard reflejó súbita comprensión.

—¡Ahora entiendo! —exclamó—. En otras palabras, esos magos o lo que fueren destruyen inevitablemente lo que más desean preservar, imponiéndole el control de la razón.

—¿Has dado en la tecla! —dijo el de negro.

—¿Y de ti depende asegurar que las cosas salgan bien?

—¡Ay, sí, de mí!

—¡Hum! —Bernard se restregó la barbilla—. ¿Se me ocurre que ha de ser una tarea muy penosa! ¿Y quién te la endilgó, si puedo preguntarlo?

—No puedes, no. Lo lamento muchísimo.

El tono era definitivo; sin embargo, una risa sofocada siguió a sus palabras. Este hombrecito de negro era en verdad muy simpático, reflexionó Bernard. Buscando en

su mente la otra pregunta que quería formular, la recordó.

—Está bien. ¿Puedo al menos preguntar qué fue lo que yo hice?

—¡Eso, sí! Te das cuenta, en Ryovora reinaba el descontento porque la gente creía que necesitaban tener un dios. Entonces les di uno... de cierta especie. Y después de todo lo sucedido, comprendieron que su dios no había hecho por ellos nada que ellos mismos no pudieran lograr pensando con sus cabezas. Mis felicitaciones, dicho sea de paso, por la forma elegante en que les demostraste esta verdad.

—Sentí un miedo absurdo —confesó Bernard.

—Pero no perdiste la cabeza, y no te dejaste intimidar por una simple cuestión de tamaño. El universo es grande y hay en él muchos rincones donde el caos en gran escala todavía es ley. Esta es, por consiguiente, una actitud que vale la pena inculcar.

Bernard meditó un momento. Al cabo meneó la cabeza y suspiró.

—Sospecho que estoy soñando —dijo—. No puedo creer una sola palabra de lo que me dices.

—Felicitaciones y muchas gracias —dijo el viajero de negro con sequedad—. El que puedas hablar en esta forma es un indicio seguro de mi éxito final. Por momentos lo siento como si estuviera muy lejano.

—Y entonces, si es ésta la forma apropiada de preguntarlo, entonces ¿qué sucederá?

—No lo sé —dijo su compañero—. ¿Por qué habría de preocuparme? Habré concluido con la tarea que me fue asignada. Y puesto que tú has concluido con la tuya...

Cuando estuvo a solas, el viajero de negro permaneció un rato apoyado en su báculo de luz, contemplando las ruinas del castillo de Manuus.

Caos.

Decretó su destrucción definitiva. No existiendo ya Manuus para obligarlo tenazmente a mantenerse en pie, el castillo desapareció. En toda la extensión del solar que ocupara, el césped creció, verde y parejo.

El viajero deseó que Bernard no hubiese formulado la última pregunta. Era inquietante. De vez en cuando lo apesadumbraba el tener algún día que hallar inevitablemente la respuesta.

No obstante, no estaba en su naturaleza —y su naturaleza era única— el deshacer nada de lo que había hecho. Por lo tanto, se iba acercando inexorablemente a aquel momento definitivo.

Se encogió de hombros, y al instante no quedó nada más que el otero y la luz del atardecer, mientras el pueblo festejaba en Ryovora.

DOS

Romper las puertas del infierno

Romperé las puertas del infierno y destrozaré los cerrojos; sacaré de sus tumbas a los muertos y los llevaré a compartir pitanza con los vivos, y sus legiones serán más numerosas que las de los vivos.

—La Epopeya de Gilgamesh

I

A Ryovora había llegado el Tiempo.

Desde la cumbre de la colina en la que, hacía más eones que los que era posible contar, aprisionó a Laprivan, el viajero de negro contemplaba lo que acontecía en la ciudad. Apoyado en su báculo de luz, contuvo un estremecimiento. Por singular que fuese su naturaleza, por único que fuese en verdad tal atributo, no era él inmune a la aprensión; sus dotes no incluían la omnisciencia.

El Tiempo había advenido a la gran ciudad: el Tiempo, en el que podían existir el orden y la lógica y el pensamiento racional. Quedaba así excluida para siempre de sus dominios, desterrada de la frontera de caos situada en la eternidad, fuera del tiempo.

La tarea para la cual su naturaleza singular lo condicionaba consistía en instaurar el orden; cabría suponer, en consecuencia, que el éxito obtenido le procuraba satisfacción, o al menos cierta complacencia. No era así, sin embargo, y tenía para ello dos razones sumamente convincentes y una tercera que prefería no considerar.

La primera y más acuciante era la obligación de cumplir con su deber: esta estación sucedía a la conjunción de cuatro planetas significativos en aquellos contornos, y debía ponerse en marcha para inspeccionar aquella porción del Todo que le fuera encomendada, obligación a la cual no podía sustraerse. Y se había habituado a terminar su periplo de inspección en Ryovora. De tanto en tanto, en momentos de descarrío del sentido común se había sentido tentado de alterar ese hábito; sin embargo, nunca lo había hecho, y el pensar que Ryovora ya no pertenecía a sus dominios lo descorazonaba un tanto.

La segunda razón no era enojosa. Era alarmante, desalentadora, inaudita y muchos otros epítetos angustiantes.

—En suma —anunció a la nada el viajero de negro—, ¡es inverosímil!

Otra ciudad había surgido en la tierra de nadie del caos, y llevaba la impronta delatora del Tiempo.

¿Cómo era posible? ¿Arrastrada acaso por algún turbulento remolino en contra de la corriente universal, de manera que, desde el reino de la razón y la lógica, hubiera retrocedido al aleatorio dominio del azar? Era probable. Y sin embargo, los elementos que habrían permitido la creación de tal remolino parecían inconcebibles. Se hubiera requerido para ello un magno sortilegio y en los feudos del Tiempo los sortilegios eran imposibles.

—¡Una contradicción de términos! —exclamó el viajero otra vez en voz alta para apartar de su mente la tercera y menos digerible de las razones para lamentar la pérdida de Ryovora. Era bien sabido por él que cuando hubiese llevado a cabo su tarea todas las cosas tendrían una naturaleza única; y entonces se integrarían al Todo Original y el tiempo se detendría. Y más allá...

Desde lo alto de la colina miró en derredor. Como siempre, entre los matorrales

de ralo follaje gris, los remolinos de polvo decantaban su sustancia, impalpable como ceniza, sobre los rastros de sus pisadas en el camino. Levantando su báculo, golpeó con él la roca: una, dos, y una tercera vez.

Al tercer golpe la fuerza elemental Laprivan de los Ojos Amarillos se agitó en su cárcel subterránea y abriéronse grietas en el camino. A través de ellas su voz retumbó, monstruosa, despertando ecos hasta el infinito.

—¡Déjame en paz!

—¿Qué sabes de la ciudad que allende alza sus murallas? —dijo el viajero de negro.

—Nada —respondió Laprivan con hosquedad.

—¿Nada? ¡Dices eso para ahorrarte el dolor de los recuerdos! ¿Tendré que enviarte a donde ha ido Ryovora, a los dominios del Tiempo? ¡Allí los recuerdos no pueden ser expurgados por remolinos de polvo!

La montaña entera se estremeció, y un alud de roca descolorida se despeñó con estrépito por su ladera más distante. La voz surgida de la nada gimió:

—¿Qué puedo saber yo de la ciudad lejana? Ningún hombre venido desde allí ha cruzado este camino.

—Malo —dijo el viajero, pensativo—. Muy malo.

Luego guardó silencio durante largo rato, hasta que el ser elemental imploró:

—¡Déjame en paz! ¡Déjame borrar las huellas del ayer!

—Como tú deseas, sea —dijo el viajero, y volvió a golpear la roca con su báculo. Las grietas del camino se cerraron; los remolinos reanudaron sus giros.

Sin prestar atención a todo esto el viajero contempló la verde y encantadora pradera que se extendía a sus pies. Allí la extraña ciudad, a la luz del sol del mediodía, era como un viejo juguete abandonado por un niño gigante. El cruel zarpazo del tiempo era visible por doquier, las dentelladas del gran nivelador estaban impresas en el mármol, la piedra y el metal. Que había sido hermosa y opulenta, era evidente; las puertas eran de roble y bronce, pero el bronce estaba verde de moho; las torres eran de plata y auricalco, pero su brillo precioso estaba empañado por un vaho opaco semejante al fétido aliento de un pantano; sus calles eran anchas y pavimentadas con mármol, pero las raíces de plantas silvestres levantaban las losas, y aquí y allá veíanse pozos llenos de agua de lluvia y pululantes de algas y larvas de insectos.

Fuera del Tiempo y en el caos. Casi increíble.

Por fin salió de su inmovilidad. No había otra cosa que hacer —razonó— que emprender su obligado viaje, y llegar al cabo, no a la conocida y acogedora Ryovora, sino a este enigma que el destino le había deparado y que no auguraba nada bueno.

En alas de la ansiedad hizo el largo camino y poco a poco fue encontrando algún consuelo. Saber que Acromel, aunque transformada, seguía estando donde siempre estuvo; comprobar que en el lago Taxhling la pesca continuaba cuando las estrellas eran propicias, y que el río Metamorphia lo alimentaba con extrañas criaturas

estériles, voraces y malsanas; eso era tranquilizador, una prueba de que el equilibrio subsistía en el cosmos.

Y en estos lugares, y en muchos, muchísimos más, hizo lo que en este y en todos sus viajes se exigía de él.

Una choza solitaria se alzaba en una montaña, al borde de una meseta en una comarca llamada Eyneran; allí, cuando se detuvo a pedir un mendrugo de pan y un sorbo de leche de borrega del rebaño que se divisaba en la lejanía, encaramado como nubes en la empinada pradera, una mujer atemorizada le abrió la mal trabajada puerta de madera y respondió a su pedido con una silenciosa negativa.

Era una mujer arrugada y envejecida antes de tiempo; y sin embargo la cabaña era sólida, y un olorcillo tentador flotaba en el aire y el piso immaculado y los numerosos calderos de cobre que el viajero alcanzó a ver no condecían con sus andrajos y sus pies descalzos. Esperó. A poco oyó un grito —la voz grave de un hombre, pero con un dejo de infantil petulancia.

—¡Madre, ven aquí! ¡El caldero se está derramando! ¿Qué te retiene, perra holgazana?

—Mintra —murmuró la mujer, y un rumor de pies anunció a una niña de unos doce años que cruzaba la habitación para ir a ocuparse del caldero.

Otro grito, aún más imperioso:

—¡Madre, te dije que vinieras! ¡Mintra no puede levantar la olla cuando está llena, momia estúpida!

—No le podemos dar nada —dijo la mujer al viajero—. Toda la comida es para mi hijo.

El viajero asintió, pero no se movió de su sitio. Por fin, con gran agitación y jadeo, el hijo hizo su aparición: reventando las costuras de su atuendo de terciopelo recamado en oro y manchado con restos de comida, tan alto que casi rozaba el techo con la coronilla, y tan gordo a la vez que el mero esfuerzo de estar de pie lo hacía respirar con dificultad. Su puño, grande como un jamón, se estrelló detrás de la oreja de su madre.

—¿Por qué no te mueres de una vez, vieja vaca holgazana? —rugió.

—Sería un alivio misericordioso —gimoteó la mujer—. ¡Y de buena gana me quitaría la vida, si no fuera yo lo único que se interpone entre Mintra y tú! ¡Si yo dejara de existir, hermana o no, la emputecerías!

—¿Y no sería un bocado de cardenal para mi cama? —se burló el hijo con una mueca maligna, sacando una lengua gruesa como la de un buey para lamerse lascivamente los labios.

—Como tú desees, sea —dijo el viajero—. Y golpeó con el báculo el umbral y se marchó.

Esa noche la peste descendió, sigilosa, de la niebla de la montaña, y se llevó a la madre, como el hijo había deseado; entonces la niña Mintra huyó con pies ligeros por los senderos de la montaña y glotón febril la persiguió llamándola a gritos entre las

ovejas indiferentes hasta que su enorme peso desprendió una roca y lo arrojó a un precipicio para convertirlo en pasto de los cuervos.

En la rica ciudad de Gryte un ladrón maldecía de viva voz la brevedad de las noches de verano, que había frustrado su plan de horadar el muro del despacho de un mercader.

—¡Oh, que nunca llegara para mí el amanecer! —clamó—. ¡Oh, si tuviera eterna oscuridad para ejercer mi oficio!

—Como tú deseas —dijo el viajero—, sea.

Y llegó la oscuridad: dos densas cataratas grises que le cerraron los ojos a la luz.

También en Medham otro bribón, se empeñaba en seducir a una dama temerosa de que sus encantos se fuesen agostando con los años, a fin de tener acceso a un cofre lleno de oro escondido en la alcoba de la bella.

—¡Te amo! —declaraba el burlador lisonjero—. ¡Te desposaría aunque no poseyeras más que harapos y habitaras en una choza!

—Como tú deseas, sea —dijo el viajero, y calle abajo aparecieron los alguaciles para anunciar a la dama que su casa y sus riquezas eran prenda de la deuda de otro. Al oír lo cual el embustero dio media vuelta y echó a correr, sin llegar a escuchar a un funcionario que llegó pisándole los talones a los alguaciles para informar que la deuda había sido saldada con un día de atraso.

Así también en Wocrahin un pendenciero fanfarrón irrumpió por la calle el día de feria, apartando a soplamocos a los niños y golpeando a las mujeres con el plano de la espada.

—¡Ah, si esta escoria no se interpusiera en mi camino! —exclamó, embistiendo con el hombro al viajero.

—Como tú deseas, sea —dijo el viajero, y cuando el pendenciero dio vuelta la esquina, la calle en la que entró estaba desierta bajo un cielo plomizo, y los edificios a cada lado, y las tabernas y los comercios. Y nunca más por toda la eternidad tuvo necesidad de apartar de su camino a la escoria que había maldecido; estaba solo.

Sin embargo, no fue esta la suma total de las hazañas del viajero mientras iba de uno a otro lugar de sus dominios. En Kanish-Kulya habían levantado una muralla para mantener separados a los kanishianos de los kulyanos y a cada lado, incrustadas en la mampostería, las calaveras de aquellos que perecieron en una guerra cuyo motivo había sido olvidado hacía mucho tiempo, les sonreían malignamente. En aquel lugar extraño y siniestro, Fegrim estaba encerrado debajo de un volcán; a la sombra del cono truncado el viajero se detuvo y habló largo y tendido con ese ser elemental, y cuando la conversación tocó a su fin, la región, en una milla a la redonda, quedó cubierta de pavesas diminutas y brillantes como luciérnagas.

En el Pozo del Ansar el ramiforme Yorbeth se ocultaba bajo el disfraz de un frondoso árbol cuya raíz madre saciaba su sed en un magnífico río subterráneo y de cuyas ramas, nutridas con una savia milagrosa, nacían hojas y frutos como nunca se vieran hasta entonces bajo ningún sol. El viajero pasó una hora a la sombra de ese

árbol y en prenda por las preguntas que formuló se vio obligado a llevarse una ramita roja y a apresar luego a un gato y officiar con ellos una ceremonia... precio que pagó con el corazón acongojado, porque las respuestas que obtuvo no le fueron de mayor utilidad.

También lo consultó a Farchgrind, y en Leppersley echó suertes con los huesos del pie de una doncella para interpretar los augurios, y después de mucho esfuerzo encarceló a Wolpec en una vela a cuya llama ahumó un trozo de vidrio que al instante le reveló tres verdades: una ineluctable, una discutible y una incomprensible. Esto ocurría en Tep, cuando el fin de su viaje estaba próximo.

Llegó entonces a Barbizond, donde siempre había un arcoíris en el cielo, gracias al ser brillante Sardhin, encadenado dentro de una nube de tormenta con grilletes de relámpago. Quedábanle tres alternativas: podía liberar a Sardhin y dejarlo hablar, en cuyo caso nada sobreviviría de allí al horizonte excepto él mismo, la fuerza elemental y todo cuanto era brillante por naturaleza, como las joyas, o el fuego o la afilada hoja de un puñal; o podía hacer lo que ya hiciera antes en circunstancias similares: consultar a un hechicero y recurrir a poderes demasiado cercanos al caos absoluto para estar en su esfera de acción; o, por último, podía penetrar en la extraña ciudad ignorándolo todo y afrontar el desafío del destino sin la armadura del preconocimiento.

Un breve lapso le quedaba aún antes de verse obligado a tomar una decisión irreversible. Llegado pues que hubo a Barbizond, encaminó sus pasos por una bella y ancha alameda en la que alternaban plátanos y tilos y que llevaba a un templo de color azul acero. Se alzaba allí el altar de Hnua-Threl, que también era Sardhin cuando quería serlo; la gente lo invocaba en combates singulares realizados cotidianamente en el atrio del templo; no eran gente de alcurnia, estos habitantes de Barbizond, pero eran honorables y en el torneo, bajo el puñal asesino o por mano propia, sabían morir con dignidad.

Una muerte acababa de ocurrir, era evidente, pues al acercarse a las puertas de la ciudad vio venir un cortejo fúnebre; en una carreta de altas ruedas tirada por gorilas llamativamente enjaezados, el cadáver amortajado en láminas de plomo, oro y hojas entretejidas; un grupo de hombres batiendo sus gongs a un ritmo lento acompañando a los músicos, que de flautines no más grandes que un dedo arrancaban silbidos de pájaro; ocho esclavas desnudas bajo la cálida lluvia incesante; y por último, un corro de deudos, que se comportaban, casi todos ellos, con la debida solemnidad.

El penúltimo de los dolientes era, sin embargo, una persona gorda y jovial, y llevaba encaramado sobre cada uno de sus hombros a un niño, que con el ala de su enorme sombrero de cuero, jugaban al escondite. El viajero lo contempló largamente antes de abandonar el refugio bajo el árbol más cercano e interpelarlo con cortesía.

—Perdón, señor, pero ¿no se llama usted Eadwil?

—Ese es mi nombre —respondió el gordo, sin perder la oportunidad de detenerse y dejar que el funeral siguiera su camino hacia el cementerio sin su ayuda—. ¿Tengo

acaso el honor de conocerlo, señor?

—Quizá no —dijo el viajero de negro—. Sin embargo yo lo conozco a usted. No esperaba verlo aquí; usted era antaño uno de los principales mercaderes-hechiceros de Ryovora.

—Hace mucho tiempo —respondió Eadwil con una sonrisa desdeñosa.

Los dos niños encaramados en sus hombros se rieron sin ton ni son y uno de ellos trató de arrebatarle el báculo al viajero, estuvo a punto de perder el equilibrio y lo recobró gracias a una palmada de la regordeta mano de Eadwil.

—¿Puedo preguntarle qué lo instó a cambiar de residencia? —murmuró el viajero.

—Mi cambio de oficio —Eadwil se encogió de hombros y poco faltó para que dejase caer al más atrevido de los niños—. Usted se refirió a mí como a un mercader-hechicero, y eso era. Pero cuando se decidió, muchos años atrás, que el pensamiento racional reinara en Ryovora, y acabar allí con los conjuros, se produjeron ciertos cambios. Yo, por mi parte, no lo lamento; pesaba un sortilegio sobre mí, que hacía que mis pies ardieran al rojo vivo cuando caminaba; y ahora, la única secuela de una larga caminata como la de hoy no es nada más que una que otra ampolla. Y estos nietos míos, hey, pequeños incordios, tampoco estarían hoy aquí si yo hubiese seguido someténdome a la otra gran restricción con que adquiriría mis poderes.

Acarició afectuosamente las espaldas de los niños y ellos le respondieron con tirones de orejas.

Esa era la verdad, como bien lo sabía el viajero. Eadwil había postergado el crecimiento de su barba hasta una edad insólitamente avanzada al celebrar el pacto en que se fundara su dominio de la magia.

—¡Así pues, acabaron para siempre mis conjuros para traer sedas finas y especias, vinos raros y perfumes exóticos! —Eadwil hizo un mohín—. Y hubo, debo confesarlo, algunas personas en Ryovora que echaron de menos tales lujos y nos acusaron a nosotros, los hechiceros retirados, de... ha... de haberlos traicionado. Por lo tanto me trasladé a Barbizond. Es una ciudad agradable a su manera, y aunque las costumbres locales no son totalmente de mi gusto, aquí al menos tienen docenas de hechiceros propios y nadie me acosa para que ponga en juego mis poderes mágicos... ¿Trae usted noticias recientes de Ryovora, señor? Porque ahora me doy cuenta que hace mucho que no sé nada de mi viejo terruño.

El viajero meneó la cabeza y le dirigió una desilusionada sonrisa.

—Hace largo tiempo que no he puesto los pies en esa ciudad. A decir verdad, esperaba que usted pudiera darme cierta información que necesito, y no a la inversa.

Eadwil mostró una cortés expresión de pesadumbre por no poder ayudarlo; entonces uno de los chiquillos comenzó a menearse y dar muestras de impaciencia.

—¿A casa? —dijo el abuelo, y rió con indulgencia—. Muy bien, el viejo Harpentile no está en condiciones de advertir que hemos dejado de acompañarlo a su entierro. Buenos días tenga usted, señor —añadió, dirigiéndose al viajero—. Ha sido

un placer reanudar nuestra relación, y espero sinceramente que encuentre alguien que lo pueda ayudar en esas indagaciones en que no le pude ser útil.

—Como tú deseas, sea —dijo el viajero entre dientes, y su corazón pareció liberarse de un peso enorme.

II

Hecho esto, no quedaba nada más que sentarse y esperar a que el destino cumpliera su obra. El viajero tomó asiento en la acera de una taberna; con los codos apoyados en la verde tabla de la mesa, protegido de la lluvia por un paraguas de color rosado, observaba a los viandantes y se preguntaba con qué aspecto se presentaría ante él el que habría de ayudarlo.

La muchedumbre era cada vez más densa a medida que pasaba el día. Caballeros ataviados con jubones de colores vivos, las armaduras tintineantes colgadas del arzón, pasaban a su vera, paladines en algún torneo por la mano de una heredera; también había buhoneros, y milagreros, dueños de uno que otro truco de poca monta, por los cuales habían pagado demasiado caro, a juzgar por los ojos inyectados en sangre, las mejillas hundidas, el andar claudicante y hasta las chillonas voces afeminadas... No era extraño, reflexionó el viajero, que Eadwil viera en sus nietos la mejor opción.

También pasaban mujeres: damas encopetadas con su séquito de doncellas y acariciando a curiosos e indefinibles animalillos; rameras envueltas en capas diáfanas a través de las cuales era imposible saber si estaban contaminadas; amas de casa con cestos de pestilente pescado en salmuera y hogazas de pan y vasijas herméticamente cerradas llenas de renacuajos para ser utilizados en los encantamientos caseros habituales en esta ciudad.

Y también niños: muchos desnudos, no necesariamente debido a la pobreza sino porque la piel era la mejor protección de la ligera y continua llovizna de Barbizond, otros en fantásticas vestimentas para satisfacer los caprichos de sus padres: cascos de enormes cáscaras de huevos, jubones de hojas pegadas como escamas y calzones que trataban de imitar tallos de plantas en primavera. Con molinetes, lanzas, peonzas, arcos y cuerdas para saltar, correteaban entre los adultos dejando a su paso el rastro de un alborozado desorden.

No había alegría en el corazón del viajero de negro... sólo una sorda aprensión.

Las sillas de las mesas en las afueras de la taberna fueron ocupadas poco a poco por nuevos parroquianos, hasta que sólo quedó una: la segunda silla junto a la mesa donde aguardaba el viajero. Entonces, repentinamente, desde las puertas de la ciudad, avanzó una curiosa figura desorientada: un hombre pálido, desgredado, con una esclavina bermeja, aferrado a un mísero zurrón como el náufrago a un madero en el mar de la locura. El tiempo había dejado huellas de dolor en su frente, y el viajero lo reconoció tan pronto posó sobre él la mirada.

El forastero se detuvo frente a la taberna. Sus ojos se pasearon voraces por las viandas que los parroquianos tenían delante: botellones de fragante vino, montañas de puré de frutas en que se hundían las cucharas de plata, crocantes hojuelas de corteza de luna, manjar que sólo los hechiceros de esta ciudad sabían atraer a través del gélido abismo del espacio sin que se echara a perder. Metiendo desmañadamente el

zurrón bajo el brazo, revolvió la faltriquera en busca de dinero y sacó una única pieza de cobre.

Vacilante, se aproximó al viajero de negro.

—Señor, con su permiso —murmuró— ¿en esta taberna se podrá comprar algo con esto? —Y le mosteó la moneda sobre una palma temblorosa.

El viajero la tomó y la dio vuelta, y le fue difícil ocultar el sobresalto que le produjo el nombre gravado en el reverso.

¡Ys!

Una ciudad que en el Tiempo gozaba de un renombre tan grande y portentoso que los rumores de esa fama habían traspuesto la tenue frontera del caos, y, precediendo a los portadores de noticias —y magnificados más allá de lo verosímil— originaban profecías en algún rincón de la eternidad, para retornar al Tiempo anticipándose a la realidad.

—¿No? —dijo el forastero con tristeza, al ver el largo rato que el vestido de negro dedicaba a su único capital.

—¡Nada de eso! —exclamó el viajero, mientras frotaba con delicadeza la moneda entre sus dedos—. ¡Ya lo creo que sí, amigo! ¿No es acaso oro de ley, que circula por todas partes?

—¿Oro?

El desconocido le arrebató la moneda, y en su prisa casi dejó caer el raído zurrón, y la estudió concienzuda e incrédulamente. A través del verdín del cobre resplandecía el amarillo cálido del metal precioso.

Sin más ni más se dejó caer como un peso muerto en la silla vacía y una criada de cimbreantes caderas acudió a su lado.

—¡De comer y de beber! —ordenó, haciendo tintinear sobre la mesa la moneda milagrosa—. ¡Me muero de hambre y de sed, así que... muévete!

Con ojos chispeantes, el viajero contemplaba a su nuevo amigo.

—¿Y cómo se llama usted, señor? —le preguntó.

—Jacques de Ys es mi nombre —suspiró el otro—. Aunque a decir verdad ya no me tienta demasiado el agregar a mi nombre el de mi origen.

—¿Por qué?

—¿Le gustaría a usted que lo abochornaran relacionándolo con una ciudad pululante de imbéciles?

—Considerando el asunto con la debida reflexión —dijo el viajero—, creo que no.

—¡Ahí tiene! —Jacques hundió los dedos largos y descarnados en la ya enmarañada mata de pelo; el agua había intentado alisarlo, pero ni medio océano hubiera bastado para tamaña empresa. Era un hombre flaco, ni joven ni viejo, de ardientes ojos grises y una espesa barba leonada.

—¿Y en qué forma se manifiesta la estupidez de los habitantes de Ys? —inquirió el viajero.

—¡Oh, otrora fue un gran pueblo! —Gruñó Jacques—. Y ese es el origen de todo el problema, supongo. Alguna vez poseímos una flota... y no para navegar en un lago mediterráneo, sino en Oceanus mismo, el padre de las tempestades y las gaviotas. También teníamos un ejército para proteger nuestras rutas comerciales, hábiles cambistas, sabios consejeros... ¡Ah, Ys era una de las más insignes ciudades del mundo!

—Eso es lo que he oído decir —admitió el viajero.

—¡Entonces sus noticias son de ayer, señor! —Jacques pegó un puñetazo sobre la mesa—. ¡Escuche! Cambiaron los tiempos, el clima, las corrientes oceánicas. Era de esperar, digo yo ¿acaso no nos enseña Heráclito que todo fluye? Pero la vida fácil y muelle le robó el cerebro a la gente. Cuando las bocas de nuestro gran estuario se fueron cegando ¿enfrentaron el problema y dragaron el río? ¡No, señor! Cuando un deslizamiento de tierra cerró nuestra principal ruta de la seda ¿enfrentaron el problema mandando exploradores en busca de otro camino? ¡No, señor! Cuando un invierno demasiado prolongado quemó nuestro trigo de otoño en las plantas ¿sembraron cebada o la resistente avena norteña? ¡No, no lo hicieron!

—¿Qué fue lo que hicieron —preguntó el viajero—, si es que algo hicieron?

—Primero se dedicaron a gimotear y a retorcerse las manos y a lamentarse de su triste suerte; cuando vieron que eso no producía ningún fruto que llenase los graneros, se transformaron en soberanos imbéciles e invocaron la imposible ayuda de la magia. Por su ceño me doy cuenta de su desagrado, señor, y hace bien, pues es bien sabido que la magia es una celada llamativa y ridícula que los espíritus malignos tienden en el camino de la humanidad.

No cabía duda: este era un hombre terco y poco sutil; aferrando en su mano una moneda que la magia auténtica y no por cierto la anodina hechicería casera había trasmutado de cobre en oro, todavía osaba hacer semejante declaración. Esta región en que ahora se encontraba no debía, con toda seguridad, de importarle demasiado. Mas no había remedio para eso.

—¿Y cuál era el propósito de sus incursiones en la... ejem... magia? —preguntó el viajero.

—Resucitar los magnos días del pasado, nada menos —dijo Jacques con soberano desprecio, y con la última palabra se atiborró con la comida de un plato que la criada acababa de colocar ante él.

Mientras el ciudadano de Ys apaciguaba su hambre, su compañero meditaba acerca de lo que acababa de oír. Si, un suceso como el descrito por Jacques bien podía explicar la paradoja de que Ys hubiese invertido la tendencia cósmica y cambiado Tiempo por eternidad con toda su secuela de confusión. Pero terrible e insaciable tenía que haber sido la lujuria que poseyera a toda aquella gente para que se produjese tamaña transformación; la necesidad general no debió de tener parangón en el Todo. Pensando en todo esto, el viajero sintió que su rostro se ensombrecía.

Estiró el brazo para alcanzar su báculo e hizo ademán de partir; Jacques, con los

carrillos inflados al máximo, alzó la mirada ante él, tragó precipitadamente y dijo:

—Señor ¿he interrumpido sus meditaciones? Perdón si...

—¡No, no! No ha hecho más que recordarme una tarea inconclusa. Su descripción de los habitantes de Ys es correcta. Son sin lugar a duda necios. Así que, si acepta mi consejo, no vuelva allí.

—Entonces ¿a qué otro sitio podré ir? —replicó Jacques, y por un segundo la desesperación asomó en sus ojos—. Me marché pensando que ningún lugar podía ser peor que lo que es ahora mi ciudad natal, y sin embargo en este breve viaje he visto tantos prodigios y maravillas que llegué a dudar de mi cordura. Encontré por el camino una criatura que no era ni hombre ni bestia sino un híbrido; vi a un duende resplandeciente lavándose los pies alabastrinos en una nube orlada de arcoíris; y una vez, cuando me incliné a beber en un arroyo, vi en el agua escenas que... No, no me atrevo a decir lo que creo haber visto.

—Ese debe de ser el arroyo llamado Geirion —dijo el viajero, y subrayó sus palabras con una torva sonrisa—. No se preocupe —agregó de inmediato—, no tema a las cosas que allí se ven, no pueden nunca convertirse en realidad. La gente de los alrededores va allí a librarse de sus temores infundados.

Jacques lanzó por encima del hombro una mirada de reojo a la multitud abigarrada y tembló, consternado.

—A pesar de todo, señor, no tengo intenciones de permanecer en esta ciudad tan singular.

—Sería más conveniente que tratase de adaptarse a las costumbres lugareñas que regresar a su ciudad —le previno el viajero—. Ys está predestinada a sufrir un castigo muy espectacular, si la situación es tal como usted la describe.

—¡Castigo! —exclamó Jacques, y una alegría sacrílega iluminó su rostro—. ¡Les advertí, una y otra vez les advertí! ¡Cómo quisiera ser testigo de ese castigo, para tener la satisfacción de ver que estaba en lo cierto!

El viajero suspiró, pero ya no había remedio; su naturaleza única lo obligaba a seguir un solo camino. Dijo con acritud:

—Como tú lo deseas, sea. Ve, pues, a la ciudad que los hombres llaman Acromel, donde la miel es amarga, pero no entres en ella. Circúndala en dirección al sol poniente, y llegarás a un colina cenicienta arrebujaada en matorrales grises donde hay siempre remolinos de polvo que cubrirán tus huellas tan pronto las hayas marcado. Desde la cresta de esa colina podrás contemplar a Ys a la hora del desastre.

—¡A ver, un momento! —exclamó Jacques, poniéndose de pie—. ¡Desde mi mocedad he vagabundeado por los alrededores de Ys y no conozco ninguna colina como la que usted describe!

El viajero se encogió de hombros y dando media vuelta, emprendió la marcha. Jacques lo retuvo por la capa.

—¡Espere! ¿Cómo se llama usted, usted que dice cosas tan extrañas y me envía a cumplir una misión tan inverosímil?

—Puedes llamarme Mazda, o cualquier nombre que se te ocurra.

El viajero de negro se libró de la mano que lo sujetaba con una mueca de desagrado.

—¡Ja! ¡Esto sí que está gracioso! —Jacques puso los brazos en jarras y se echó a reír—. Pero así y todo... Bueno, señor, es tal el deseo que siento de presenciar el castigo de Ys, que seguiré sus directivas. ¡Y mi gratitud!

Hizo la parodia de una reverencia cortesana, floreando un sombrero inexistente.

—Quizá no puedas agradecerme más que esta vez —dijo con tristeza el viajero, y siguió su camino.

III

Lord Vengis presidía en la Sala del Trono de Ys, y con los ojos entrecerrados contemplaba a la nobleza reunida en asamblea. Trató de pasar por alto la triste condición en que se hallaba el recinto. Antaño, había sido un edificio digno de admiración: tapizaban sus muros espejos más altos que un hombre enmarcados entre pilastras de mármol, hojas de oro y ónix, y un consumado maestro del pincel había pintado escenas en once vívidos colores del nacimiento de Santa Clotilde, el martirio de San Godofredo —ésta casi toda en rojo— y la ascensión a los cielos de San Eulogio montado en un delfín saltarín. Además, el piso había estado alfombrado con armiño y pieles de oso.

Las pieles habían desaparecido. O, para ser más precisos, algunas de ellas habían desaparecido y reaparecido, más no en su forma habitual: se las había transformado en abrigos para los nobles y ahora envolvían, con la ayuda de ceñidores dorados, vientres y senos mayestáticos. Por otra parte, la mitad de los espejos estaban manchados por las moscas, y algunos rajados; pero lo peor de todo era que ciertas losas del mármol del piso habían sido arrancadas dejando al descubierto los cascotes de los cimientos —habíase corrido el rumor de que el mármol era lo más adecuado para construir altares para los sacrificios— y en uno de aquellos desniveles, en un rincón pobremente iluminado, Lord Vengis, *en route* hacia su trono, se había torcido un tobillo.

Aquel recinto era el espejo de todos los males que aquejaban a Ys. Los puertos, que alguna vez bebieran las dos inmensas mareas diarias del océano, estaban bloqueados por un cieno pestilente; el pasto crecía por entre las piedras de los malecones, así como también en los carriles de las magníficas carreteras antiguas que partían de la ciudad, por lo menos según los informes: ninguno de los personajes presentes podía dar fe de ellos, pues todos habían renunciado a aventurarse fuera de Ys desde el momento en que las cosas tomaran ese giro hacia lo peor. Así también, en los jardines de las mansiones una planta semejante, pero no idéntica, al muérdago, había extendido sus ramas sobre los frondosos árboles, dejando caer un fruto asquerosamente pegajoso sobre los que buscaban sombra; en los profundos pozos de agua dulce los criados aseguraban escuchar voces ominosas y se negaban a bajar los cubos por temor a ahogar a los espíritus que hablaban; el mercado de la semana anterior había estado reducido a dos viejos que reñían por una vasija de barro rajada y un panal de sucia miel silvestre.

Lord Vengis miró ceñudo a su auditorio, y éste, poco a poco, fue guardando silencio. Sus servidores se encaminaron, sigilosos como sombras, hacia las puertas dobles de la entrada, las cerraron y aseguraron con barras para impedir cualquier intromisión —pues este cónclave no debía llegar a oídos del común de la gente.

Cuando se apagó el eco metálico de la última tranca, uno de los asistentes, en el

extremo de la primera fila de sillas doradas, se levantó de un salto y dejando escapar un gemido se metió los dedos en la boca. Todos los ojos se volvieron hacia él.

—¡Bardolus, necio! —Restalló la voz de Lord Vengis—. ¿Qué te aflige?

—¡En aquel espejo! —farfulló Bardolus, tratando de señalar con el dedo, pero su brazo tembloroso no obedecía su voluntad—. Vi en el espejo...

—¿Qué? ¿Qué? —coreó una docena de voces temerosas.

Bardolus era un hombre pequeño que siempre parecía estar a la defensiva; se le tenía por inteligente, pero de una inteligencia taimada que le había ganado pocos amigos y ninguno que confiara en él. Dijo, enjugándose el sudor.

—No sé. Vi algo en ese espejo que tampoco estaba en este salón.

El Tiempo titubeó en su carrera, hasta que Lord Vengis lanzó una áspera risotada y golpeó con la mano abierta el brazo de su trono.

—¡Tendrás que acostumbrarte a manifestaciones de ese género, Bardolus! —Lo espoleó—. Mientras las cosas permanezcan en los espejos ¿qué puede preocuparte? Cuando emergen al mundo cotidiano debes cuidarte. El otro día, no más, cuando estaba en mi gabinete de taumaturgia haciendo experimentos con cierta fórmula yo... Bueno, basta ya—. Tosió, y por encima de la bien educada mano que cubría su boca, lanzó una mirada astuta para ver si sus palabras habían surtido el efecto deseado. Y así era, aun cuando el episodio a que se había referido era una patraña. Ciertamente, había pasado mucho tiempo en su gabinete; cierto, había ensayado muchas fórmulas, pero, ay, hasta ese entonces todos sus esfuerzos habían sido en vano, no habían producido ni siquiera un inofensivo espectro en un espejo.

Sin embargo, todo eso tendría que cambiar. Era fácil de pronosticar, flotaba en el aire mismo. En él había fuerzas que ningún hombre podía nombrar, y algunas veces el cuero cabelludo se erizaba como se eriza antes de una tormenta eléctrica.

—Estamos aquí reunidos por la razón que ya conocéis —dijo luego de una pausa imponente—. Nos hemos puesto de acuerdo en cuanto al único camino que nos queda. Reconocemos que la Ys de nuestros días descansa sobre los hombros de hombres y mujeres eminentes. No obstante ¿a dónde nos ha arrastrado su ambición? La suerte ingrata nos ha abrumado con dificultades que ellos nunca conocieron, y mientras ellos se atiborraban de pasteles jugosos y frutas deliciosas y sazonadas provenientes de todos los confines del mundo, nosotros nos alimentamos de secos mendrugos y de carne rancia. ¡Nosotros sólo bebemos agua, y no demasiado límpida, mientras ellos saboreaban vino y aguamiel, y cerveza transparente como un cristal ahumado!

«Hemos llegado a la conclusión de que ellos, a pesar de su reconocida grandeza, ellos, y no nosotros, son los culpables. No pedimos nacer en una época en que los árboles se pudren, nuestras cosechas se agostan, nuestro puerto se ciega. En todo sentido son culpables: por levantar Ys en el sitio en que está, por gestar hijos que hoy heredan tan miserable legado».

—¡Síii! —Como un trueno lejano retumbó la aprobación en el recinto.

—Algunos pusilánimes, algunos necios ignorantes, han disentido con nosotros —prosiguió Vengis, enardeciéndose con un discurso que no había tenido intención de pronunciar—. Ellos, por supuesto, son de baja estofa, carecen de la lucidez que es el derecho congénito de la nobleza. Jacques el notario, por ejemplo, hubiese querido que empuñásemos la azada y la pala para despejar el puerto; y si carecíamos de ellas, que lo hiciéramos a mano limpia.

Esta vez la respuesta fue una mezcla de escalofríos y risas sofocadas.

—A propósito ¿qué ha sido de Jacques? —se oyó preguntar a alguien.

—¿Qué importa? —replicó Vengis, frunciendo las hirsutas cejas—. Sabemos que estamos en el buen camino. Hemos decidido que debemos emplear herramientas más poderosas que los primitivos... ejem... implementos agrícolas para superar una catástrofe tan abrumadora. Debemos, en suma, rehacer nuestras fortunas y restaurar el esplendor de nuestra ciudad, y arrancar de raíz para siempre el descontento sembrado entre la chusma por los congéneres de Jacques, explotando los recursos más poderosos de que disponemos. ¡Gracias a la magia, por el imperio de la voluntad, encadenando a las fuerzas sobrenaturales, volveremos a convertir a Ys en la envidia del mundo entero!

Un rugido de aprobación y una salva de aplausos. Disimulado entre las sombras, sólo uno de los presentes no había aplaudido; de pie, apoyado en su báculo, meneaba tristemente la cabeza.

—Oigamos, pues, las novedades, las alentadoras noticias de nuestros logros —gritó Vengis—. Oigamos primero a Dama Seulte, en torno a cuya casa la última vez que cabalgué por sus alrededores no pude menos que notar un aura cargada de fenómenos singulares.

Silencio. Al cabo una mujer corpulenta, casi en el fondo del salón, se puso de pie con alguna dificultad, debido a su peso, y habló.

—Dama Seulte, como sabéis, es mi vecina más cercana, y como ella no está presente creo que quizá deba mencionar que ayer estaba eufórica y esperanzada en el éxito de sus experimentos. Había conseguido que alguien le regalase por voluntad propia un niño para ofrendarlo a... bueno, a una criatura que es preferible no nombrar abiertamente. Cuando la encontré, llevaba a su casa a la preciosura con una trailla de cuero verde. ¡Un cuadro tan adorable!

—¡Dama Rosa! —dijo un joven más cercano a la primera fila, volviéndose en su asiento—. ¿Un regalo por propia voluntad? ¿Está segura?

Y su acompañante, una muchacha pálida que no podía tener más de dieciocho años, vestida con un traje de terciopelo castaño, dijo, dubitativa:

—Mi doncella me habló de un incendio en la casa de Dama Seulte, esta mañana...

Vengis volvió a golpear con la mano abierta el brazo de su trono, un golpe tan seco como un mazazo. Dijo severamente:

—¡Nada de comentarios derrotistas si me hace el favor, *Lady Vivette!*

—¿Pero está segura de que fue un regalo voluntario? —insistió el joven que estaba al lado de Vivette.

Dama Rosa dijo con altanería:

—Dama Seulte prometió criar al niño como si fuera suyo, y los padres eran pobres y estaban hambrientos; se separaron de él de buen grado.

—Entonces esta mañana debió de haber un incendio en su casa —dijo el joven y se encogió de hombros—. Nuestro ejemplar del libro que ella utilizó para sus conjuros tiene una hoja que en el de ella falta, y en ella hay docenas de testimonios de autoridades. Los ingredientes obtenidos con engaño de nada sirven en tales ceremonias.

Hubo una pausa de desconcierto general. Al fin y al cabo, Dama Seulte sólo había tratado de invocar a un ser elemental comparativamente simple.

—Tengo novedades más estimulantes —anunció, desde el ala opuesta de la asamblea, una voz dulce y cautivante—. Todos volvieron las cabezas con alivio; era *Lady Meleagra*, cuyos ojos como zafiros, cuyos labios semejantes a pétalos de rosa y cuya piel de nívea blancura habían destrozado corazones durante diez de los veintidós años que ahora contaba. Como Eadwil lo hiciera antaño en Ryovora —aunque ella ignoraba ese antecedente— había adquirido sus dotes bajo ciertas condiciones. Ella, por su parte, no había sufrido aún las consecuencias de ese pacto; estaba, sin embargo, obligada a imponer un veto en verdad lamentable a todo aquel que anhelase compartir los placeres de su alcoba. Era una precaución sumamente eficaz para impedir indeseadas intervenciones sobrenaturales, pero había reducido significativamente el número de sus cortejantes.

—Siento en la piel que habrá un cambio en Ys —dijo como en trance—. Un gran prodigio ha ocurrido en esta ciudad. Por ahora desconozco su naturaleza exacta, pero el hecho es indiscutible. ¡Ved!

Extendió un brazo grácil, enfundado en encaje blanco tan sutil que su piel lo teñía de rosa, y en el pasillo central que dividía a la concurrencia apareció una cosa. Era oscura y se contorsionaba; fuera de eso no tenía otros atributos definibles excepto un par de ojos fosforescentes encendidos por el odio. La visión duró medio minuto antes de desvanecerse lentamente, y al desaparecer dejó la atmósfera impregnada de un vaho pestilente; para contrarrestarlo, aquellos lo bastante previsores como para haberlos llevado hundieron las narices en ramilletes de flores.

Un clamor se alzó, poco a poco, y por doquier los nobles se esforzaban por demostrar que también ellos habían tenido éxito.

—¡Mirad! —gritó Maese Hautnoix, y retorció entre sus manos una cadena de relucientes burbujas que extrajo de la nada, y una segunda y una tercera vez, hasta que el hechizo se desvaneció.

—¡Ved! —gritó Dama Faussein agitando una maraca hecha con una calabaza y cubierta en cada extremo con la piel tatuada de un marinero ahogado; esto hizo que el salón se sumiera en las tinieblas más profundas mientras duró su repiqueteo, y todos

los presentes tuvieron la pavorosa sensación de flotar a la deriva en un vacío infinito.

—¡Observad! —rugió el anciano Señor de Icque extendiendo un paño escarlata a todo lo que le daban los brazos; una boca abrióse en el paño y pronunció cinco sonoras palabras que ninguno de los presentes comprendió.

Todas estas proezas fueron acogidas con sonrisas, y la bulliciosa aprobación fue dando paso a un parloteo general que trataba de averiguar cuáles habían sido los procedimientos.

—¡Cinco noches borracho bajo un patíbulo! —Se vanaglorió Maese Hautnoix.

—¡Un día y una noche y un día besando la boca del hombre que me donó su piel! —Fanfarroneó Dama Faussein.

—Haciéndole cosas a una cabra que no puedo mencionar habiendo damas presentes —murmuró por detrás de su mano el Señor de Icque.

—Pero Ub-Shebbab vino a mí con sólo invocar su nombre —dijo Meleagra, y al oír esas palabras inquietantes los que estaban próximos a su silla se alejaron tanto como pudieron sin parecer groseros.

Vengis, desde su elevado trono, no se unió a ellos ni para ensalzar ni para interrogar; su rostro de poderosa mandíbula permaneció impávido, como si fuese de piedra. ¿No se había entregado él mismo, acaso, a indignidades aún peores? ¿No había hecho promesas cuyo solo recuerdo lo hacía abochornarse? ¿Y a qué habían conducido todas esas luchas? ¡A nada! ¡Ni siquiera a una vistosa triquiñuela como la de las relucientes burbujas de Maese Hautnoix!

Una vez más descargó su puño sobre el brazo del trono, e interrumpió el cotorreo con un furioso bramido.

—¡Basta! ¡Basta! ¿Sois niños con asueto escolar, para así deshonorar nuestra reunión con simples chismorreos? ¿Cuánto nos acercan a nuestra meta todos vuestros sortilegios? ¡Este es el dilema!

Un tanto turbados, los asistentes cayeron en el mutismo para preguntarse unos a otros con la mirada si alguno era lo suficientemente intrépido como para pretender haber logrado algún progreso hacia la solución del problema capital. Al principio evitaban mirar a Meleagra, luego, como nadie proponía nada, se animaron a zambullirse en esas aguas turbulentas, y fueron recompensados con un suspiro y un gesto de rotunda negativa.

—¡Ya lo sabía! —graznó Vengis con desdén—. Os habéis dejado deslumbrar por espectáculos llamativos y habéis olvidado el problema urgente que enfrentamos. La próxima vez que os dediquéis a vuestros conjuros, preguntaos esto ante todo: si tengo éxito, ¿cuál será el beneficio? ¿Podré comerlo? ¿Me lo podré echar encima, o reparar mi techo con él? En suma ¿de qué me servirá, no sólo a mí, sino a la nobleza y a la plebe de Ys?

Fulminó con la mirada a la ahora desazonada asamblea.

—No va a ser fácil, bien lo sé. Yo, personalmente, no he obtenido ningún éxito digno de mención. ¡Pero al menos no me he dejado tentar por desvíos superfluos!

El que se ocultaba entre las sombras meneó la cabeza una vez más. En verdad, aquella era una asamblea de necios, y más que ninguno su jefe, Vengis, un hombre de suprema vanidad y arrogancia, ciego para sus faltas y orgulloso hasta lo indescriptible. Siendo así...

El viajero tosió con discreción, y las cabezas giraron rápidamente para ver de dónde provenía el ruido. Vengis, sorprendido, se incorporó a medias en su trono.

—¿Qué haces aquí? —bramó—. ¿Quién te ha permitido entrar sin mi anuencia?

El viajero de negro avanzó sin ruido a lo largo del pasillo que dividía a la concurrencia hasta quedar frente a Vengis, y un algo en sus ojos silenció toda palabra previa a la respuesta a aquella doble pregunta.

Por último dijo:

—Con respecto a lo que estoy haciendo aquí, bueno, estoy escuchando y meditando acerca de lo que habéis dicho. En cuanto a la autorización que me fue otorgada para unirme a vosotros, acudo allí donde mi presencia es necesaria, se la desee o no.

Los nobles de la ciudad, ubicados según su jerarquía, contuvieron el aliento. Esta era la palabra de alguien que poseía una autoridad que ellos no se atrevían a desafiar.

—¿Qué... qué quieres de nosotros? —murmuró Vengis cuando hubo recobrado en parte su presencia de ánimo.

—Decid más bien qué queréis vosotros de mí —replicó el viajero con una sardónica inclinación de cabeza—. A causa de la confusión reinante en vuestra asamblea, no he podido sacar nada en limpio. Explicádmela con palabras simples. Es decir, si tenéis alguna idea clara de lo que ambicionáis...

Había un ligero dejo insultante en esta última frase. Vengis se irguió, desafiante.

—¡Claro que la tenemos! —Fanfarroneó—. ¿No has visto acaso el lastimoso estado a que ha quedado reducida nuestra hermosa ciudad?

—Lo he visto —admitió el intruso de negro—. Y por lo que he alcanzado a comprender, acusáis de ello a vuestros antepasados.

—¡Así es! —Restalló Vengis—. Y anhelamos hacerles reparar su crimen. Intentamos hacerlos volver, para que puedan contemplar la ruina que nos han legado, y obligarlos a subsanar sus errores.

—La coerción no está en mi naturaleza —dijo el viajero—. Sólo conozco el libre albedrío. Sin embargo, decís que habéis elegido: ¿qué os impide actuar?

—¿Qué crees tú? —El que hablaba era Bardolus, semienloquecido con la tensión del momento—. Buscamos el poder necesario para alcanzar nuestra meta, y lo único que hemos logrado hasta ahora son unos milagros de poca monta y un par de calamidades personales.

—¿Como la que le sucedió a Dama Seulte?

—Ah... Bueno, sí, supongo que sí.

—¿Y es éste el deseo común a todos vosotros? —preguntó el viajero con profunda tristeza, escudriñando hasta el último rincón del vasto recinto.

—¡Síii! —Fue la respuesta a coro.
—Como lo deseáis —dijo el viajero—, sea.
Y se alejó.

IV

Dónde fue, nadie lo supo. Pasó entre ellos veloz como el pensamiento, silencioso como las sombras, y desde el momento en que dejó de hablar, ya no les quedó ánimo para continuar sus consultas.

Sin embargo experimentaron una sensación de alivio, algo así como una promesa, al llamar a los criados para que desatracasen las puertas y emprender por distintos caminos el regreso a sus hogares. Las calles por las cuales pasaban parecían estar más pobladas que en los últimos tiempos y no pocos de ellos tuvieron la impresión de reconocer entre la multitud un rostro familiar, un modo de andar conocido o un ropaje de corte peculiar. Empero, tales alucinaciones eran parte del estado de ánimo reinante, y sólo servían para agudizar las tensas premoniciones que los acompañaban desde que abandonaron la Sala del Trono.

—¿Cuál crees que haya sido la suerte de Dama Seulte? —dijo *Lady Vivette* a su acompañante, que era también su hermano, pero ellos habían juzgado que ese parentesco era propicio al hacer sus primeros experimentos. *Vivette* hablaba mientras su carruaje crujía y se bamboleaba al entrar en el patio de su casa solariega, a corta distancia de palacio. Los goznes de las puertas se quejaron de la herrumbre y la falta de aceite cuando los lacayos las forzaron a cerrarse.

—Creo que fue imprudente —dijo el hermano. Su nombre para el mundo era Ormond, pero en los últimos tiempos había adoptado otro durante un ritual de medianoche, y *Vivette* sabía cuál era y por ello ejercía cierto poder sobre él.

—¿Te parece que ese... ese personaje nos habrá conferido poderes? —preguntó *Vivette*—. Tengo la sensación de que lo hizo.

Ormond se encogió de hombros.

—Podemos hacer la prueba. ¿Quieres que lo hagamos ahora o que esperemos hasta después de la cena?

—¡Ahora! —dijo *Vivette* resueltamente.

Así, pues, como correspondía, hicieron sus preparativos: se ataviaron con vestimentas fantásticas que tenían aberturas imprevisibles, y se adornaron con diversas piezas orgánicas que habían sido cedidas por sus primitivos dueños, tales como un collar de ojos de niños engarzados en cristal para *Vivette* y una máscara hecha con la cabeza de un caballo para Ormond. Así engalanados, se dirigieron a un aposento en la torre más alta de su mansión, donde por tradición, y a lo largo de incontables generaciones, los jefes difuntos de familia eran velados durante un día y una noche.

Allí, en una estrella de cinco puntas delimitada por cuatro braseros y una vasija de cera hirviendo sobre un hornillo, se entregaron a ciertos pasatiempos no desagradable, cuidando de recitar por turno y en forma continuada una serie de extraños sortilegios. A medida que avanzaban en sus experimentos, el aposento se

obscurecía, y poco faltó para que la tremenda exaltación que los dominaba interrumpiera su concentración; pero perseveraron, y...

—¡Mira! —cuchicheó Vivette, y le señaló el catafalco arrumbado en un rincón. Bajo el paño de terciopelo negro veíase una forma yacente, la de un caballero en armas y armadura.

—¡Oh! Así, exactamente igual, yace en el cuadro, abajo, Honorius, nuestro bisabuelo, antes de que lo enterrasen —prorrumpió Ormond, y se levantó de un salto para retirar el paño.

Impasible, una visera de acero los contemplaba. Vivette la levantó, y en el oscuro interior del yelmo rebrillaron unos ojos y una ráfaga de aliento fétido escapó de él. Envarado, con esfuerzo, el ocupante de la armadura se incorporó en el catafalco.

—Venid, hijos míos, dejad que os bese a los dos —dijo una voz herrumbrosa, y a pesar de sus intentos de liberarse, un par de brazos los envolvió en un irresistible círculo de hierro—. ¿Qué os sucede? ¿No amáis a los de vuestra misma sangre?

Se oyó una horrenda carcajada hueca cuando el abrazo empezó a estrecharse; el collar de ojos estalló como un puñado de avellanas, la máscara caballuna se estrelló contra el piso y labios húmedos de saliva se prendieron primero a una boca, luego a la otra.

Vivette y Ormond perdieron el sentido.

Cuando volvieron en sí, el caballero armado había desaparecido, pero en el catafalco, en el lugar donde se había corporizado, había un manuscrito encuadernado en cuero y bronce, abierto en la página que registraba la muerte de Honorius a causa de una fiebre contagiosa contra la cual ninguna medicina surtía efecto, en su trigésimo tercer año de vida.

Dama Rosa, en su palanquín llevado por dos pollinas blancas, pasó por la esquina de la casa que antes perteneciera a Dama Seulte y corrió las cortinillas para echar una mirada curiosa hacia arriba. No cabía duda, como se lo relatara su doncella, un lengüetazo de negro hollín tiznaba la pared por encima de la ventana del cuarto donde Seulte acostumbraba realizar sus experimentos.

Chasqueó la lengua. ¡Pobrecita Seulte! De haber esperado tan sólo un día más, hubiera podido palpar los frutos de sus esfuerzos. Tal era al menos la convicción de Dama Rosa; confiaba en la promesa del hombre de negro, y no veía el momento de enclaustrarse con sus libros y aparatos y poner en práctica, con todas sus mejoras, las fórmulas más significativas de su repertorio.

Su familia había figurado otrora entre las más lascivas de Ys, y la excesiva complacencia con que sus antepasadas se entregaban a los placeres de alcoba había amenazado a menudo con superpoblar sus nada menguados feudos. La mansión contaba por lo tanto con un sótano donde, a lo largo de las generaciones se hacía desaparecer discretamente a los hijos superfluos, no por medios primitivos y brutales sino confiando el problema de su alimentación a los hados. Entró en este sótano por una puerta de bronce, que cerró con una pesada llave, y pasó por entre una hilera de

casilleros de madera en cada uno de los cuales un esqueleto roído por las ratas yacía sobre la paja sucia, con un grillete sujetando un tobillo.

Había elegido este lugar después de una larga reflexión. ¡Sin duda, razonaba, el punto de partida hacia la eternidad de tantos espíritus debe estar imbuido de poderes singulares!

Su método de trabajo requería el uso de plumas, cuatro líquidos de los cuales el menos nocivo era la sangre fresca y una prolongada concentración silenciosa, sentada en un taburete de diseño único y sin otra vestimenta para cubrir su corpulenta figura que la que podía proporcionarle su pelo raleado por la edad. Ofició, con premura, los ritos preparatorios; luego se sentó y cerró los ojos, temblando no de frío sino de excitación.

Debía, según especificaban los libros, mantener los ojos cerrados hasta haber concluido con el recitado de un sortilegio que ocupaba ocho páginas íntegras de escritura minúscula. Le faltaban dos páginas para terminar cuando oyó los primeros crujidos y tintineos a sus espaldas. Le faltaba una página cuando sintió el primer contacto en carnosos muslos. Desesperada por conocer los prodigios que sus afanes habían obrado, recitó la última página sin respirar, y con la palabra final llegó el primer mordisco.

Treinta criaturas enloquecidas por un hambre voraz, con dientes tan afilados como los de una rata, dejaron, también en sus huesos las huellas de sus mordeduras.

Bardolus temblaba al apilar sobre un brasero repleto de carbón, frente a su espejo, una multiplicidad de extraños ingredientes. Había elegido el hechizo del espejo porque era, entre todos los que conocía, el que más lo había acercado al éxito, si bien lo había desconcertado el ver una aparición en los espejos comunes de la Sala del Trono.

Deseaba tener el coraje de abandonar definitivamente el proyecto, pero el temor y la vanidad combinados lo impulsaban a seguir adelante. Lo ponía fuera de sí de celos el pensar que una chicuela como Meleagra —para no mencionar al rústico campesino de Icque, o a la estúpida y complaciente Dama Faussein— había logrado dominar los poderes mágicos con tanta tranquilidad, mientras él gritaba aún de terror ante las consecuencias de su propia taumaturgia.

Frotó una cerilla y encendió la pila. Saturada con la grasa de una marrana que había devorado su propia cría, ardió produciendo un humo sofocante que veló el espejo, hasta consumirse por completo.

Luego la atmósfera se despejó, y encontró en el espejo un rostro que conocía: el rostro de su madre muerta.

—Bardolus, hijo mío —díjole con dulzura zalamería—. ¡Mira a tus espaldas! Hay allí una alacena de roble que tú conoces desde tu niñez. Aprieta el último botón del diseño tallado y se abrirá una gaveta secreta. En esa gaveta encontrarás lo que me otorgaba poder sobre tu padre. Recíbelo como un presente mío.

La imagen se desvaneció. Algo intrigado, Bardolus vaciló antes de hacer lo que le

fuera indicado. Recordaba vagamente a su padre, había sido un hombre extraño, que oscilaba entre una alegría histérica y una depresión tan profunda que lo llevaba a permanecer sentado durante horas contemplando un cuchillo o una poción de veneno, tratando de reunir el coraje necesario para quitarse la vida.

Y sin embargo... poder.

Apretó el botón y la gaveta se abrió, poniendo al descubierto un paquete envuelto en un raro papel amarillo sellado con cera verde. Rompió convulsivamente el sello y un fino polvillo le saltó a la cara; hubiérase dicho que procuraba introducirse, por voluntad propia, en sus fosas nasales. Trató de esquivarlo pero fue en vano; lo inhaló hasta el último átomo y el envoltorio quedó vacío en la palma de su mano.

Pocos segundos después, sintió una euforia indescriptible. ¡Caramba, era capaz de todo! Medía tres metros de altura, era más fuerte que un toro, más potente que los héroes de las leyendas y tan apuesto que ninguna moza se le resistiría si la cortejaba.

Arrojó el envoltorio y corrió hacia la calle.

Del espejo brotaron brumas que se fueron aglutinando hasta formar la figura de su madre, y se solidificaron lo suficiente como para recoger el envoltorio vacío con viejos dedos retorcidos y contemplarlo con mirada turbia.

—No mereces mejor suerte que el que te engendró en mi cuerpo contra mi voluntad —murmuró—. ¡Una hora, Bardolus, una hora de delirio! Y luego la desesperación. ¡Porque será en vano que trates de volver a conseguir esta droga, Bardolus! Nunca preparé más de una dosis por vez, y era postergando por un día su elaboración como ejercía mi poder sobre tu padre. ¡No hay nadie que la prepare para ti, Bardolus! ¡Absolutamente nadie!

V

Pero no fueron esas todas las calamidades que se abatieron sobre Ys, la otrora incomparable ciudad. Pues aquellos a quienes el viajero de negro había en verdad desafiado desconocían los medios que podrían sacarlos del atolladero, y acicateados por la codicia y la pereza habían formulado el deseo más ambicioso que eran capaces de concebir. Perdida entre esa plétora de revelaciones se encontraba —en algún lugar— la clave exacta y precisa capaz de poner remedio a sus males; eso, en todo caso, el viajero no pudo menos que admitirlo. Pero, tal como les había advertido, no estaba en sus manos el obligar a nadie a hacer lo que correspondía. La elección era la única arma que ofrecía.

Y aquellos que elegían mal, lo hacían así en razón de su propia naturaleza.

En general, la gente le tenía cariño a Maese Hautnoix, que era encantador como un niño; bastaba ver cuánto disfrutaba con juguetes como las bonitas burbujas de colores que había exhibido en la Sala del Trono. Era característico de su personalidad que, obligado a permanecer cinco noches bajo el patíbulo para obtener el privilegio de la magia, las pasara borracho para evitar una excesiva consideración del aprieto en que se encontraba.

No obstante, cuando se encaminó al lugar elegido del patio de ejecuciones y reía entre dientes mientras degollaba a un gallo blanco y a una gallina negra, el que se le acercó resultó ser el fundador de su linaje, de profesión verdugo municipal, quien tanto había amado su oficio que más de una vez pagó el silencio de testigos que pudieron haber salvado a las víctimas de la sogá; al ser descubierto fue sentenciado a bailar colgado de su propia horca.

Como había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que ejerciera su ministerio, aprovechó la oportunidad con presteza y el crepúsculo sorprendió a Maese Hautnoix balanceándose de un nudo corredizo mientras su antepasado regresaba a las puertas de la ciudad, frotándose orgullosamente las manos, pensando en lo que el destino le tendría deparado.

Dama Faussein, que tan generosamente pagara a un marinero por el préstamo de su piel, cuando llegó a su mansión buscó nuevas aplicaciones para su curiosísima maraca, pues juzgaba que un recurso ya probado y ensayado era superior a cualquier otro que no hubiese aún demostrado su eficacia. Era lamentable —y por cierto que lo lamentó, aunque no por mucho tiempo— que esta vez la oscuridad a que la transportó el repiqueteo fuera la del mohoso recinto de la bóveda ancestral, donde la tibieza de su cuerpo vivo, mientras duró, proporcionó un extraño solaz a una de sus tías y a dos tíos cuyas relaciones, en ese momento como lo fuera en vida, eran más complejas que lo que suelen serlo esos vínculos de sangre. Los ojos de Dama Faussein siguieron mirando la oscuridad cuando el trío levantó al unísono la lápida de mármol del mausoleo y salió a ver que tal andaban las cosas por Ys.

Era bien cierto que el señor de Icque era de estirpe campesina... eso no era ningún secreto en Ys. Se sentía atraído por las tareas del campo, y nunca ha sido un misterio para nadie que en los solitarios distritos rurales suceden cosas ante las cuales los sofisticados habitantes de las ciudades se sentirían asqueados o espantados. Durante semanas enteras su residencia urbana hedió a causa de la montaña de estiércol que había apilado en el patio central, pues se decía que homúnculos cobraban vida artificial al calor del abono en fermentación. Ese día, sin embargo, no prestó atención al montón de inmundicia; todos sus pensamientos se concentraban en la correcta aplicación de su reserva de *animelles*, un subproducto primaveral de las granjas donde se crían ovinos y vacunos. Por lo demás, no era su proyecto freírlos y servirlos como golosina de temporada.

Hasta él, cumplido el ritual, llegó un progenitor que había padecido la frustración de tener a su lado una mujer envejecida prematuramente, desgastada por los alumbramientos hasta el punto de no poder saciar los deseos de su marido, y que había violado a la hija de su mayordomo; también entonces era primavera. El mayordomo había regresado antes de la hora habitual de cumplir las tareas que daban como resultado los *animelles*, y para vengar el mancillado honor de la familia hizo pronto uso de la herramienta que llevaba en la mano. La víctima había aguardado durante veintiún generaciones la oportunidad de infligir a otro la operación soportada por él y así lo hizo sin decir agua va. Dejó al Señor de Icque desangrándose y partió dispuesto a obtener la multiplicación de sus trofeos masculinos en todas las fuentes posibles.

Nada de todo esto había llegado a oídos de la bella Meleagra cuando regresó a su casa. Nunca había simpatizado con el Señor de Icque, lo consideraba rústico y mal educado, y la noticia de que involuntariamente se había calificado para participar de sus veladas no le habría interesado en lo más mínimo.

En una alcoba decorada con cortinados de encaje, que contenía un redondo lecho dorado y un espejo timado de la Sala del Trono, considerado como el más grande de Ys, y que ella había hecho instalar astutamente en el cielo raso, ordenó a sus doncellas que corriesen los cortinados de los múltiples vitrales, y encendieran las bujías que exhalaban un aroma fragante, embriagador. Soportó que la desnudaran, que le prepararan un baño en el cual disolvió un puñado de sales policromas, y que cantasen a coro mientras la frotaban de la cabeza a los pies. Sirviéronle dulces en una bandeja blanca y un platillo de filigrana de plata y le presentaron, sobre el cuerpo de una muchacha muda que tenía su misma figura, veinticuatro vestidos nuevos.

Durante todo ese tiempo Meleagra rumiaba una decisión trascendental: ¿debía o no actuar de acuerdo con la promesa del hombre de negro?

Que él tenía el poder que pregona, nunca lo había puesto en duda. Dos años antes de que algún otro en Ys comprendiese lo que era preciso hacer, ella había cerrado un trato a propósito de su virginidad, trato que había mantenido escrupulosamente... al principio, un poco por miedo, pero en los últimos tiempos por

simple costumbre.

Y lo que había adquirido en virtud del pacto le había permitido reconocer la naturaleza única del misterioso visitante.

¡Una naturaleza única! ¡Eso implicaba sin duda que su poseedor no podía mentir ni engañar! En cuyo caso ella podía ahora emplear sus dones para lograr resultados que harían aparecer como juegos de niños sus éxitos anteriores. Durante toda su vida, desde la edad de once años, había estado al borde de un precipicio... un precipicio en cuyo fondo habitaban criaturas que sólo habían conseguido eludir gracias a la más minuciosa planificación. Por consiguiente, la idea de ejercitar sus poderes por lo menos una vez con la cabal convicción de un triunfo rotundo la tentaba. Un arranque de vanidad insólito en ella la había hecho convocar a Ub-Shebbab en la Sala del Trono; era el más humilde y el más manso de los seres que hasta entonces había conjurado, y sin embargo la piel se le erizaba de sólo pensar lo que hubiera podido...

No, aquello sólo les sucedía a los tontos y a los chapuceros. Y ella no era ninguna de las dos cosas. Tomó su decisión y despidió a las doncellas. Cuando se hubieron marchado, vistió una túnica que no le habían mostrado durante el baño, recamada en oro de arriba a abajo con una frase única en una lengua olvidada; abrió luego un arcón de bronce y extrajo de él los presentes que había exigido a varios de sus cortejantes antes de que se difundiese allende las fronteras la inflexibilidad de su norma.

Había una ramita de Yorbeth, con una hoja transparente como el cristal y un pardo fruto moteado que tintineaba como un cascabel; había una redoma de agua de lluvia recogida al pie del iris que se arqueaba sobre Barbizond, y que atesoraba una pizca de la esencia de Sardhin; había una piedra pómez del volcán donde Fegrim dormitaba; había un frasco de polvo gris proveniente de la colina donde Laprivan vivía prisionero; había un cabello de la cabeza de Farchgrind, y un cabo de la vela que había revelado los pensamientos secretos de Wolpec y que habían dejado arder un instante más de lo prudente; y un dibujo de dos pájaros y un cocodrilo hecho por un niño poseso.

También había un libro.

Siguiendo al pie de la letra las instrucciones del libro, bailó con frenesí alrededor de su alcoba, reptó dos veces hacia atrás por todo el cuarto con un puñal entre los dientes, y por último se tajeó el antebrazo y dejó caer tres gotas de sangre sobre la alfombra. Cuando las buscó, las manchas habían desaparecido.

Nada más sucedió en la alcoba. Ella lo había previsto; canturreando, llamó a sus doncellas para que le cambiasen la túnica por un ropaje más convencional y bajó al salón de los banquetes donde se habría de servir la cena.

Al acercarse oyó ya el entrecuchar de la vajilla y el bullicio de las conversaciones. Al parecer, la concurrencia era numerosa. Apuró el paso y abrió de golpe las puertas.

Todos los sitios de su larga mesa —y había treinta y seis— estaban ocupados; los criados habían puesto en circulación hasta los bancos de cocina, y en torno de los

aparadores y de las mesas auxiliares apiñábanse hordas hambrientas. Pese a los esfuerzos de los pinches y las criadas, la comida, transportada en carretillas, pues era mucho más de lo que un hombre podía llevar, desaparecía un instante después de haber sido puesta sobre la mesa; pero los aullidos pidiendo más no cesaban. El pan había desaparecido, y la carne y el vino; ahora sólo había nabos y yuyos cocidos, caldo de huesos y cebada, y una cerveza demasiado nueva que en condiciones normales no se hubiera servido.

Y sin embargo, eso no era todo. Atrás, en medio de, y entre los que devoraban había otros que saqueaban. Los finos cortinados de brocato habían sido arrancados para vestir cuerpos desnudos, los respaldos de cuero de las sillas desgarrados para proteger pies doloridos, los tapices convertidos en capas y ponchos. Una mujer de mirada extraviada, carente de todo lo demás, se había embadurnado con salsa para disimular la carcomida palidez de su piel.

Meleagra permaneció petrificada en el umbral hasta que el mayordomo reparó en su presencia y corrió hacia ella en busca de auxilio.

—Ama, ¿qué podemos hacer? ¡Están en todas las habitaciones: quinientos, por parte baja! Y todos, todos reclaman su derecho a lo que es vuestro, pues dicen que son vuestros antepasados y que esta es también su morada.

—¿Mis antepasados? —murmuró Meleagra. Sus ojos, como atraídos por un imán, se posaron en el que había ocupado su lugar en la cabecera de la mesa, y un súbito silencio se hizo en la sala.

El hombre a quien miraba era bizco y poco agraciado y vestía un sucio jubón; tenía la barba crecida y las uñas orladas de negro. Le dirigió una sonrisa que puso al descubierto una dentadura amarillenta y raleada y le habló con voz suave y acento campesino.

—¡Ah, seguro que eres Meleagra, y sabes poner una buena mesa! ¡Este yantar que para ti es lo cotidiano es comparable a los más grandes festines que nosotros celebrábamos en tiempos idos!

—¿Quién...?, ¿quién eres tú? —dijo Meleagra con voz entrecortada.

—¿No me reconoces? —El individuo arqueó una ceja cruzada por una cicatriz—. Damien, por supuesto, el que construyó esta casa e hizo la fortuna de la familia en las primeras épocas de Ys. Y a mi lado está Cósimo, mi primogénito aquí, aunque tuve unos cuantos bastardillos en otro pueblo. Y Syriax su mujer y sus hijos Rusland, Roland e Igraine; y los hijos de éstos, Mark, Valetta, Corin, Ludwig, Matthaus, Letty, Seamus; los de éstos, Orlando, Hugo, Dianne, los mellizos Nathaniel y Enoch...

—¡Basta! ¡Basta!

Meleagra se llevó las manos a las sienes; la habitación parecía girar y por doquier caras obscenas la miraban lascivamente, caras de mejillas hundidas la vigilaban con mirada pétrea, caras desvaídas le hacían muecas, caras...

—¡No hay más comida! —gritó el mayordomo—. ¡Hemos matado a todas las aves, la despensa está vacía, los toneles de vino se han agotado, del estanque ha

desaparecido hasta la última carpa, los barriles de cerveza están vacíos y hasta el pozo se ha secado!

—¿Vosotros me habéis hecho esto a mí? —le murmuró Meleagra a Damien, su antepasado más remoto—. ¡A mí, que os di el aliento y la vida, y esta nueva oportunidad...! ¡Yo os invité aquí!

—¿Tú? —dijo Damien con desprecio—. ¿Es este el único acto importante de que puedes jactarte? ¿Acaso nosotros, tus antepasados, no levantamos esta morada, esta ciudad, no trazamos sus hermosas avenidas, sus magníficos puertos, sus tiendas atiborradas de mercancías? ¿No has hecho nada más que vivir como parásito de nuestros legados? ¡Leo en tus ojos que es así! Y aquí estamos, vivos, nosotros que habíamos muerto antes que tú vieras la luz. ¿Y aún pretendes llamarte la señora de esta casa? ¡Ah, eres indigna de que se te dedique un solo pensamiento, menos que polvo, porque al polvo se lo puede ver danzar en un rayo de sol! ¡Eres la llama de una bujía que se extingue! Así que... ¡pfff!

Sopló la candela más próxima a él sobre la larga mesa, y al apagarse la llama no hubo ya una Meleagra —nunca había existido— nunca pudo existir.

VI

Durante horas interminables Lord Vengis midió a grandes trancos la vasta cámara situada en los altos de la Sala del Trono, meditando sobre los sucesos del día y acicateándose para reanudar sus conjuros. Moría el día, las sombras se alargaban; el frío del anochecer empezó a filtrarse en el palacio, y ordenó que encendiesen el fuego.

Tenía miedo.

Había visto en los ojos del viajero de negro una advertencia que su orgullo le impedía escuchar; se avergonzaba de tener miedo, mas la vergüenza no bastaba para arrancarlo de las garras del miedo. Deseaba hacer lo mismo que hacían sus colegas: ¿qué sucedería si fuese él el único no dotado para las artes de hechicería, mientras que un mentecato como Bardolus o una mozuela como Vivette se jactaban de manejar poderes inefables?

A pesar de todo, temblaba, indeciso, y no había echado aún una suerte ni recitado la primera línea de un encantamiento, cuando entró, muy tieso, el sargento de la guardia para informarle que había disturbios en la ciudad.

—¿Disturbios? —bramó Vengis—. ¡Estúpido, sé más preciso! ¿Qué quieres decir?

—Pues, señor —el sargento se frotó la barbilla con aire contrito—, hace un par de horas recibimos quejas de que había sido profanado el cementerio de la catedral, el cura dijo que una bóveda estaba abierta y que los huesos habían desaparecido. Pero recordando que Su Señoría en otras oportunidades nos había pedido materiales tan insólitos como esos, decidí que lo mejor era no decir nada. Sin embargo, en este momento se han producido nuevos incidentes. Por ejemplo, la pared lateral del palacio se ha rajado en el lugar donde habían enterrado viva a una mujer llamada Igraine, conocéis la losa, acusada de estar en tratos con un espíritu familiar encarnado en un gato...

Desde la calle llegó un aullido como de bestias enloquecidas y el sargento se atemorizó a ojos vista. Pero continuó hablando en su mejor estilo militar.

—Entonces, Su Señoría, al anochecer hubo denuncias sobre la presencia de forasteros en la ciudad, y salimos a patrullar pues temíamos la infiltración de algún celoso invasor. Yo mismo detuve a veintiún personas, y todas hablaban con el acento de nuestra ciudad y daban nombres que concordaban con los de nuestra onomástica. Pero tengo la impresión de haber visto esos nombres en las lápidas antes de ahora, hoy, más temprano, cuando acudí a la catedral a recibir la queja. Y lo que me trae ante vos, con vuestra indulgencia, es el curioso asunto del hombre y las dos esposas.

—¿Qué es eso? —murmuró Vengis, la cara perlada de sudor.

—Bueno, señor, ahí estaba el hombre, uno de aquellos a quienes yo le había dado la voz de alto, del brazo de una muchachita de unos quince años. De la nada surge

una mujer de la edad de él, cuarenta, quizá y dice que es su esposa y qué hace con su marido esa tunanta. Y la chiquita dice que están casados legalmente y entonces se arma la batahola de insultos y el tirarse de las mechas, hasta que las tenemos que meter en el calabozo para hacerles bajar el copete. Lo cual... mmm... no es cosa fácil. Pues todas las celdas, me aseguraron, están hasta el tope, y eso me deja alelado. Esta mañana las estadísticas carcelarias indicaban que había ciento una plazas libres para nuevos prisioneros.

A Vengis le falló la voz. Se mordía las uñas y clavaba en el sargento sus ojos relampagueantes.

—¿Qué debo hacer, Su Señoría? —preguntó por fin el hombre.

—Yo... yo...

Vengis giró sobre sus talones y se encaminó con paso vivo a la ventana que daba a la plaza principal. La abrió y se asomó. A luz postrera del crepúsculo vio congregarse una inmensa multitud. Algunos, los menos, eran sólidos y coloridos. La mayoría era gris como las piedras que pisaban y dejaban a su paso extrañas estelas inconsútiles semejantes a telarañas. Pero todos tenían un aire de desconcierto, como si estuviesen perdidos en los laberintos del tiempo y la eternidad, y no pudiesen encontrar el camino de regreso al momento presente.

Vengis empezó a balbucear en forma incoherente.

Se oyó un golpe atronador en la puerta de la habitación y una voz gemebunda y cavernosa dijo:

—¡Abrid! ¡Abrid en nombre del Señor de Ys!

Encogiéndose de hombros el sargento se dispuso a obedecer, pero Vengis corrió tras de él y se aferró a su brazo.

—¡No! ¡No los dejes entrar! —lloriqueó.

—Pero Su Señoría —dijo el sargento con firmeza—, es en vuestro nombre que pide entrar, así que ha de tratarse de un asunto importante. Además, y con vuestro permiso, yo estoy aguardando el parte de mis patrullas.

Vengis paseó por el recinto una mirada febril. En uno de los rincones descubrió un armario grande como un hombre; se precipitó en él como una tromba y cerró de golpe la puerta a sus espaldas.

El sargento, aunque estupefacto, acudió a responder al llamado, y retrocedió despavorido ante la aparición que se presentó ante su vista. Alta, escuálida, con una segunda boca sangrante en la garganta, allí estaba la legendaria figura del Señor Gazemon, que había colocado con sus propias manos la piedra fundamental de Ys.

Esas manos esgrimían ahora un mandoble; con paso lento y terrible avanzó hacia el armario donde Vengis creía haber encontrado asilo seguro, y demolió los tablones de la puerta para arrastrar a su miserable sucesor a la débil lumbre de la antorcha.

—¡Tú me conoces! —graznó el fundador de la ciudad.

Atragantándose, gimiendo, Vengis logró hacer un gesto de asentimiento, y el enorme espectro lo sacudió como un fox-terrier sacude a una rata.

—¡Oh, a qué estatura enana se han reducido estos alfeñiques de hoy! —bramó.

El sargento, que se había refugiado detrás de una mesa de roble, no podía adivinar por cuál de sus bocas hablaba Gazemon: la natural, o la segunda por la que había escapado su vida.

Una vez más se sacudió la puerta bajo un imperioso golpe, y acudió, presuroso, sin esperar a que Gazemon se lo ordenase. Con manos trémulas hizo entrar a los que estaban afuera: Lorin, que había matado a traición a Gazemon y usurpado su trono; Angus, que había reclamado el trono para los legítimos descendientes de la dinastía; y Caed; y Dama Degrance que se hacía pasar por hombre y gobernó como tal hasta que los médicos, en su lecho de muerte, desenmascararon su sexo; y Walter de Meux; y Auberón; y Lams; y el primer Vengis que fuera, durante el breve año que sobrevivió, un líder decidido y valiente y otros y otros hasta el último que ocupara el trono antes del advenimiento del actual señor.

Provistos de hachas, porras y espadas, con plumas y rollos y balanzas de cambistas según fuese la forma del poder que ejercieran para engrandecer a Ys, se congregaron en torno del miserable blanco de su desprecio.

—Hemos caminado por toda la ciudad desde que nos despertaron de nuestro reposo —tronó Gazemon, que todavía tenía aprisionado con su garra el hombro de Vengis—. Hemos visto aguas estancadas en las calles; celosías colgando de un gozne en las paredes resquebrajadas de las que otrora fueran hermosas mansiones; hemos sido seguidos por pordioseros y niños hambrientos en la Ys a la que consagramos nuestras vidas, para convertirla en una ciudad envidia del mundo. ¡Habéis abandonado nuestras torres doradas al moho, nuestras puertas de hierro a la herrumbre; nuestro espléndido puerto al fango y nuestros fértiles campos a la maleza; habéis despilfarrado nuestras riquezas en fruslerías, olvidando que las habíamos pagado con sangre! ¿Qué decís, todos vosotros, los que aquí escucháis? ¿No es hora de que nos rinda cuentas?

—Síii, hooora —dijeron al unísono, y al oír la amenaza contenida en aquellas voces Vengis puso los ojos en blanco y dejó de aferrarse a la vida.

VII

—¡Ah, por fin llega usted!

Encaramado en una roca gris en lo alto de una colina cenicienta, Jacques el notario apartó su mirada de la Ys dorada por el sol del ocaso para contemplar con el ceño fruncido al viajero de negro que había venido a reunírsele. No había huellas que delataran por que camino había llegado; pero eso no era sorprendente allí donde Laprivan borraba todo rastro del pasado.

—¡Hace demasiado tiempo que estoy aquí, esperando, con todos mis sentidos alertas! —se lamentó Jacques—. ¡Este viento es frío! Y a pesar de su promesa de que presenciaria el castigo de Ys, no he visto nada más que lo que siempre vi cuando contemplaba la ciudad desde la lejanía. ¿Cuándo sobrevendrá ese castigo? ¡Dígamelo!

El viajero suspiró. Ahora que el curso de los acontecimientos avanzaba hacia su desenlace inexorable, se sentía abatido, pese a que nunca había existido otra alternativa. No simpatizaba mucho con Jacques, lo consideraba pomposo y fatuo, pero así y todo...

—El castigo se está cumpliendo.

Jacques saltó de su roca y pateó en el suelo como un niño caprichoso.

—¿Quiere decir que me lo he perdido?

—Eso, no —dijo el viajero. Levantó su báculo y señaló hacia la grisácea penumbra del valle—. ¿No ves allí, cerca de las puertas, un grupo de gente que viene en esta dirección?

—Bueno... Sí, me parece que sí. —Jacques aguzó la mirada—. Pero a esta distancia no puedo ver quiénes son.

—Yo sí puedo —murmuró el viajero—. Son aquellos decididos a que a Jacques el notario no se le niegue una participación en el castigo de Ys.

—¿Qué? —A la luz mortecina del poniente, el rostro de Jacques era de una palidez espectral—. ¿Por qué a mí? ¿Qué quieren de mí?

—Ajustar cuentas.

—Pero... —Jacques se apoyaba en un pie, luego en el otro, como si se preparase para echar a correr—. ¡Explíquese! ¡Explíquese, por favor!

—Así lo haré —concedió el viajero con cansancio, apoyándose en su báculo buscó una postura más cómoda—. Ante todo debes comprender que los supuestos hechiceros de Ys han triunfado como nunca lo imaginaron ni en sus sueños más descabellados y, tal como lo deseaban, han conjurado a los que crearon la ciudad y en épocas pretéritas la engrandecieron. Y descubrieron, como era inevitable, que esos antepasados eran seres humanos, con errores y flaquezas humanas, y más de una vez con debilidades en verdad descollantes, porque así sucede con las personas que son notables y destacadas en otras facetas de la vida.

—¡Pero... pero yo los puse en guardia contra tamaño disparate! —tartamudeó Jacques.

—No —enmendó el de negro—. Tú no los pusiste en guardia. Tú les dijiste: sois necios y tercos al no ver que yo tengo la absoluta e innegable razón, y que todos vosotros estáis en el error. Y cuando se negaron a prestar oídos a semejante balandronada dogmática, pues ¿quién lo hubiera hecho?, te lavaste las manos y deseaste que descendiera sobre sus cabezas un castigo atroz.

—¿Les deseé algo peor de lo que se merecían?

Jacques trataba de conservar su aire desafiante, pero su voz sonaba plañidera y tuvo que entrelazar los dedos para impedir que le temblaran las manos.

—Discute el tema con los que vienen en tu busca —propuso el viajero, sarcástico—. Ellos no piensan igual que tú. Ellos sostienen que al enconar a la gente con los puntos de vista que tú sustentabas, impediste que el pensamiento racional volviera a reinar en Ys. Cuando debiste razonar, insultabas; cuando correspondía argumentar con sobriedad y decisión, mortificabas con dudas a los hombres honestos, y los llamabas idiotas cegados. Eso es lo que ellos dicen. Dónde está la verdad, si en lo que ellos creen o en lo que tú dices, dejo el dilema para que lo dilucidéis entre vosotros.

Jacques volvió a mirar la zigzagueante columna que se alejaba de las puertas de la ciudad: ahora los alcanzaba a ver en detalle. A la cabeza marchaba un herrero con un martillo al hombro; seguíanlo un pocero con una piqueta, y un jardinero con una hoz y dos toneleros portando pesadas argollas. Y los que los seguían también blandían las armas que habían encontrado más a mano, hasta una buena ama de casa de manos enrojecidas que esgrimía el brazo de su batidora de crema.

Jacques miró enloquecido a su alrededor buscando una vía de escape; los dientes le castañeteaban.

—¡Debo escaparme! —barbotó—. ¡Tengo que esconderme!

—De poco te servirá —dijo el viajero—. Aquella gente está decidida. Aunque te ocultaras en la olla del volcán de Fegrim, hasta allí te seguirían.

—¡Oh, mísero de mí! —gimió Jacques, hundiendo la cabeza entre las manos—. ¡Ojalá nunca hubiese llegado a esto! ¡Ojalá pudiera deshacer lo que he hecho!

—Como tú lo deseas, sea —dijo el viajero, y se sintió reconfortado, pues de ese modo ponía fin satisfactoriamente a aquella aberración momentánea en el fluido devenir del cosmos. Tres veces golpeó un roca cercana y dijo en voz muy queda:

—¡Lapriivan! ¡Lapriivan de los Ojos Amarillos!

Jacques lanzó un grito.

Abajo, en el valle, la columna de hombres y mujeres implacables, resueltos a vengarse de Jacques vaciló, se detuvo y rompió filas en un desorden que se transformó en pánico. Porque por la ladera de la montaña espiaba Lapriivan, y lo que se veía en sus ojos pertenecía a la era en que el caos era el Todo.

Mientras sobreviviera, conservaría algún menguado poder, y lo empleaba con el único y exclusivo propósito de borrar las huellas de ayer.

Dirigió, pues, su mirada a Ys, y vio allí lo que para él constituía una abominación, la sombra del pasado corporizada. Extendió uno de sus brazos, y borró... borró... borró...

Honorius, que sembraba la peste por las calles, dejó de ser.

Treinta niños ahítos, con las caras y las manos embadurnadas de sangre, dejaron de ser.

La madre de Bardolus, regocijándose para sus adentros de la suerte corrida por su hijo, dejó de ser.

Haciendo nudos corredizos en cada una de las sogas de una cordelería, el primero de la estirpe de los Hautnoix, dejó de ser.

Blandiendo sus trofeos ensangrentados, el adúltero señor de Icque, dejó de ser.

Tres que habían salido de una bóveda, dejaron de ser.

Saqueadas todas sus vituallas, sus cortinados, su oro y su plata y sus preciosas obras de arte, la mansión de Meleagra estaba en silencio.

Y los que habían venido a ajustar cuentas con el decadente hidalguillo Vengis emprendieron la retirada.

Y muchos otros que habían salido de tumbas y sepulcros, de muros huecos y de fosas a la vera de los caminos, de las mazmorras y los lechos de los ríos y los fondos de los pozos... también ellos dejaron de ser.

—¡Sea! —dijo el viajero de negro cuando hubo devuelto a Laprivan a su cautiverio—. Te han conmutado la pena, Jacques. ¿Te sientes satisfecho?

El hombre de la barba leonada masculló un sí.

—¿Y extraerás de ello una enseñanza?

—Trataré... pongo al cielo por testigo. ¡Trataré! —Bien dicho— declaró el viajero—. Ve a reunirte con aquellos que esconden en el valle. Acércate a ellos como amigo, sin demostrarles que sabes por qué han salido provistos de garrotes. Diles que el reinado del caos en Ys ha tocado a su fin, y también Ys; deben regresar a sus hogares por última vez y recoger sus pertenencias antes que ellos y todos los habitantes se dispersen hacia todos los confines del mundo.

—Pero... pero ¿es este nuestro mundo? —lloriqueó Jacques—. Camino a Barbizond vi... y ahora aquí...

—Ah, eso nunca volverá a suceder. Pertenece al ayer y junto con todos los otros rastros del ayer, Laprivan lo ha borrado. —El viajero se permitió sonreír—. Y no te lamentes demasiado por Ys. Tanto a las ciudades como a los hombres les llega su Tiempo... Además, hay una profecía: un príncipe buscará un nombre para su nueva capital y le hablarán de Ys, y envidiando su grandeza dirá: «Doy a mi ciudad el nombre de Parys, par de Ys».

—Por lo general, tengo poca fe en las profecías —dijo Jacques, como hipnotizado—. Pero en este lugar extraordinario... Bueno, no tiene importancia. Señor, me despido de usted, y le doy las gracias. Usted me ha hecho verme en un espejo sincero y no puedo sentirme ofendido.

—Vete ahora —lo conminó el viajero—. Y date prisa.

Permaneció largo rato en la cresta de la colina mientras la postrera luz del día se esfumaba y las estrellas rodaban lentamente hasta ocupar el lugar del firmamento que señalaba la medianoche. Era cada vez más difícil divisar a Ys; las torres se diluían en la bruma, las murallas y las puertas eran sombras entre las sombras. Durante un rato brillaron, trémulas, las antorchas; luego, hasta ellas dejaron de ser visibles y cuando despuntó la aurora no había ya ciudad, ni viajero de negro que nadie pudiera contemplar.

TRES

La apuesta perdida por ganada

*¿Y qué arriesgáis vos en este juego? (dijo Arundel).
Ved, Señor, que aunque desnuda y sin peculio estoy aún
en posesión de mi cabeza (replicó Amalthea).
Tal premio en modo alguno me apetece, dijo Arundel,
que de mejor grado os ganaría una marmita que
tamaño bodoque. Arriesgad más bien ese Tesoro que
aunque conmigo perdáis, vuestro será otra vez cuando
yo haya concluido.*

—La Epopeya de Gilgamesh

I

Descendiendo la cuesta de una pintoresca cañada, marchaba un ejército en perfecta formación: a la vanguardia flotaban los pendones en la cálida brisa estival, los tambores batían a un ritmo marcial, marcando el paso de los hombres, sudorosos bajo las corazas de bronce y las altas botas acordonadas. Cada uno de los infantes llevaba un tahalí con su recamo que sujetaba un hacha y una espada corta, y portaba una lanza y un gran escudo cuadrado. Cada uno de los oficiales iba montado en un caballo engualdrapado con una fina cota de malla, vestía túnica y calzón de terciopelo cosido con pequeñas tachas de acero y llevaba una espada larga en su contera ornamentada. La luz del sol reverberaba en los brillantes pomos de oro y esmalte.

Apoyado en su báculo, el viajero de negro permanecía a la sombra de un castaño y los miraba desfilar. Tan pronto sus ojos se posaron en ellos, los estandartes le develaron de dónde procedían; ninguna ciudad excepto Teq empleaba esos tres colores en sus banderas: oro, plata, y el rojo de la sangre recién derramada. Simbolizaban la moraleja de un proverbio que el viajero conocía muy bien, y que consideraba bárbaro, pues significaba que todos los tesoros debían adquirirse al precio de otras vidas.

De acuerdo con este precepto, los Señores de Teq, antes de heredar los feudos de sus padres, debían dar muerte a todos los posibles adversarios, y lo hacían por cualquier medio a su alcance, así fuese limpiamente por la espada o taimadamente con drogas o venenos. Por lo tanto algunas personas que habían llegado al poder en Teq eran menos que aptas... grandes tan solo en su sumisión a la codicia.

—¡Este —dijo el viajero al follaje del castaño— es un espectáculo en extremo inquietante!

A pesar de todo, permaneció donde estaba, sin modificar su actitud, sin tratar de ocultarse ni de aparecer conspicuo, y, como siempre, esperó que los acontecimientos siguieran su curso natural. Pocos entre la soldadesca repararon en su presencia al pasar a su lado, preocupados como estaban por el calor reinante y el peso de sus pertrechos, pero dos o tres de los oficiales posaron en él miradas inquisitivas. Mas no prestaron excesiva atención a la presencia del hombrecito de la capa negra, y lo más probable es que una o dos millas más allá su imagen se hubiese borrado por completo de sus mentes.

Era lo habitual y lo previsible. En los días que corrían pocos eran los que reconocían al viajero de negro, a menos que fuesen hechiceros avezados y capaces de percibir la singularidad de aquel que tenía muchos nombres y una sola naturaleza, o lo suficientemente doctos en artes peregrinas y conocieran el significado de la conjunción de los cuatro planetas que en ese momento ornaban el cielo austral con un diseño portentoso.

Pero se habían producido cambios, y aquellos que sabían reconocer al viajero

constituían la excepción.

El número de sus viajes era, desde hacía mucho tiempo, imposible de determinar. Además eran, en su gran mayoría, imposibles de diferenciar, no porque se repitiesen en todos y en cada uno de ellos los mismos sucesos, sino porque el ser tan distintos los hacía similares. Poquito a poco surgían ante él indicios ciertos de su triunfo final. Quizá la pérdida de Ryovora en los dominios del Tiempo había marcado el momento crucial; fuera como fuese, el hecho era incontestable. Pronto, dentro de lo que pronto significaba para el viajero, todas las cosas tendrían una naturaleza única. Y él ya no sería único, y el tiempo se detendría. Y entonces...

Liberación.

Observando el avance decidido del ejército, el viajero consideró tal posibilidad con una leve sorpresa. Nunca hasta entonces le había pasado por la imaginación. Pero sería, desde luego, una medida sabia y generosa de Aquél que le asignara su misión, el haber incluido en su naturaleza única la capacidad de conocer la fatiga, para que en el momento de poner punto final a su tarea supiera abandonarse con gracia al olvido total.

Ese instante, empero, debía aún ser conquistado con su esfuerzo. Aguardó a que pasara la retaguardia del ejército, lentos carromatos de vituallas tirados por mulas, zarandeándose en la escarpada huella; luego, cuando el redoble de los tambores se apagaba a la distancia, y sus últimos ecos reverberaban débiles en las colinas como el pulso moribundo de un gigante enfermo, el viajero salió de su inmovilidad para proseguir su camino.

Sólo al llegar, poco después, a Erminvale, comprendió que, fatigado o no, debía aún combatir a fuerzas singularmente arteras en armas contra él.

Durante un rato, en verdad, pudo casi convencerse de que este sería el último de sus viajes, y de que en su próximo peregrinaje encontraría los lugares que conocía, bien asegurados en las garras del Tiempo. La tierra de nadie entre la racionalidad y el caos parecía estar estrechándose a pasos agigantados a medida que la severa compulsión de la lógica sentaba sus reales en este rincón del Todo. La razón es la hija putativa de la memoria, y la memoria existe en el Tiempo, no el azar arbitrario de la eternidad.

Así, más allá de Leppersley, la gente recordaba a Farchgrind y el atributo principal de ese ser había sido que nadie pudiera recordar sus engaños, para ser presa fácil de ellos una y otra vez. No obstante, allí donde hubo otrora monstruosos cúmulos de locura, cada uno de ellos recuerdo de alguna jugarreta recién urdida... «¡Construye así y adórame y te otorgaré mayores riquezas que las que puedas atesorar!», o: «¡Construye así y adórame y te devolveré la salud y el vigor de un hombre de veinte años!» (las riquezas eran, por supuesto, toneladas de escoria y la salud la de un lisiado paralítico), había ahora familias sensatas en pequeñas y prolijas cabañas de madera construidas con vigas hurtadas de los antiguos templos, que decían: «Sí, escuchamos a Farchgrind si nos habla, pero recordamos lo que fue del

abuelo por creer lo que él decía, y proseguimos con nuestra tarea cotidiana».

El viajero le habló a Farchgrind casi con pena, refiriéndose al escepticismo que había cundido entre los hombres, y aceptó, sin contradecirla, la réplica amarga.

—También tú —le dijo el ser elemental— tienes tu parte en las cosas que hoy suceden, mientras que yo... ¡yo sólo soy parte de lo que fue!

Del mismo modo, aunque había huellas de pezuñas en el camino que Jorkas había patrullado, no eran las suyas; algún vulgar caballo de tiro las había marcado, y la lluvia esta noche o mañana convertiría el lodo en un palimpsesto para que otro caballo imprimiera sus huellas. Además, en la negra Acromel, aquella elevada torre semejante a un pilar de ónix coronado de ágata donde antaño los duques ofrecieran sacrificios al Dios Cuádruple, estaba desmochada, quebrada como una rama seca. Entre las ruinas, hombres necios hacían estériles esfuerzos por revivir un culto agonizante, pero su necedad era futesa comparada con los tremendos desvaríos del hechicero Manuus que una vez se había inmiscuido en los asuntos de esta ciudad, y hasta el mísero tirano Vengis, cuya holgazanería y codicia atrajo el castigo sobre su cabeza y la de sus conciudadanos.

—¡Ah, si me estuviese dado hallar la clave de este misterio! —dijo uno de ellos, que había invitado al viajero a compartir el calor de una hoguera alimentada con los manuscritos encuadernados en cuero pertenecientes a la biblioteca del duque—. ¡Entonces los hombres vendrían a posternarse ante mí, me ofrecerían bellos ropajes para combatir el frío en vez de estos harapos, manjares succulentos para halagar mi paladar en vez de esta rata que estoy asando ensartada en una rama, y vírgenes núbiles de noble linaje para complacerme, en vez de esta vieja bruja que cometí la estupidez de tomar por esposa!

—Como tú deseas, sea —dijo el viajero, y golpeó su báculo contra la losa del altar donde el necio había encendido su hoguera.

En el crudo amanecer del día siguiente, la esposa corrió a anunciar a sus vecinos que se había producido un milagro: su marido se había convertido en piedra, inmóvil pero no muerto. Y como ningún otro prodigio semejante había sucedido desde la huida del Dios Cuádruple, todo aconteció como el hombre lo había deseado. Sus vecinos lo instalaron sobre el tocón de la gran torre negra y lo envolvieron en sus más suntuosos ropajes; quemaron en un brasero los manjares más refinados, para que sus efluvios se elevaran hasta sus narices; y buscaron las doncellas más hermosas para degollarlas y colgar los cadáveres ante él de horcas de retorcidas cadenas, todo ello de acuerdo con la antigua costumbre.

Pero al cabo de un tiempo, cuando comprendieron que la adulación no les otorgaba los favores que imploraban, lo olvidaron y lo abandonaron a su triste suerte, mientras sus ropajes se convertían en harapos, y el fuego en cenizas y los cuerpos de las doncellas servían de pasto a los gusanos hasta que sólo quedaban los descarnados huesos blancos.

Así también, un buhonero que encontró en el Pozo del Ansar se quejaba a la

sombra del melancólico Yorgerth cuya raíz madre nutría sus ramas con la savia maravillosa del manantial subterráneo, y dijo:

—¡Oh, qué duro y cruel es mi destino! Ved, año tras año, cuando la nieve se funde, vengo hasta aquí y con las debidas precauciones me ingenio para arrancar los frutos y las hojas de estas largas ramas. ¡Jamás el sol resplandeció antes de ahora sobre retoños semejantes! ¡Ved aquí, una aterciopelada yema que llora con voz leve cuando mi mano se cierra sobre ella! ¡Y aquí, una hoja transparente como el cristal, que muestra cuando se mira a su través una escena que ningún hombre puede saber con certeza lo que representa! Cosas de esta naturaleza gozan de gran demanda entre los hechiceros adinerados.

»Pero lo que me exaspera —y se inclinó hacia adelante, haciendo muecas— es la flagrante injusticia de todo esto. ¿Acaso estos hechiceros se afanan recorriendo el duro camino hasta el Pozo del Ansar? ¿Se arriesgan a morir o algo peor para llenar pesadas alforjas con estas maravillas? ¡Qué esperanzas! ¡Eso me lo dejan a mí! Y lo que obtengo debo cederlo por una mísera pitanza a desconocidos que, estoy seguro, las más de las veces chapucean los conjuros que traman basados en lo que yo les entrego. ¡Ah, si por ventura descubriese yo cuáles son los prodigios que es posible obrar con estas cosas con las que trafico!

—Como tú desees —suspiró el viajero—, sea.

Golpeó con su báculo el brocal del pozo y se hizo a un lado para hablarle a Yorbeth de su liberación, esa liberación que él mismo inesperadamente, había empezado a envidiar. Pues había una sola forma de aprender los usos de lo que crecía en ese frondoso árbol, y consistía en ocupar el lugar de Yorbeth en el interior del tronco.

Donde, prisionero y furioso, el buhonero no tardó en encontrarse en posesión de todo el saber secreto que había sospechado, hasta el uso que se le podía dar a una lámina de la corteza, como señuelo para hacer salir de su guarida a Ogram-Vanvit..., más impotente para explotarlo en su propio beneficio.

Yorbeth, por supuesto, dejó de ser. Con el corazón acongojado, el viajero continuó su camino.

II

En la comarca montañosa llamada Eyneran, donde los pobladores se enorgullecían sobre todo de sus cabras y ovejas, él había encarcelado tiempo ha al glacial ser elemental Karth, los menguados restos de cuyo poder mantenía congelado bajo un manto de hielo en un misterioso valle, mientras en derredor crecían lozanas las flores del estío y una música discordante canturreaba en los cencerros del ganado que por esos lugares pastoreaba. Allí topóse el viajero con un sujeto que, con pedernal y acero, trataba de incendiar el hielo, hosco el gesto, y azuloso de frío.

—¿Por qué —preguntó el viajero— prodigas tanto esfuerzo en este estéril pasatiempo?

—¡Oh, eres tan tonto como todos los demás! —gritó el hombre, sacando frenéticamente chispa tras chispa—. ¿No está en la naturaleza del hielo el derretirse cuando lo calienta el sol? Desde el momento en que lo que hay en este valle no se derrite, no puede ser hielo. Por otra parte, tampoco es piedra, por cierto: difiere por completo del cristal de roca, del cuarzo, del adamante y del feldespato. Tiene que ser, por lo tanto, de constitución ambarina, QED. Y el ámbar es resina solidificada y la resina arde bien, como lo sabe cualquier marmitón que haya encendido un hornillo con piñas. Por lo tanto este llamado «hielo» tiene que arder. Tarde o temprano —concluyó en un tono menos seguro, y se enjugó la frente.

El gesto produjo un ligero crujido, pues tan cruel era el viento en este misterioso valle que el sudor resultante de su esfuerzo se convirtió al instante en una capa cristalina.

El viajero recordó con tristeza a Jacques de Ys, quien también había estado persuadido de ser él el único en el mundo dueño de la verdad, y calló la opinión que le merecía la lógica del quemador de hielo. Percibiendo no obstante la desaprobación de su interlocutor, el individuo le clavó una mirada dura y hostil.

—¡Estoy harto de que todo el mundo se burle de mí! —exclamó—. ¡Cuánto desearía que la verdadera naturaleza de esta sustancia se pusiera de manifiesto para que tú y todos pudieran verla!

—Como tú desees, sea —dijo el viajero, comprendiendo que también para Karth había llegado el momento de la liberación. Al cesar su antiguo y decadente poder, la luz del sol derritió al glaciar y céfiros tibios engendraron agua en sus orillas.

El hombre miró, y tocó, y probó, y hundió las manos en ella y gritó con desaliento.

—Si esto es agua, aquello debió haber sido hielo, pero no era hielo, por lo tanto esto no es agua.

El agua lo salpicaba con violencia, formaba riachos alrededor de sus tobillos.

—No es agua —afirmó, y permaneció inmóvil en su lugar.

Pero cuando el torrente encadenado se liberó, lo arrastró colina abajo con su

pedernal y su acero hasta estrellarlo contra una roca sorda a sus súplicas.

Indiferente, el viajero vestido de negro contempló desde un promontorio las aguas turbulentas, pensando que él, tan venerable que no había medio de calcular su edad, sabía ahora lo que significaba decir: «Estoy viejo».

Así también en Gryte, una bella y rica ciudad, había una dama que podía haber elegido cincuenta maridos, pero conservaba su corazón incólume, como lo proclamaba, para el único hombre que no le dedicaba una mirada, a pesar de haber cortejado y conquistado a las doncellas de muchas leguas a la redonda.

—¿Por qué me desprecia? —se lamentaba la dama—. ¡Debe de andar a la pesca de una esposa que ponga sosiego a sus incesantes devaneos! ¿No podría venir a mí, que muero por él?

—Como tú deseas, sea —dijo el viajero, y al día siguiente el hombre de sus sueños se presentó a cortejarla. Creyó la dama ver realizados todos sus anhelos y le entregó incondicionalmente su heredad y su cuerpo. Y al otro día, él la trató como había tratado a todas las demás; al levantarse del lecho donde había buscado su placer, se marchó sin un beso ni una mirada y la dejó retorciéndose las manos y lamentando su perdición.

Así también había una lápida en el cementerio de Barbizond, bajo el arco del iris que revelaba la presencia del luminoso ser Sardhin. El pasto crecía lujurioso bajo la suave lluvia incesante. El viajero la visitaba pues tenía una deuda pendiente con el hombre que yacía bajo ella, quien cargado de años y honores, habíase entregado al eterno reposo.

Al alejarse, el viajero fue interpelado por una persona tocada con una gorra de hojas que a primera vista parecía tener siete años de edad, fuese niño o niña.

—¡Buen día señor! —gorjeó una voz atiplada—. ¿Se prepara usted para la muerte al contemplar todas estas tumbas, o tiene acaso motivos para desear que llegue a otro antes que a usted?

—Y en este último caso ¿qué? —dijo el viajero.

—Bueno, en ese caso yo le podría ser útil —dijo la persona con picardía—. Durante treinta y un años he sido tal como usted me ve: enano, asexuado y diligente. ¿Qué mejor uso podía haber dado a todos estos dones que el de convertirme en el asesino más diestro jamás conocido en Barbizond? Usted está rodeado por los testimonios de mi pericia: aquí, un viejo y mezquino rufián cuya hija me pagó con la mitad de sus riquezas; allá un primogénito que se interponía en el camino a la herencia que su hermano codiciaba...

—¿Y hablas así, desembozadamente, de tan infame comercio?

—Y qué, señor, no hay nadie por aquí que pueda oírme, excepto usted ¿y no pensaría la gente que usted desvaría si proclamase que una criatura se ha jactado ante usted de tales hazañas?

—En verdad, tu figura infantil es un buen disfraz —concedió el viajero—. Pero dime: ¿te diriges a mí con el solo propósito de conseguir un nuevo cliente, o es

porque tu disfraz, de tan eficiente, se te hace opresivo?

La persona torció el gesto.

—Bueno, debo confesar que de vez en cuando el secreto mismo que favorece mi oficio hiere mi vanidad. Mi forma de ganarme la vida es única, pero nadie sabe que soy el maestro supremo en mi arte, excepto aquellos a quienes he servido, que no se atreven a admitir que lo saben. ¡Ojalá mi fama de experto sin par en mi profesión se extendiera hasta todos los confines del mundo!

—Como tú deseas, sea —dijo el viajero, y golpeó su báculo contra la tumba más cercana.

Esa misma tarde comenzaron a circular rumores en Barbizond, y todos aquellos que habían perdido a un familiar en circunstancias sospechosas, merced a un veneno más sutil que los que los hechiceros podían descubrir, o a un lazo sigiloso, o un puñal surgido de las sombras, menearon las cabezas y comentaron qué maravillosamente bien podía enmascarar a un asesino la apariencia de un niño de tierna edad.

A la mañana siguiente el viajero pasó junto al cadáver, despatarrado sobre un montón de estiércol, a la vera del camino a Teq.

¿Será el momento? La pregunta acuciaba al viajero a medida que avanzaba. Con la mitad de su ser sentía aprensión, a pesar de que siempre había conocido, a lo largo de innumerables eones, la tarea que le fuera asignada; con el resto de su ser, lo anhelaba. Karth desaparecido, Yorbeth desaparecido, Jorkas desaparecido ¿estaría también próximo el final de Tuprid y Caschalanva, de Quorril y Lry y Laprivan de los Ojos Amarillos?

En alas de un impulso, cuando llegó al bosquecillo de fresnos de Segrimond, que era uno de los lugares donde tales cosas eran posibles, obligó a Wolpec a entrar en la bujía acostumbrada, pero cuando trató de ahumar en su llama un trozo de cristal y leer en él las tres verdades, el cristal se quebró, con resignación decidió que ese saber no le estaba destinado, y siguió su camino.

En Kanish-Kulya, el muro que un tiempo separara a los kunishianos de los kulyanos, coronado de calaveras, se había desmoronado hasta no ser nada más que un montón de escombros amortajado con hiedras y campanillas silvestres, y lo atravesaban caminos transitados por los policromos carromatos de los buhoneros y los altos caballos de los hijodalgos en busca de aventuras. Y sin embargo, en el espíritu de algunos hombres era como si las antiguas barreras estuviesen todavía en pie.

—No sólo mi hija mayor rehúsa aceptar su honroso destino —quejóse al viajero cierto mercader kanishiano— y ser sacrificada a Fegrim en la forma tradicional. ¡Además del insulto, la afrenta, pues pretende desposar a un bravo kulyano!

El viajero, que conocía muy bien al ser elemental Fegrim, incluso su indiferencia a los sacrificios, permaneció callado.

—¡Lo juro por mi vida! —dijo el irascible mercader—. ¡Si mi hija sigue por el mismo camino, nunca más volveré a hablarle ni le permitiré pisar el umbral de mi

casa!

—Como tú deseas, sea —dijo el viajero.

A partir de ese momento el mercader no volvió a pronunciar una sola palabra; mudo, debió contemplar la imponente procesión que acompañó a la doncella en busca de su prometido, y antes que ella regresara a su hogar, la apoplejía lo había matado, y por lo tanto la casa ya no le pertenecía.

Pero nada de todo esto era extraordinario. Codicia, odio, celos..., eran lugares comunes, y no era de extrañar que se derrotasen a sí mismos.

En camino otra vez, y ahora por fin hacia Erminvale.

III

En aquella encantadora comarca de suaves cuchillas y bosquecillos de abetos y arces, se levantaba la aldea de Wantwich: pequeñas alquerías blancas separadas entre sí por hileras de bien cuidados setos que nacían como rayos de una rueda en un vergel central donde en las noches de verano se reunían los jóvenes con un violinista y un arpista para danzar y enamorarse engalanados con coloridas plumas de faisán y tintineantes ajorcas. A un costado de este vergel había un estanque de agua dulce, que el viajero de negro había confiado al cuidado del ser Horimos, quien le inspiraba un singular afecto pues había descubierto que era el único entre todos los espíritus elementales conocidos que, a causa de su excesiva holgazanería, era incapaz de hacer daño, siendo su máxima aspiración que lo dejaran en paz. Mientras los mayores bailaban, los niños chapoteaban en el estanque con gritos de alborozo, o pintaban franjas en sus cuerpos desnudos con la arcilla roja y azul de la orilla, y se escribían orgullosos los nombres si sabían hacerlo. En invierno, además, les servía de pista de patinaje, y bien arrebuajados en cueros de cabra, se deslizaban con sendos patines de madera atados a sus pies.

Las cosas buenas abundaban en Erminvale: bache cremosa, quesos suculentos, nabos tan carnosos y dulces que se los podía cortar en rodajas y comerlos aderezados con una pizca de sal; bayas y nueces de todas clases, y deliciosa cebada para amasar el nutritivo pan. Elaboraban también excelente cerveza, y en los días festivos transportaban al vergel tres grandes barricas de las que cualquiera, residente o peregrino, podía servirse a voluntad, el primer pichel escanciado, por supuesto, para Horimos. Satisfecho con esa pequeña prueba de afecto, el espíritu elemental dormitaba en su lecho de fango.

Todo esto era lo que la joven llamada Viola conocía desde su niñez, y por lo que había oído decir a los visitantes, se sentía más que satisfecha de haber nacido en Wantwich. ¿Qué otro lugar ofrecía una vida mejor? Las grandes ciudades estaban superpobladas y llenas de humo y malos olores; además, tenían patronos mucho más exigentes que Horimos, como Hnua-Threl de Barbizond ennegrecido con la sangre seca de los que se habían batido a duelo ante su altar, o la ciega Dama Fortuna que sonreía al azar a los habitantes de Teq, y podía mañana volverle la espalda para siempre a quien favoreciera la víspera.

Le había oído hablar de Teq a un jinete ricamente ataviado que llegara, tiempo atrás, en un alto semental ruano, retorciéndose los largos bigotes rubios y desparramando oro, cual si fuese arena, de su faltriquera.

Habíase presentado en la primera bella noche de primavera, cuando Viola y su prometido Leluak se unían a todos los otros jóvenes en una danza vertiginosa alrededor del vergel, y como correspondía ser cortés con un forastero —incluso un forastero que se quejaba de la estrechez de su aposento en la única posada de la aldea

y hacía comentarios poco halagüeños sobre la cerveza de Wantwich al compararla con los vinos de su tierra— y también, no dejó Viola de reconocer para sus adentros, porque todas las otras jóvenes la envidiarían, había aceptado la invitación a acompañarlo en algunas danzas de última moda en Teq. El aprendizaje requirió apenas un momento; Viola era experta bailarina, ligera sobre sus esbeltas piernas que ni siquiera el largo invierno había logrado blanquear robándoles el tostado del último verano. Después de bailar, conversaron.

Supo que su nombre era Achoreus, y que servía a las órdenes de uno de los grandes señores de Teq. Supo más tarde que él la juzgaba hermosa, con lo que estuvo de acuerdo, pues todo el mundo le decía lo mismo: tenía trenzas largas y sedosas, grandes ojos que, como los ópalos, cambiaban incesantemente de color y una piel tan tersa como el raso. Luego le declaró que era una pena desaprovechar semejante belleza en una aldea perdida y que era digna de ser ostentada ante la nobleza y la aristocracia de una gran ciudad... es decir Teq. Ella le agradeció los halagos pero le explicó que ya estaba prometida. Al punto Achoreus demostró que, a pesar de sus aires de elegante carecía de urbanidad, pues trató de acariciarla por debajo del corselete, ante lo cual ella se marchó.

De haber actuado con corrección, invitándola a pasear con él por el bosque y buscar un temporario lecho de musgo, ella, naturalmente, habría aceptado, pues era costumbre de Wantwich recibir a todos los forasteros como se recibía a los amigos. Pero esa actitud —así le dijo ella a Leluak al despedirse esa noche de él— revelaba su creencia de que, con sólo verlo, Viola olvidaría al mancebo que conocía de toda la vida. ¡Qué idea disparatada!

Por consiguiente, todos los planes para la boda prosiguieron en la forma tradicional, hasta que al atardecer de la víspera de la ceremonia, su padre, su madre, sus dos hermanas y su tía la ataviaron y proveyeron según la costumbre para la noche que debía pasar a solas, y durante la cual debía visitar por turno las cinco altas cumbres que circundaban a Erminvale y allí plantar cinco semillas: una de manzano, una mazorca de maíz, una bellota, un endrino y un grano de cebada.

Con una alforja de cuero donde llevaba pan y queso, una cantimplora con agua y una antorcha de fragante enebro, y seguida por las albricias de sus amigos, emprendió la marcha entre las sombras del crepúsculo.

La caminata que la esperaba era larga, y azarosa en la oscuridad, pero ella solía vagabundear por Erminvale desde que tuvo la edad suficiente para alejarse de la vigilante mirada de su madre, y aunque debía escalar cuevas rocosas y abrirse camino a través de la espesura entre los chistidos y el chachareo de las aves nocturnas, llegó a cada una de las cimas sin más daño que algunos rasguños de espinas en las pantorrillas. Cuando la aurora empezó a clarear, plantó la última semilla, el grano de cebada, y lo regó con las aguas de su cuerpo para otorgarle un nacimiento propicio. Luego, cantando, emprendió el camino de regreso, cansada pero feliz. Hacia el mediodía estaría a salvo, entre los brazos de Leluak, y entonces

comenzarían el festín y la alegría.

Sin embargo, cuando aún le faltaba una milla, empezó a presentir que algo andaba mal. Un humo llegaba hasta ella traído por la brisa, pero no tenía el tentador aroma de los manjares recién horneados que era dable esperar. Un poco más adelante, se preguntó por qué no oía la música estridente, pues nadie pudo impedir jamás que Jarge el Violinista rompiera a tocar ni bien había afinado su instrumento, hubiese o no la novia regresado de su excursión a las montañas.

Peor aún, en la Roca del Encuentro que señalaba el último recodo del camino, la enorme losa de granito junto a la cual el novio tradicionalmente tomaba a su prometida de la mano para conducirla a Wantwich, no había ni rastros de Leluak.

Aterrorizada, echó a correr y volvió el recodo. Al instante divisó la primera casa de la aldea, la de la familia Remban, que recordaba haber visto construir cuando aprendía a caminar, y a punto estuvo de desvanecerse. Las paredes hermosas y pulcras aparecían embadurnadas con la grasitud del humo, el portón estaba roto y el mejor buey de los Remban mugía agonizante en un charco de sangre.

Y más allá: la casa de los Haring en llamas... ¡El origen del humo que olfateara! Su propia casa con las celosías arrancadas de los goznes, ¡la puerta principal destrozada con el hacha de la leñera! ¡La de Leluak, intacta, pero con la puerta entreabierta y nadie adentro cuando llamó a gritos!

Enloquecida, siguió su carrera hasta el vergel, y allí, destrozado en el suelo, vio el violín de Jarge. Las barricadas de cerveza preparadas para la boda habían sido desahogadas. Cerca de ellas había un sector de pasto chamuscado que no acertó a explicarse, y el agua del estanque enturbiada por la sangre de los patos que día tras día nadaban en él.

Acurrucada en su mecedora, desde donde durante más años que los que Viola podía recordar asistiera, con una sonrisa ausente a todas las bodas, la única habitante que quedaba en Wantwich, la Abuela Anderland, que era en realidad tatarabuela, desdentada y senil.

—¡Abuela! —gritó Viola—. ¿Qué sucedió?

Pero todo cuanto pudo hacer la Abuela Anderland —todo cuanto Viola la viera hacer desde su más tierna infancia— fue exhibir sus encías en una sonrisa tonta y seguir meciéndose en su silla-hamaca.

Impotente, Viola llamó a Leluak a gritos, hasta quedar sin voz, y luego se desvaneció de cansancio y horror, y así fue como la encontró el viajero, cuando por azar pasó por allí.

Casi no cambió el ritmo de su paso al entrar en Wantwich por una ruta distinta a la que siguiera Viola al regresar de su peregrinaje a las cinco cumbres. Pero su expresión se iba ensombreciendo a cada paso, hasta que por último, cuando desde la barranca del vergel pudo medir la magnitud del desastre, su rostro cobró una expresión tan amenazante como una nube de tormenta.

Sus pasos sobre la hierba eran tan leves que, sacudida por los sollozos, la

muchacha no los oyó, y era evidente que la anciana que la acompañaba había perdido la razón a raíz del susto, o era demasiado senil para comprender el mundo que la rodeaba. Interpeló, pues, a la joven.

Al escuchar su voz Viola se encogió atemorizada, su rostro, cuajado de lágrimas, era una máscara de terror. Nada, sin embargo, en el hombrecito de negro apoyado en un báculo sugería que tuviese algo que ver con la profanación infligida a Wantwich. Y a pesar de que parecía presa de una furia inenarrable, no tuvo la impresión de ser ella el blanco de esa furia.

—¿Quién eres, niña? —inquirió el viajero.

—Mi... mi nombre es Viola, señor —articuló la joven con dificultad.

—¿Y qué es lo que ha sucedido hoy aquí?

—¡No lo sé, no lo sé! —Estrujándose las manos, Viola se puso de pie—. ¿Quién puede haber querido hacernos esto? ¡Monstruos han de haber sido... o demonios!

—Bueno, son pocas las criaturas de esa índole que quedan por aquí —murmuró el viajero—. Lo más probable es que hayan sido hombres, si es que los queremos dignificar llamándolos así. ¿No estabas tú en la aldea?

—¡Iba a casarme hoy! —sollozó Viola.

—Ya veo. Habías salido a recorrer las cinco cumbres y a plantar las semillas.

—¿Usted... usted conoce nuestras costumbres, señor? —Viola estaba empezando a recuperarse, y se enjugó las lágrimas que la cegaban para mirar con más atención al recién llegado—. Sin embargo no recuerdo haberlo visto antes por aquí.

—No es esta la primera vez que vengo a Wantwich —dijo el viajero, absteniéndose de mencionar el número o las fechas de sus visitas anteriores—. Pero, volviendo al tema que nos ocupa: ¿presenció esta anciana lo sucedido?

—Si lo hizo, será incapaz de relatarlo —dijo Viola con pesar—. Desde hace muchos años está en la condición que usted la ve. Le gusta que le hablen, menea la cabeza y algunas veces se ríe sin ton ni son, pero fuera de eso... —Desalentada, se encogió de hombros.

—Ya lo veo. En ese caso tendremos que recurrir a otros medios para saber lo que ha pasado. Niña ¿eres capaz de ser valiente?

Viola le clavó una mirada inquisitiva.

—Señor —dijo por fin—, si puede usted hacer algo para ayudarme a recuperar a mi hombre y para reparar el mal que se le ha hecho a esta buena gente, seré tan valiente como usted me lo pida. —Flexionó los dedos hasta hundirse las uñas en las palmas—. ¡Oh, si se pudiera hacer algo! ¡No sé qué, pero algo se debe poder hacer!

—Como tú deseas, sea —dijo el viajero, y la tomó de la mano. La llevó a través del vergel, más allá del sector de césped chamuscado, al que Viola lanzó una mirada perpleja, hasta llegar a la orilla del estanque de agua dulce.

—Quédate tranquila —le ordenó—. No te asustes de lo que veas.

—No... no comprendo.

—Mejor para ti si no comprendes —dijo por lo bajo el viajero, y hundió el báculo

en el agua. Disolvió una de las fuerzas que aprisionaban la luz y un haz brillante atravesó el agua hasta clavarse en el fondo como una lanza.

—¡Horimos! —llamó—. ¡Horimos!

Los ojos de la joven se dilataron de asombro y la boca se le abrió en una mueca de consternación. Porque el agua se henchía, y burbujeaba lentamente como si fuese brea en ebullición, y de las burbujas crepitantes parecía brotar un vozarrón, que mascullaba palabras.

—D-e-ejame en p-a-az...

—¡Horimos! —fustigó el viajero—. ¡Despierta... has dormitado eones en tu mullido lecho de fango! ¿Tendré que llevarte a Kanish-Kulya a compartir el cráter de Fegrim?

Un ruido mezcla de rezongo y grito.

—Sí, sería un compañero inquieto para ti ¿no es verdad? —Lo acució el viajero—. ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Quiero cambiar unas palabras contigo!

A su lado Viola había caído de rodillas y de su rostro había desaparecido todo vestigio de color. Petrificada, incapaz hasta de parpadear, vio que el agua en que tantas veces chapoteara, se agitaba, turbulenta, y sin embargo con absurda lentitud, como si el tiempo hubiese duplicado su devenir. Nuevas burbujas estallaron, y Viola pudo observar como se abrían; las olas y los rizos cruzaban por la superficie del estanque tan pausadamente que llegó a pensar que sin mojarse las palmas podía impulsarlas en otra dirección.

Y por fin...

—Quizás ahora prefieras cerrar los ojos —dijo el viajero, didácticamente, y agregó—: ¡Horimos! ¡Habla! Y apresúrate; cuanto antes me digas lo que quiero saber más pronto podrás volver a hundirte en tu légamo. ¿Qué ha sido de toda la gente de esta aldea?

—Lleváronla —masculló Morimos. El órgano que usaba para hablar no era exactamente una boca, pero bueno, como todos los espíritus elementales tenía un físico un tanto arbitrario.

—¿Cómo y quiénes?

Impaciente, el viajero golpeó el báculo contra la orilla.

—Un ejército llegó esta mañana —suspiró Horimos—. Registraron la aldea, todos al vergel; de cualquier manera, la mayoría ya estaba allí. Pusieron una fragua donde se ve el pasto chamuscado, soldaron grilletes para todos a una sola cadena. Mataron algunos patos y gallinas para comer, se bebieron la cerveza de las barricas, arriaron a los aldeanos. Gran alivio, me dije yo; nunca tuve un instante de paz desde que me pusiste aquí, dale que dale al violín, a la danza, a la natación, al patinaje y a toda la bulla.

—¿Qué ejército era? ¿Qué colores enarbolaba?

—¿Qué sé yo quién lleva una bandera plata, roja y oro?

La mano del viajero se aferró al báculo con más fuerza.

—¿Y no intentaste intervenir?

—Te dije: contento de perderlos de vista. —Horimos hizo bostezar la superficie toda del estanque en una colosal demostración de cansancio—. ¡A no ser por ti hubiera disfrutado de un buen sueñito, ahora que estoy solo!

—Por tu holgazanería —dijo el viajero con parsimonia—, ordeno que hasta que los habitantes de Wantwich sean devueltos a sus hogares sientas tal escozor que no puedas hallar reposo ¡Retírate! Ruega por que este asunto se resuelva con celeridad.

—¡Pero!

—¿Pretendes discutir?

Horimos renunció a hacerlo. Cuando volvió a hundirse en el fondo del estanque, el agua ya no era diáfana y plácida como antes, sino que, sin que soplara la más leve brisa, se agitaba sin cesar.

—¿Quién es usted? —murmuró Viola—. Siempre pensé que Horimos era... era... .

—¿Imaginario? —El viajero se rió entre dientes—. No exactamente. Pero la haraganería que es su peor defecto, comparada con las flaquezas que uno encuentra por ahí, dista de ser la más indecorosa de las debilidades... . En cuanto a mi identidad, me puedes llamar Mazda, o como te plazca. Tengo muchos nombres y una sola naturaleza.

Aguardó para ver si la información, que sólo proporcionaba a quienes la solicitaban sin rodeos, tenía algún significado para ella. Extrañado, descubrió que sí lo tenía, pues al instante una mezcla de esperanza y temor reverente transfiguró su lindo rostro.

Pero al observarla con más detenimiento se le oprimió el corazón, pues junto con los otros, distinguió los signos delatores del egoísmo.

—¿Es verdad, entonces —exclamó con vehemencia—, que puedo pedirle lo que mi corazón anhela?

—¡Si lo haces, piénsalo bien! —le advirtió el viajero, levantando su báculo—. ¡Sólo tú puedes saber lo que ansias en lo más recóndito de tu alma! ¡Reflexiona y decide!

—No tengo necesidad —dijo Viola sin titubear—. ¡Quiero reunirme con mi hombre!

El viajero suspiró, pero como siempre se inclinó ante el inexorable curso de los acontecimientos.

—Como tú desees, sea —replicó.

—¿Qué debo hacer? —murmuró Viola, repentinamente anonadada por lo inapelable de su pedido.

—Esperar.

—¿Nada más que esperar? ¿Aquí? —Giró frenéticamente sobre sus talones y recorrió con la mirada los hogares asolados, el ganado agonizante, el humo que aún flotaba sobre la casa incendiada—. Pero...

Y cuando se volvió hacia el viajero de negro, éste había desaparecido.

Un poco más tarde, con el sol aún alto sobre el horizonte, se oyó ruido de cascos en el mismo camino por el que entrara el ejército invasor, y Viola despertó de su letargo e intentó huir. Pero el jinete pronto le dio alcance, se inclinó desde la silla de montar, la levantó en vilo y la puso sobre la cruz de su caballo, burlándose de sus vanos forcejeos por liberarse.

—Me extrañó no verte cuando arriaron al resto —dijo Achoreus de Teq—. No pude olvidar un rostro tan bello como el tuyo. Menos aún pude olvidar el desaire que me infligiste la primera vez que llegué a esta aldea. Entonces vagabundeeé por los alrededores pensando que tarde o temprano regresarías, y ¡hete aquí! ¡No por mucho tiempo, sin embargo! ¡Irás a reunirte con tu familia y tus amigos, y con ese rústico patán por quien me desairaste!

Clavó las espuelas a su caballo, y partieron al galope en pos de la desdichada hilera de los cautivos amarrados con cadenas.

III

En aquella encantadora comarca de suaves cuchillas y bosquecillos de abetos y arces, se levantaba la aldea de Wantwich: pequeñas alquerías blancas separadas entre sí por hileras de bien cuidados setos que nacían como rayos de una rueda en un vergel central donde en las noches de verano se reunían los jóvenes con un violinista y un arpista para danzar y enamorarse engalanados con coloridas plumas de faisán y tintineantes ajorcas. A un costado de este vergel había un estanque de agua dulce, que el viajero de negro había confiado al cuidado del ser Horimos, quien le inspiraba un singular afecto pues había descubierto que era el único entre todos los espíritus elementales conocidos que, a causa de su excesiva holgazanería, era incapaz de hacer daño, siendo su máxima aspiración que lo dejaran en paz. Mientras los mayores bailaban, los niños chapoteaban en el estanque con gritos de alborozo, o pintaban franjas en sus cuerpos desnudos con la arcilla roja y azul de la orilla, y se escribían orgullosos los nombres si sabían hacerlo. En invierno, además, les servía de pista de patinaje, y bien arrebuajados en cueros de cabra, se deslizaban con sendos patines de madera atados a sus pies.

Las cosas buenas abundaban en Erminvale: bache cremosa, quesos suculentos, nabos tan carnosos y dulces que se los podía cortar en rodajas y comerlos aderezados con una pizca de sal; bayas y nueces de todas clases, y deliciosa cebada para amasar el nutritivo pan. Elaboraban también excelente cerveza, y en los días festivos transportaban al vergel tres grandes barricas de las que cualquiera, residente o peregrino, podía servirse a voluntad, el primer pichel escanciado, por supuesto, para Horimos. Satisfecho con esa pequeña prueba de afecto, el espíritu elemental dormitaba en su lecho de fango.

Todo esto era lo que la joven llamada Viola conocía desde su niñez, y por lo que había oído decir a los visitantes, se sentía más que satisfecha de haber nacido en Wantwich. ¿Qué otro lugar ofrecía una vida mejor? Las grandes ciudades estaban superpobladas y llenas de humo y malos olores; además, tenían patronos mucho más exigentes que Horimos, como Hnua-Threl de Barbizond ennegrecido con la sangre seca de los que se habían batido a duelo ante su altar, o la ciega Dama Fortuna que sonreía al azar a los habitantes de Teq, y podía mañana volverle la espalda para siempre a quien favoreciera la víspera.

Le había oído hablar de Teq a un jinete ricamente ataviado que llegara, tiempo atrás, en un alto semental ruano, retorciéndose los largos bigotes rubios y desparramando oro, cual si fuese arena, de su faltriquera.

Habíase presentado en la primera bella noche de primavera, cuando Viola y su prometido Leluak se unían a todos los otros jóvenes en una danza vertiginosa alrededor del vergel, y como correspondía ser cortés con un forastero —incluso un forastero que se quejaba de la estrechez de su aposento en la única posada de la aldea

y hacía comentarios poco halagüeños sobre la cerveza de Wantwich al compararla con los vinos de su tierra— y también, no dejó Viola de reconocer para sus adentros, porque todas las otras jóvenes la envidiarían, había aceptado la invitación a acompañarlo en algunas danzas de última moda en Teq. El aprendizaje requirió apenas un momento; Viola era experta bailarina, ligera sobre sus esbeltas piernas que ni siquiera el largo invierno había logrado blanquear robándoles el tostado del último verano. Después de bailar, conversaron.

Supo que su nombre era Achoreus, y que servía a las órdenes de uno de los grandes señores de Teq. Supo más tarde que él la juzgaba hermosa, con lo que estuvo de acuerdo, pues todo el mundo le decía lo mismo: tenía trenzas largas y sedosas, grandes ojos que, como los ópalos, cambiaban incesantemente de color y una piel tan tersa como el raso. Luego le declaró que era una pena desaprovechar semejante belleza en una aldea perdida y que era digna de ser ostentada ante la nobleza y la aristocracia de una gran ciudad... es decir Teq. Ella le agradeció los halagos pero le explicó que ya estaba prometida. Al punto Achoreus demostró que, a pesar de sus aires de elegante carecía de urbanidad, pues trató de acariciarla por debajo del corselete, ante lo cual ella se marchó.

De haber actuado con corrección, invitándola a pasear con él por el bosque y buscar un temporario lecho de musgo, ella, naturalmente, habría aceptado, pues era costumbre de Wantwich recibir a todos los forasteros como se recibía a los amigos. Pero esa actitud —así le dijo ella a Leluak al despedirse esa noche de él— revelaba su creencia de que, con sólo verlo, Viola olvidaría al mancebo que conocía de toda la vida. ¡Qué idea disparatada!

Por consiguiente, todos los planes para la boda prosiguieron en la forma tradicional, hasta que al atardecer de la víspera de la ceremonia, su padre, su madre, sus dos hermanas y su tía la ataviaron y proveyeron según la costumbre para la noche que debía pasar a solas, y durante la cual debía visitar por turno las cinco altas cumbres que circundaban a Erminvale y allí plantar cinco semillas: una de manzano, una mazorca de maíz, una bellota, un endrino y un grano de cebada.

Con una alforja de cuero donde llevaba pan y queso, una cantimplora con agua y una antorcha de fragante enebro, y seguida por las albricias de sus amigos, emprendió la marcha entre las sombras del crepúsculo.

La caminata que la esperaba era larga, y azarosa en la oscuridad, pero ella solía vagabundear por Erminvale desde que tuvo la edad suficiente para alejarse de la vigilante mirada de su madre, y aunque debía escalar cuevas rocosas y abrirse camino a través de la espesura entre los chistidos y el chachareo de las aves nocturnas, llegó a cada una de las cimas sin más daño que algunos rasguños de espinas en las pantorrillas. Cuando la aurora empezó a clarear, plantó la última semilla, el grano de cebada, y lo regó con las aguas de su cuerpo para otorgarle un nacimiento propicio. Luego, cantando, emprendió el camino de regreso, cansada pero feliz. Hacia el mediodía estaría a salvo, entre los brazos de Leluak, y entonces

comenzarían el festín y la alegría.

Sin embargo, cuando aún le faltaba una milla, empezó a presentir que algo andaba mal. Un humo llegaba hasta ella traído por la brisa, pero no tenía el tentador aroma de los manjares recién horneados que era dable esperar. Un poco más adelante, se preguntó por qué no oía la música estridente, pues nadie pudo impedir jamás que Jarge el Violinista rompiera a tocar ni bien había afinado su instrumento, hubiese o no la novia regresado de su excursión a las montañas.

Peor aún, en la Roca del Encuentro que señalaba el último recodo del camino, la enorme losa de granito junto a la cual el novio tradicionalmente tomaba a su prometida de la mano para conducirla a Wantwich, no había ni rastros de Leluak.

Aterrorizada, echó a correr y volvió el recodo. Al instante divisó la primera casa de la aldea, la de la familia Remban, que recordaba haber visto construir cuando aprendía a caminar, y a punto estuvo de desvanecerse. Las paredes hermosas y pulcras aparecían embadurnadas con la grasitud del humo, el portón estaba roto y el mejor buey de los Remban mugía agonizante en un charco de sangre.

Y más allá: la casa de los Haring en llamas... ¡El origen del humo que olfateara! Su propia casa con las celosías arrancadas de los goznes, ¡la puerta principal destrozada con el hacha de la leñera! ¡La de Leluak, intacta, pero con la puerta entreabierta y nadie adentro cuando llamó a gritos!

Enloquecida, siguió su carrera hasta el vergel, y allí, destrozado en el suelo, vio el violín de Jarge. Las barricas de cerveza preparadas para la boda habían sido desagotadas. Cerca de ellas había un sector de pasto chamuscado que no acertó a explicarse, y el agua del estanque enturbiada por la sangre de los patos que día tras día nadaban en él.

Acurrucada en su mecedora, desde donde durante más años que los que Viola podía recordar asistiera, con una sonrisa ausente a todas las bodas, la única habitante que quedaba en Wantwich, la Abuela Anderland, que era en realidad tatarabuela, desdentada y senil.

—¡Abuela! —gritó Viola—. ¿Qué sucedió?

Pero todo cuanto pudo hacer la Abuela Anderland —todo cuanto Viola la viera hacer desde su más tierna infancia— fue exhibir sus encías en una sonrisa tonta y seguir meciéndose en su silla-hamaca.

Impotente, Viola llamó a Leluak a gritos, hasta quedar sin voz, y luego se desvaneció de cansancio y horror, y así fue como la encontró el viajero, cuando por azar pasó por allí.

Casi no cambió el ritmo de su paso al entrar en Wantwich por una ruta distinta a la que siguiera Viola al regresar de su peregrinaje a las cinco cumbres. Pero su expresión se iba ensombreciendo a cada paso, hasta que por último, cuando desde la barranca del vergel pudo medir la magnitud del desastre, su rostro cobró una expresión tan amenazante como una nube de tormenta.

Sus pasos sobre la hierba eran tan leves que, sacudida por los sollozos, la

muchacha no los oyó, y era evidente que la anciana que la acompañaba había perdido la razón a raíz del susto, o era demasiado senil para comprender el mundo que la rodeaba. Interpeló, pues, a la joven.

Al escuchar su voz Viola se encogió atemorizada, su rostro, cuajado de lágrimas, era una máscara de terror. Nada, sin embargo, en el hombrecito de negro apoyado en un báculo sugería que tuviese algo que ver con la profanación infligida a Wantwich. Y a pesar de que parecía presa de una furia inenarrable, no tuvo la impresión de ser ella el blanco de esa furia.

—¿Quién eres, niña? —inquirió el viajero.

—Mi... mi nombre es Viola, señor —articuló la joven con dificultad.

—¿Y qué es lo que ha sucedido hoy aquí?

—¡No lo sé, no lo sé! —Estrujándose las manos, Viola se puso de pie—. ¿Quién puede haber querido hacernos esto? ¡Monstruos han de haber sido... o demonios!

—Bueno, son pocas las criaturas de esa índole que quedan por aquí —murmuró el viajero—. Lo más probable es que hayan sido hombres, si es que los queremos dignificar llamándolos así. ¿No estabas tú en la aldea?

—¡Iba a casarme hoy! —sollozó Viola.

—Ya veo. Habías salido a recorrer las cinco cumbres y a plantar las semillas.

—¿Usted... usted conoce nuestras costumbres, señor? —Viola estaba empezando a recuperarse, y se enjugó las lágrimas que la cegaban para mirar con más atención al recién llegado—. Sin embargo no recuerdo haberlo visto antes por aquí.

—No es esta la primera vez que vengo a Wantwich —dijo el viajero, absteniéndose de mencionar el número o las fechas de sus visitas anteriores—. Pero, volviendo al tema que nos ocupa: ¿presenció esta anciana lo sucedido?

—Si lo hizo, será incapaz de relatarlo —dijo Viola con pesar—. Desde hace muchos años está en la condición que usted la ve. Le gusta que le hablen, menea la cabeza y algunas veces se ríe sin ton ni son, pero fuera de eso... —Desalentada, se encogió de hombros.

—Ya lo veo. En ese caso tendremos que recurrir a otros medios para saber lo que ha pasado. Niña ¿eres capaz de ser valiente?

Viola le clavó una mirada inquisitiva.

—Señor —dijo por fin—, si puede usted hacer algo para ayudarme a recuperar a mi hombre y para reparar el mal que se le ha hecho a esta buena gente, seré tan valiente como usted me lo pida. —Flexionó los dedos hasta hundirse las uñas en las palmas—. ¡Oh, si se pudiera hacer algo! ¡No sé qué, pero algo se debe poder hacer!

—Como tú deseas, sea —dijo el viajero, y la tomó de la mano. La llevó a través del vergel, más allá del sector de césped chamuscado, al que Viola lanzó una mirada perpleja, hasta llegar a la orilla del estanque de agua dulce.

—Quédate tranquila —le ordenó—. No te asustes de lo que veas.

—No... no comprendo.

—Mejor para ti si no comprendes —dijo por lo bajo el viajero, y hundió el báculo

en el agua. Disolvió una de las fuerzas que aprisionaban la luz y un haz brillante atravesó el agua hasta clavarse en el fondo como una lanza.

—¡Horimos! —llamó—. ¡Horimos!

Los ojos de la joven se dilataron de asombro y la boca se le abrió en una mueca de consternación. Porque el agua se henchía, y burbujeaba lentamente como si fuese brea en ebullición, y de las burbujas crepitantes parecía brotar un vozarrón, que mascullaba palabras.

—D-e-ejame en p-a-az...

—¡Horimos! —fustigó el viajero—. ¡Despierta... has dormitado eones en tu mullido lecho de fango! ¿Tendré que llevarte a Kanish-Kulya a compartir el cráter de Fegrim?

Un ruido mezcla de rezongo y grito.

—Sí, sería un compañero inquieto para ti ¿no es verdad? —Lo acució el viajero—. ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Quiero cambiar unas palabras contigo!

A su lado Viola había caído de rodillas y de su rostro había desaparecido todo vestigio de color. Petrificada, incapaz hasta de parpadear, vio que el agua en que tantas veces chapoteara, se agitaba, turbulenta, y sin embargo con absurda lentitud, como si el tiempo hubiese duplicado su devenir. Nuevas burbujas estallaron, y Viola pudo observar como se abrían; las olas y los rizos cruzaban por la superficie del estanque tan pausadamente que llegó a pensar que sin mojarse las palmas podía impulsarlas en otra dirección.

Y por fin...

—Quizás ahora prefieras cerrar los ojos —dijo el viajero, didácticamente, y agregó—: ¡Horimos! ¡Habla! Y apresúrate; cuanto antes me digas lo que quiero saber más pronto podrás volver a hundirte en tu légamo. ¿Qué ha sido de toda la gente de esta aldea?

—Lleváronla —masculló Morimos. El órgano que usaba para hablar no era exactamente una boca, pero bueno, como todos los espíritus elementales tenía un físico un tanto arbitrario.

—¿Cómo y quiénes?

Impaciente, el viajero golpeó el báculo contra la orilla.

—Un ejército llegó esta mañana —suspiró Horimos—. Registraron la aldea, todos al vergel; de cualquier manera, la mayoría ya estaba allí. Pusieron una fragua donde se ve el pasto chamuscado, soldaron grilletes para todos a una sola cadena. Mataron algunos patos y gallinas para comer, se bebieron la cerveza de las barricas, arriaron a los aldeanos. Gran alivio, me dije yo; nunca tuve un instante de paz desde que me pusiste aquí, dale que dale al violín, a la danza, a la natación, al patinaje y a toda la bulla.

—¿Qué ejército era? ¿Qué colores enarbolaba?

—¿Qué sé yo quién lleva una bandera plata, roja y oro?

La mano del viajero se aferró al báculo con más fuerza.

—¿Y no intentaste intervenir?

—Te dije: contento de perderlos de vista. —Horimos hizo bostezar la superficie toda del estanque en una colosal demostración de cansancio—. ¡A no ser por ti hubiera disfrutado de un buen sueñito, ahora que estoy solo!

—Por tu holgazanería —dijo el viajero con parsimonia—, ordeno que hasta que los habitantes de Wantwich sean devueltos a sus hogares sientas tal escozor que no puedas hallar reposo ¡Retírate! Ruega por que este asunto se resuelva con celeridad.

—¡Pero!

—¿Pretendes discutir?

Horimos renunció a hacerlo. Cuando volvió a hundirse en el fondo del estanque, el agua ya no era diáfana y plácida como antes, sino que, sin que soplara la más leve brisa, se agitaba sin cesar.

—¿Quién es usted? —murmuró Viola—. Siempre pensé que Horimos era... era... .

—¿Imaginario? —El viajero se rió entre dientes—. No exactamente. Pero la haraganería que es su peor defecto, comparada con las flaquezas que uno encuentra por ahí, dista de ser la más indecorosa de las debilidades... . En cuanto a mi identidad, me puedes llamar Mazda, o como te plazca. Tengo muchos nombres y una sola naturaleza.

Aguardó para ver si la información, que sólo proporcionaba a quienes la solicitaban sin rodeos, tenía algún significado para ella. Extrañado, descubrió que sí lo tenía, pues al instante una mezcla de esperanza y temor reverente transfiguró su lindo rostro.

Pero al observarla con más detenimiento se le oprimió el corazón, pues junto con los otros, distinguió los signos delatores del egoísmo.

—¿Es verdad, entonces —exclamó con vehemencia—, que puedo pedirle lo que mi corazón anhela?

—¡Si lo haces, piénsalo bien! —le advirtió el viajero, levantando su báculo—. ¡Sólo tú puedes saber lo que ansias en lo más recóndito de tu alma! ¡Reflexiona y decide!

—No tengo necesidad —dijo Viola sin titubear—. ¡Quiero reunirme con mi hombre!

El viajero suspiró, pero como siempre se inclinó ante el inexorable curso de los acontecimientos.

—Como tú desees, sea —replicó.

—¿Qué debo hacer? —murmuró Viola, repentinamente anonadada por lo inapelable de su pedido.

—Esperar.

—¿Nada más que esperar? ¿Aquí? —Giró frenéticamente sobre sus talones y recorrió con la mirada los hogares asolados, el ganado agonizante, el humo que aún flotaba sobre la casa incendiada—. Pero...

Y cuando se volvió hacia el viajero de negro, éste había desaparecido.

Un poco más tarde, con el sol aún alto sobre el horizonte, se oyó ruido de cascos en el mismo camino por el que entrara el ejército invasor, y Viola despertó de su letargo e intentó huir. Pero el jinete pronto le dio alcance, se inclinó desde la silla de montar, la levantó en vilo y la puso sobre la cruz de su caballo, burlándose de sus vanos forcejeos por liberarse.

—Me extrañó no verte cuando arriaron al resto —dijo Achoreus de Teq—. No pude olvidar un rostro tan bello como el tuyo. Menos aún pude olvidar el desaire que me infligiste la primera vez que llegué a esta aldea. Entonces vagabundeeé por los alrededores pensando que tarde o temprano regresarías, y ¡hete aquí! ¡No por mucho tiempo, sin embargo! ¡Irás a reunirte con tu familia y tus amigos, y con ese rústico patán por quien me desairaste!

Clavó las espuelas a su caballo, y partieron al galope en pos de la desdichada hilera de los cautivos amarrados con cadenas.

V

Bajo el palio que cobijaba al Señor Fellian de Teq de los rayos inclementes del sol, resonaban carcajadas estentóreas y risas destempladas. El palio era de cuero de dragón trenzado; un hombre habíalo pagado con su vida en una comarca remota donde el caos y la razón estuvieran antaño repartidos con menos equidad y donde rondaban extrañas quimeras con garras de león y picos de águila y alas de resonante bronce. Afirmábase que ya no existían allí criaturas tales, hasta sus huesos habían sido rechazados por la realidad.

—¡Pero yo tengo mi palio! —Solía decir el Señor Fellian.

Un palio cuya sombra caía sobre un pavimento de piedra de intrincado diseño; la losa más modesta era de mármol; la superaban en número las de calcedonia, jaspe, sardónica, crisoberilo y otras aún más exóticas que no tenían más nombre que «una de esas losas de la galería del Señor Fellian». Esta se hallaba en la cúspide misma de la alta e imponente torre desde la cual el Señor Fellian vigilaba sus dominios: tierras que se extendían hasta el horizonte y más allá, y desgranaban sus riquezas en las arcas del amo.

Pero del lado de la sala de ceremonias se alzaba un muro tan alto, que cuando el Señor de Teq se sentaba en el trono —hecho con los huesos de una bestia de la cual, según los hechiceros, nunca pudo haber existido más que un solo ejemplar, diáfanos como el agua pero más resistentes que el acero— ni una distraída mirada por encima del hombro le revelaba la silueta del único edificio de Teq que sobrepasaba en altura a su propia torre. Aquel edificio colosal estaba coronado por la imagen de la Dama Fortuna, la diosa ciega de un ojo, el otro cubierto con un parche, cuya sonrisa regía los destinos de quienes gobernaban en Teq.

No era costumbre posar la mirada en ella. Decíase que aquellos que trataban de hacerlo a hurtadillas para descubrir a quiénes favorecía con su sonrisa, perecían de una muerte espantosa. Y en verdad, los esbirros de los señores Fellian, Yuckin y Nusk depositaban de tanto en tanto, en la principal plaza de mercado, los cadáveres de hombres y mujeres que, sin lugar a dudas, habían soportado torturas escalofriantes, y los plebeyos interpretaban tales testimonios como terribles admoniciones. Las más de las veces los cadáveres pertenecían a quienes se jactaran de haber recibidos los favores de la Dama. Y se daba por sentado que los restantes pertenecían a otros que ni siquiera habían llegado a disfrutar del efímero placer de la vanagloria.

Mirar a la Dama Fortuna era el único juego de azar a que ninguno de los señores de Teq arriesgábase a apostar. ¿Qué objeto tendría? ¿No era la prosperidad de que Fellian gozaba prueba suficiente de que la Dama lo favorecía con su enigmática sonrisa?

El Señor Fellian, en su trono de huesos inexplicables taraceados con oro puro, ataviado con mantos teñidos con la púrpura del múrice auténtico, calzado con

sandalias de la cabritilla más flexible sobre la que habíanse estampado en oro, como es lógico, palabras cabalísticas que lo guiarían por los caminos más propicios; los alambicados rizos entrelazados con cintas verdes; pintadas las uñas con perlas molidas; los debilitados ojos socorridos por diamantes pulidos y no, como los de sus rivales, que debían ayudarse con vulgares lentes de cristal de roca, los lóbulos de las orejas adornados con ámbar, el cinto tachonado de zafiros: él, el Señor Fellian, el más afortunado ganador de todos los señores de Teq de antaño y hogaño, reía, y reía, y reía.

La risa atenuaba el suave cascabeleo del mono amaestrado que sobre la mesa, sujeto por una trailla de terciopelo, se empeñaba en echar suerte con un juego de dados de marfil, en tanto un esclavo registraba el puntaje en hojas de pergamino; también se oía el zumbido de una ruleta manejada por una idiota... ambos, rueda e idiota, centrados a la perfección, a fin de determinar si al cabo de cincuenta mil tiros o giros se manifestaba alguna preferencia sutil que el Señor Fellian pudiese explotar en su beneficio durante las interminables partidas con los señores Yuckin y Nusk. La risa de Fellian ahogaba también los gorjeos de los pájaros maravillosos encerrados en una jaula dorada, y que una semana atrás le había ganado al Señor Nusk en una partida de shen fu, y el sonsonete de la melodía que sus músicos ejecutaban en un conjunto de instrumentos perdido —junto con los músicos— por Nusk hacía más o menos un año. Los instrumentos eran de cáscara de huevo, ébano y plata y sonaban con patética dulzura.

Frente al trono de huesos, Achoreus —que entrara al servicio del Señor Fellian cuando sólo contaba diecisiete años, y se congratulaba aún por su perspicacia— sonreía de oreja a oreja celebrando la brillante inspiración de su señor.

—¡Antes que estos imbéciles aprendan que el ganarme no cuesta nada —declaró Fellian— los habré despojado hasta del techo que cubre sus cabezas! Los haré avergonzarse si se niegan a igualar mis apuestas, y así podré subirlas a mi antojo, mientras ellos, ¡pobres tontos! se esfuercen por seguirme el tren. ¡Oh, cuánto anhelo ver la cara de Yuckin cuando esta noche le apueste un centenar de criados competentes, incluso doncellas dignas del lecho de un rey! Estuviste bien, Achoreus. ¡Torquaida, ven aquí!

De entre la caterva de servidores que día y noche asistían a Fellian, pendientes de sus mínimos caprichos, avanzó, arrastrando los pies, un viejo tesorero que retenía en la memoria —de ello se jactaba— el contenido de las arcas de su amo, hasta el punto de saber con exactitud cuántas de las monedas destinadas a pagar a los mercaderes habíanles limado los bordes en vez de dejar que se desgastaran honradamente.

No pocas de sus victorias en las interminables pujas con sus rivales, reconocía Fellian, debíanse a informaciones que le proporcionaba Torquaida acerca de lo que aquellos podían o no apostar, para que él actuase en consecuencia. Verdad que siempre había recompensado al tesorero con gran generosidad, mientras que los consejeros de sus rivales sufrían castigos frecuentes por permitir que se perdieran

maravillas irremplazables en apuestas ruinosas, y su resentimiento crecía día a día.

—El joven Achoreus aquí presente —declaró el Señor— acaba de cumplir una misión encomiable. Tenemos ahora, gracias a él, un sobrante de cien o más nuevos servidores, y además muchos niños a quienes se les podrá enseñar sin duda un oficio útil. ¿En qué forma, piensas tú, se le podría recompensar por este servicio?

—Es un cálculo difícil —dijo Torquaida frunciendo el ceño. Su voz cascada flaqueó. Fellian reclamó el silencio a los músicos para poder oír mejor—. Hay que considerar dos aspectos del problema. Primero, que ha traído cien nuevos siervos, y eso es fácil. Dadle dracmas para que acreciente la apuesta que ha hecho con el Capitán Ospilo del séquito del Señor Yuckin; nuestros espías privados aseguran que la apuesta está ganada con ventaja de nueve a cuatro, y Ospilo ignora aún el resultado. Por lo tanto la ganancia puede ser mucho mayor. Yo sugeriría cien piezas de plata.

Fellian se dio una palmada en el muslo y festejó a carcajadas el ingenio de la treta, mientras Achoreus se atusaba los bigotes y se regodeaba con la envidia de todos los presentes.

—Fuera de eso, sin embargo —continuó Torquaida con su voz aflautada— queda por establecer cuál es el valor de esos sirvientes. Así como antes de apostarle a un caballo se debe examinar tanto al animal como sus cualidades, así también en este caso debemos empezar por inspeccionar a los cautivos.

—¡Hazlos traer, entonces! —gritó Fellian—. ¡Despejad en la galería un espacio lo suficientemente amplio como para que puedan desfilar!

—Señor —arriesgó Achoreus—, había unos cuantos entre ellos que no aceptaron de buen grado la invitación que les hice de entrar al servicio de Su Señoría. Sería conveniente que también hicieran lugar para la escolta que les he asignado.

—¿Cómo? —Fellian se inclinó hacia adelante en el trono, con expresión de furia—. ¿Te atreves a decir que un hombre a quien la Dama Fortuna ha favorecido tan larga y asiduamente con sus sonrisas puede ser vulnerable a los ataques de... de algún campesino estúpido? ¿O acaso no has tomado la precaución de desarmarlos?

Viendo que su recién adquirida fortuna podía esfumarse en cualquier momento, Achoreus replicó en tono conciliador:

—¡Mi Señor! No hallamos una sola arma en toda la aldea, excepto algunos implementos rústicos cuyos nombres ignoro pues no he tenido contacto con las cosas del campo: hoces, quizá, y tal vez hachuelas... ¡De las que, por supuesto, los despojamos! ¡Pero todos los que hemos traído son sanos y fuertes, y por lo tanto pueden hacer uso de sus puños y pies!

—¡Hmmm! —Fellian se restregó la barbilla—. Sí, me acuerdo muy bien de un gladiador que el Señor Yuckin enfrentó a uno de mis campeones, años atrás, y que a pesar de haber perdido la red y el tridente se las ingenió para vencer en la lid mediante la treta solapada de arrancar con las uñas los órganos vitales de su adversario. —Tosió, molesto; odiaba aludir a cualquier apuesta que hubiese perdido

—. Bueno, traedlos, pero mantenedlos rodeados por la guardia, tal como tú dices.

Tranquilizado, Achoreus se volvió para impartir las órdenes necesarias. En consecuencia, poco después, al son de la música de sus chirriantes cadenas, una triste caravana de cautivos cruzó el gran patio del palacio para ascender los primeros tramos de la rampa que llevaba a la galería —que eran de simple granito— y, paso a paso, hasta los trechos más altos, donde los parapetos eran de ganga de granates y el pavimento de cimofanas, peridoto y turmalina.

Privados de alimento durante el largo trayecto desde Erminvale, a fin de robarles las energías que pudieran ayudarlos a escapar, dispensándoles apenas el agua necesaria para humedecerse los labios, la rampa era para ellos un obstáculo casi insalvable, y los esbirros tenían que aguijonearlos con el regatón de las lanzas.

Sin embargo, quedaron por fin alineados a lo largo de la galería, fuera de la sombra del palio de cuero de dragón, y parpadeando a la deslumbrante luz del sol, contemplaron por primera vez el rostro de su nuevo e indeseado amo. En un extremo de la fila iba Leluak, el ojo izquierdo hinchado y cerrado por un puñetazo, testimonio de su vana rebeldía; tan lejos de él como era posible, Viola, semidesnuda como resultado de su resistencia, que llevó al violento Achoreus a desgarrarle sus vestidos. Y entre ellos, todos los aldeanos de Wantwich excepto la Abuela Anderland, desde niños de pecho hasta patriarcas de canas venerables.

Acompañado por el orgulloso Achoreus, Torquaida recorrió la hilera, atisbando cara tras cara, tanteando al azar uno que otro músculo para probar su firmeza o la flaccidez de un vientre, su dedo índice puntiagudo como uno de los estilos que utilizaba para llevar sus cuentas sobre tablas enceradas. Se detuvo frente a un enhiesto campesino de mediana edad que vestía un jubón rojo y parecía indeciblemente cansado.

—¿Quién eres tú? —graznó.

—Uh... —El hombre se humedeció los labios—. Bueno, me llamo Haring.

—¡Di «para servir a usted»! —Achoreus lo conminó con voz áspera y amenazó sacar la espada.

Haring masculló la hipócrita fórmula.

—¿Y qué sabes hacer? —insistió Torquaida.

—Soy cervecero. —Y de mala gana, luego de una breve lucha interior—: ¡Señor!

—Aprendes rápido —dijo Achoreus con burlona aprobación, y acompañó a Torquaida en su recorrida de la hilera.

—Yo soy panadero... señor.

—¿Yo? ¡Oh, soy costurera!

—Yo soy buhonero, tornero, y también reparo arados.

Las preguntas eran contestadas al punto, como si el declarar con orgullo sus habilidades les permitiera conservar cierta dignidad. Bajo las directivas de Torquaida, un amanuense confeccionaba listas con todos los nombres y oficios, excluyendo a los niños menores de doce años, que una vez terminadas presentó con una reverencia al

Señor Fellian.

Después de estudiarlas a través de sus lentes de diamante, el señor interpeló a Achoreus.

—¿Y qué nivel tienen estos patanes en sus oficios? ¿Competentes o chapuceros?

—Por lo que pude apreciar, señor —respondió Achoreus— se los puede calificar de competentes. Naturalmente, sus normas son muy inferiores a las nuestras; sin embargo sus casas parecían sólidas, los cercos bien cuidados, y tenían buenos establos y rediles para su ganado.

—Ya veo —Fellian se rascó la punta de la nariz con las agudas facetas de la piedra preciosa engarzada en el anillo que llevaba en el dedo medio de la mano izquierda—. Entonces, será preferible que los conservemos en lugar de arriesgarlos en apuestas. Que yo sepa, no hay ningún cervecero entre la servidumbre. Cualquiera de los sucios fregones de la cocina o de los marmitones que cuidan el asador son menos útiles que este hombre... ¿cómo era que se llamaba? ¿Harring? Por lo tanto, haz esto, Torquaida: quítales los críos y colócalos con las nodrizas o como aprendices; luego, haz una selección entre todos los demás y por cada uno que juzgues digno de incorporar a mi servicio aparta a uno de los que ya tenemos, uno de los holgazanes o ariscos o deformes, y ponlo a mi disposición para la apuesta de esta noche. ¡Ha! ¿No es esta una idea genial? —Se restregó las manos y soltó una risotada de júbilo.

—¡Oh, cuánto ansío ver las caras de esos badulaques cuando le apueste, a cada uno, cincuenta criados! ¡Con esta treta siempre saldré ganando! ¡Si me ganan, y confío que la Dama Fortuna no lo permitirá, no harán más que alborotar sus casas con nuevas bocas para alimentar, y mientras tanto yo habré adquirido nuevos artesanos; y si gano yo, de lo cual no me cabe ninguna duda, tendré veedores extra en abundancia para vigilar a los criados que esos dos pierdan! ¡Jo-Jo! ¡Esto tendremos que volverlo a hacer, Achoreus!

Achoreus hizo una profunda reverencia y una vez más se atusó los bigotes.

—Lleváoslos —ordenó Fellian, y se repantigó en su trono, extendiendo una mano de dedos gordos y pálidos para tomar la boquilla de un narguile de jade que se hallaba en una mesa lateral de laca. Un esclavo alerta se apresuró a acercarse y a colocar una brasa sobre la pila de hierbas aromáticas que el cazo contenía.

Temerosos e indignados, pero demasiado débiles para resistirse, los campesinos de Wantwich se volvieron, acicateados por los esbirros para regresar al patio de abajo. Fellian los observaba. Cuando el final de la hilera pasó frente al trono chasqueó los dedos y todas las miradas expectantes se volvieron a él.

—Esa joven, la última de la fila —murmuró—. No deja de ser atractiva en su rusticidad. Apartadla, bañadla, perfumadla y vestidla, y haced que me aguarde en mis aposentos.

—¡Pero...! —Achoreus dio un paso al frente.

—¿Tienes algo que comentar? —ronroneó Fellian, amenazador.

—Yo... —Achoreus vaciló, y por último meneó la cabeza.

—Haz cumplir mis órdenes, entonces —sonrió Fellian y chupó su narguile con un aire de perfecta beatitud.

VI

Furioso, Achoreus se volvió para vigilar la retirada de los prisioneros, y cuando creía haber finalizado su tarea, miró a su alrededor y vio a un desconocido, que no era por cierto ni cortesano ni esclavo: un hombre de capa negra apoyado en un báculo.

—¡Achoreus! —bramó Fellian—. ¿Por qué no te has llevado a ese individuo junto con los demás?

Perplejo, Achoreus confesó:

—¡No lo había visto antes! No estaba con los aldeanos cuando los apresamos... Ah, pero lo he visto, no en Wantwich. Ahora recuerdo haberlo visto cuando salíamos de Teq, estaba debajo de un árbol observando la marcha de nuestro ejército; tenía ese mismo báculo en la mano.

—¿Y ha venido a reunirse con los cautivos por su propia voluntad? —sugirió Fellian con una carcajada. Una ola de hilaridad de sus sicofantes celebró la frase supuestamente ingeniosa—. ¡Está bien! ¡No lo privaremos del privilegio que anhela!

Todos los rostros se iluminaron. Fellian era un amo caprichoso, pero ese tono jovial era indicio de que estaba dispuesto a dispensar favores y presentes al azar, aduciendo que lo hacía para inculcar en el espíritu de sus cortesanos la suprema importancia de la suerte.

—¡A ver, anciano! —prosiguió—. ¿Qué te trae aquí, ya que no fue la larga cadena que sujetaba a aquellos que se retiraron hace un momento?

—La necesidad de saber —dijo el viajero de negro, y avanzó por el piso enojado.

—¿De saber qué? ¿Cuándo la ruleta de la vida girará para ti por última vez para detenerse en el sombrío y nefasto puntero de la muerte? ¡Bueno, ve y pregúntaselo cara a cara a la Dama Fortuna, y te lo dirá al instante!

Al oír eso, algunos de los miembros de su séquito palidieron. No era de buen gusto referirse en tono de chanza a la Dama Fortuna.

—De saber —respondió el viajero, imperturbable— por qué enviaste tropas a saquear la aldea de Wantwich.

—¡Ah, sí! —dijo Fellian con ironía—. Entiendo perfectamente que un forastero haga preguntas de esa naturaleza, si carece de una adecuada comprensión de las prioridades de la vida. Muchos creen que todo cuanto necesitan hacer es actuar de manera razonable, cumplir con sus obligaciones, pagar sus deudas... y de pronto un poder imprevisto se inmiscuye en su estúpida y apacible existencia, quizá con una trailla, quizá con una espada, y toda su racionalidad se evapora. Esa es entonces su oportunidad de conocer la verdad. No es la cordura sino la suerte la que gobierna el cosmos ¿me oyes? ¡La suerte!

Se inclinó hacia adelante, pronunciando las palabras finales con tanta intensidad que una lluvia de saliva bailó en dirección al suelo.

—¿Ves a esa idiota que hace girar la ruleta para mí? ¡Eh, vosotros! ¡Traedla aquí!

Los criados se apresuraron a obedecer. Fellian se despojó de los anillos, ornados de piedras preciosas que alcanzarían para adquirir una pequeña granja o un viñedo, y los arrojó sobre la sucia falda de la túnica de la idiota.

—¡Dejadla en libertad! ¡Hoy le ha sonreído la suerte!

—No es así —lo contradijo el viajero.

—¿Qué? ¿Me desmientes a mí? ¿Desmientes a Fellian? —Era tal su furia que los ojos se le escapaban de las órbitas.

—Di más bien que veo los dos aspectos de esta buena fortuna —murmuró el viajero—. ¿No es una gran suerte para una idiota el ser alimentada, alojada y vestida por un poderoso señor? ¿No es esto más valioso para ella que el que le obsequien bonitas chucherías y la dejen abandonada, a su sola merced? ¿Qué gana con ello si la semana próxima perecerá de hambre?

Fellian iba enrojeciendo a medida que comprendía la validez del argumento, y lanzó una mirada fulminante a alguien que a su derecha parecía a punto de echarse a reír.

—Eres un hábil sofista ¿no es así? —bramó—. Eres un leguleyo, sin duda, de los que solemos llevar a contemplar a la Dama Fortuna, que al instante sufren una muerte horrible.

—Con lo cual —observó el viajero con mansedumbre— malogras la posibilidad de persuadirlos a que compartan tus puntos de vista. Los muertos no son las personas más fáciles de convencer; sus actitudes tienden a ser más bien inamovibles. —Pasó el báculo de una a otra, mano, y prosiguió—: Veamos si logro entender tus puntos de vista. Tú sostienes, si no me equivoco, que la vida no es más que un largo juego de azar.

—¡Sí, por supuesto! —Ladró Fellian.

—Si es así ¿qué necesidad tiene uno de hacer nuevas pujas? Comparadas con la apuesta que abarca la vida entera ¿no resultan todas las restantes demasiado triviales para ser dignas de atención? Es evidente que no estás de acuerdo, convengo, dado que te propones apostar esta noche seres humanos a tus rivales, y con este propósito has raptado a los inofensivos pobladores de Wantwich.

—¡El ganar apuestas es la sal de la vida! —bufó Fellian—. El estar sentado en este trono ¿no es prueba por ventura de que he ganado ya una importante partida? Aposté mi propia existencia por el privilegio de ser un Señor de Teq, y el hecho de que me halle aquí demuestre que la dama de la torre me sonrío.

El viajero torció la cabeza sardónicamente. Dijo:

—Di que eres un gran jugador, un gran ganador, lo que te plazca. Pero yo te puedo mencionar una apuesta que no aceptarás.

—¿Qué? —aulló Fellian, y en todo el recinto se oyeron exclamaciones de consternada sorpresa—. ¿Crees que puedes insultar impunemente a un señor de Teq? ¡Guardias! ¡Apresadlo y amarradlo! ¡Me ha infligido una afrenta mortal, y debe pagar

por ella!

—¿En qué te he ofendido, en qué? El decir que puedo mencionar una apuesta que no habrás de aceptar no es insultarte, a no ser que puedas pero no quieras igualar mis apuestas.

El viajero clavó en Fellian una mirada severa.

—¿Voy a apostar con un don nadie? ¡Sólo lo hago con mis iguales! ¡Es preciso tener una fortuna incalculable para pujar conmigo! —Fellian resopló—. Vaya, si te tomara en serio, cualquier patán podría llegar hasta mí y decirme: «Arriesgo mis harapos y mis chanclos, todo cuanto poseo, contra todo lo que tú posees»; ¡y eso sería justo!

—Pero hay una sola cosa que cualquier hombre puede apostar contra otro —dijo el viajero—, pues ningún hombre puede tener más de una.

Hubo un silencio que se prolongó durante varios latidos.

—Mi señor —dijo al cabo Torquaida con voz herrumbrosa—, se refiere a la vida.

Fellian palideció y se lamió los labios. Profirió, iracundo:

—¡Aun así! ¿Una vida como la mía, que puede aún durar cincuenta años, contra una que puede extinguirse mañana, o la semana próxima?

—Lamentablemente —graznó Torquaida— es una apuesta justa. Sin embargo —y dejó escapar una risita seca y una carcajada sibilante— es prematuro mencionar las posturas antes de conocer lo que se arriesga ¿no es verdad?

Fellian lo favoreció con una mueca de gratitud; esa era la salida que él había sido incapaz de descubrir por sí mismo. Dijo en voz alta:

—¡Sí, un punto decisivo! ¿Qué es lo que quieres apostar conmigo, anciano?

—Te apuesto —dijo el viajero en medio de un silencio sepulcral— que el rostro de la Dama Fortuna ya no se vuelve hacia tu trono.

Hubo un instante de horrorizado desconcierto. Pero con gran esfuerzo Fellian rompió en una estruendosa carcajada.

—¡Bueno, esta apuesta ya está perdida! —exclamó—. ¿No es prueba de que cuento con sus favores el que esté sentado aquí, en medio de riquezas sin par?

—Con ellas despertaste hoy —dijo el viajero—. Queda por ver que te acaecerá mañana.

—¿Por qué mañana? —preguntó Fellian—. ¿Por qué no la semana próxima, el mes próximo, el año próximo si tú quieres? Cuando les haya ganado nuevas apuestas a Yuckin y Nusk te llevaremos y te izaremos en un alto poste para que mires directamente a la cara de la dama y veas que su sonrisa está dirigida a mí. Mientras tanto, disfruta de la hospitalidad de mis mazmorras. ¡Eh, guardias!

—Gracias, no tengo necesidad de hospedaje —dijo el viajero—. Además, una semana es demasiado tiempo. Un día habrá de bastar. Volveré a verte mañana; digamos al amanecer. Por el momento adiós.

—¡Prendedlo! —rugió Fellian, y los soldados que, a una señal de Achoreus, habían permanecido en el recinto cuando se llevaran a la caravana de cautivos, se

abalanzaron sobre el viajero. Pero se estrellaron unos con otros, como si hubiesen tratado de apresar una brazada de aire.

VII

En las grandes cocinas cavernosas del palacio, un cocinero sudaba a mares mientras trajinaba con cucharones y pinzas en tomo de un caldero de casi cien litros de capacidad. Las llamas que rugían bajo el caldero le chamuscaban la piel, el humo le llenaba los ojos de lágrimas enceguedoras.

Desde un oscuro rincón del hogar, una voz preguntó para quién se preparaba ese caldo que despedía un aroma tan apetitoso.

—¿Para quién va a ser? Para el Señor Fellian —suspiró el cocinero.

—Pero no existe el hombre capaz de engullir semejante cantidad de sopa. ¿Espera invitados?

—Sí, así es. —El cocinero hizo una mueca—. Pero comerán dos cucharones, quizá tres.

—¿Y tú disfrutarás de lo que sobre?

—¿Yo, señor? —El cocinero dejó escapar una risa lúgubre—. No, por vida mía, nunca me atrevería. ¡Lo que mi señor deja en el plato va a sus mastines! Esta noche, como siempre, mi cena consistirá en una corteza de pan seco y ese trozo de cuero de tocino rancio. Sin embargo, los mastines no tienen paladar para el vino, de modo que si soy listo puedo reclamar las heces de los copones de la mesa de honor y el licor acallará los rezongos de mi estómago lo suficiente como para dejarme dormir.

En medio del penetrante hedor amoniacal del guano, el halconero trabajaba junto a una ventana sin vidrio, fileteando con manos nudosas y a la vez delicadas un diseño rítmico de hojuelas de oro en la capucha y las pihuelas de un halcón peregrino.

—Este cuero es hermoso —dijo una voz suave por encima de su hombro—, pero con seguridad te atavías con más lujo cuando sales de noche a divertirte en las tabernas.

—¿Yo, señor? —Gruñó el halconero sin volver la cabeza; la luz empezaba a declinar y le estaba prohibida la extravagancia de utilizar lámparas o candelas—. No, estoy al servicio del Señor Fellian, y no tengo tiempo para divertirme. Y si lo tuviera, me vería obligado a vestir lo que usted ve: viejos calzones de lona, atados a la cintura con una soga deshilachada. Además ¿con qué me pagaría un pichel de cerveza? ¿Con una cucharada de estiércol?

En las caballerizas, un palafrenero acariciaba con un lienzo suave los ornamentos de un pesebre; eran de circones y marfil, y el comedero rebosaba de heno dulce recién segado, de avena tan fina que con ella se hubiera podido amasar pan, y de salvado cálidamente aromatizado.

—Palaciego —dijo una voz por detrás del tabique—. ¿Es todo esto para un caballo?

—Sí, señor —murmuró el palafrenero, sin interrumpir su trabajo—. Para Viento del Oeste, el corcel favorito del Señor Fellian.

—¡Entonces, tú has de reposar en mullidos almohadones de plumón, bajo cobertores de seda, o pieles en el invierno!

—Duermo sobre la paja, señor... ¡no os burléis de mí! Y si tengo tiempo de juntar greda para tapar las grietas de mi choza y protegerme del frío de la noche, puedo considerarme afortunado.

Junto a una bañera de mármol, en la cual la boca de una gárgola vertía agua perfumada, una grácil doncella contaba los granos de las exóticas especias tonificantes que repartía entre una esponja, una lufa y las cerdas de un cepillo hecho con el cuero de un jabalí.

—Con tales cuidados —dijo una voz por detrás de una voluta de vapor—, la belleza se ha de preservar sin duda más allá del lapso de vida normal.

—¿Creéis que me atrevería a desperdiciar un solo grano de esta preciosa esencia en mi propia piel? —replicó la doncella, echándose a la espalda una trenza de pelo en la cual, pese a que no debía contar más de veinte años, brillaba una delatora hebra de plata—. Sería afortunada si, al descubrir mi hurto, se conformasen con arrojarme por sobre el alféizar de esa ventana. Por lo menos debajo de ella hay un depósito de basura de la cocina que amortiguaría mi caída. No, mi juventud es toda mi fortuna, y se requieren los poderes de un espíritu elemental y la imaginación de un genio para prolongar la juventud a fin de satisfacer los deseos del Señor Fellian desde una primavera a un otoño.

—Entonces ¿por qué soportas seguir a su servicio?

—Porque es un triunfador en el juego de la vida.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Bueno —suspiró la doncella—, todo el mundo lo dice.

Al gran salón de honor de techo abovedado llegaron, a la caída del sol, los señores rivales Yuckin y Nusk con sus respectivos séquitos para yantar opíparamente a costa del eterno ganador supremo, antes de dedicarse a los juegos de la noche. En los últimos tiempos eran huéspedes demasiado asiduos del palacio; no se entabló entre ellos una charla amistosa. Taciturnos —pero con buen apetito, porque sus propias cocinas no ostentaban tales manjares— se sentaron aparte, y su indignación fue en aumento a medida que los fuentones de oro sucedían a los de plata, los cálices de cristal a los de cerámica esmaltada... y más de una vez reconocieron piezas que anteriormente les pertenecieran.

El Señor Fellian, que hubiera debido sentirse deleitado ante la confusión de sus rivales, estaba abatido, y en la larga mesa todas las conversaciones giraban en torno del extraño intruso de la capa negra que había formulado tan riesgosa apuesta.

—¡Es descabellado! —afirmó rotundamente Achoreus, que estaba sentado al lado de Fellian en prueba de los privilegios de que gozaba—. Como bien lo habéis dicho, señor, es absurdo pretender que alguien de vuestra jerarquía se mida con un don nadie sin un cuarto; ¡y además el desafío que lanzó es por definición imposible de dilucidar!

Pero tenía la frente perlada de sudor, y cuando hubo repetido por tercera vez tal declaración su voz sonó áspera, con una ronquera que por mucho vino que bebiera no podía calmar.

—¿Y qué opinas tú, Torquaida? —inquirió Fellian, hambriento de palabras tranquilizadoras, mas no de comida, pues plato tras plato era retirado de su sitio sin haber sido tocado.

—No hay motivos para preocuparse —dijo con su voz cascada el anciano tesorero—. Gusten o no de vos los Señores Yuckin y Nusk tendrán que admitir la lógica de vuestro rechazo de semejante apuesta. ¡Nadie puede tratar asuntos importantes sobre bases arbitrarias!

Ni siquiera esas palabras lograron calmar la inquietud que abrumaba a Fellian.

—¡Ah, si supiera al menos el resultado de la apuesta, por disparatado que sea! —refunfuñó, y al escucharlo el viajero de negro, oculto en un nicho a cierta distancia de los comensales, sonrió con tristeza.

—Como tú deseas, sea —musitó—. Me has ganado la apuesta, Señor Fellian; y hay y hubo pocos en toda la eternidad que puedan proclamar lo mismo. Sin embargo, en el preciso instante en que ganaste, perdiste más allá de toda esperanza.

Dilucidada la cuestión, se alejó.

Pronto retiraron del salón todos los platos y los sustituyeron por las fichas de dominó talladas a mano que se utilizaban en el juego de shen fu, los discos de laca destinados al iguálame y cuidate de mí, los bolilleros dorados repletos de bolillas de colores conocidas como los Nudillos de la Dama, las ruletas —las de cuatro, las de nueve y las de treinta y tres divisiones— pájaros cantores ciegos enseñados a recoger con el pico uno y sólo uno de tres granos teñidos de diferentes colores, frijoles saltarines, pulgas enjaezadas en plata, renacuajos impregnados en licores fuertes, y todos los demás trebejos a los cuales los señores de Teq acostumbraban confiar sus apuestas.

Además, de entre sus respectivos séquitos, hicieron desfilar a sus campeones: luchadores, boxeadores con cestus y gladiadores, para no mencionar a los volatineros, saltimbanquis, imbéciles provistos de pinces cargados de pintura, monos tiradores de dados, y otra multitud de seres u objetos con que tropezaran recientemente y cuyos actos pudieran definir una apuesta.

Era costumbre que uno de los participantes eligiera un juego, y que el desafiado declarase las puestas. Así, en estricta obediencia al protocolo, el Señor Yuckin, que fuera el último en perder frente al Señor Fellian, se aclaró la voz y abrió el juego con una sola mano de shen fu, que el Señor Fellian aceptó, ganando una cesta de saltamontes del desierto: una puesta baja, típica de las primeras horas de la noche.

El Señor Nusk apostó a continuación a un sapo saltarín, y ganó una talega de monedas de Barbizond, a lo cual el Señor Fellian contestó con un giro de la ruleta de cuatro partes y ganó un saco de zafiros. Codeó a sus compañeros y murmuró que el viejo loco de la galería debía de haberse equivocado.

Así también ganó los cinco envites siguientes, uno con los renacuajos, uno con las pulgas, dos manos de shen fu y el último con los pájaros ciegos. Después de eso perdió una vuelta de la ruleta de nueve casilleros y tuvo que cederle a Yuckin una espada cincelada y enjoyada que Torquaida despreciaba por considerarla bonita pero no práctica; su hoja era de calidad inferior. Una pérdida sin importancia.

—Ahora, me parece —murmuró el complacido Señor Fellian, y cuando el Señor Nusk escogió el shen fu para el próximo juego, reveló su apuesta: cincuenta siervos masculinos en esta sola mano.

El efecto fue tan sorprendente como Fellian lo había deseado. Aunque con altivez pretendieran desdeñar asuntos tan triviales, nadie mejor que los señores de Teq sabían cuántos trabajaban para asegurarles su opulencia, en los oficios más variados y diversos. Apostar un sirviente era ocasionalmente un recurso desesperado al cabo de una noche poco afortunada; apostar cincuenta de golpe era un gesto inaudito.

El Capitán Achoreus se rió entre dientes al ver la desazón que cundía entre los señores visitantes, y codeó a Torquaida en las descarnadas costillas.

—¡El gran triunfador! —murmuró, e hizo señas de que le trajeran otro jarro de vino.

Sin embargo cuando se repartieron las fichas de dominó, la Estrella de Eva le tocó al Señor Nusk, y al Señor Fellian sólo el Planeta Más Recóndito.

El Señor Nusk, que era un hombre obeso con una calva redonda orlada de un cerquillo negro, sonrió de oreja a oreja y se frotó la enorme panza. El Señor Fellian torció el gesto, tembló y desafió en el mismo juego al Señor Yuckin.

El Señor Yuckin, flaco y escuálido, los ojos inexpresivos tras los lentes de cristal de roca, apostó tanto oro como un hombre puede llevar consigo, y ganó, y volvió a apostar, y el Señor Fellian jugó a los otros cincuenta servidores.

Y a continuación exhibió el triunfo máximo del shen fu, la Corona de Estrellas, y se burló del mísero juego del Señor Yuckin: los Planetas Confederados.

Pocos minutos después, con un sapo saltarín, le volvió a ganar al Señor Nusk los primeros cincuenta sirvientes, y otra vez una nueva tanda al Señor Yuckin, inclusive tres expertos armeros que significaban una pérdida irreparable, y además una alquería en el Valle de Vezby, y la cosecha de todo un año de un vino chisporroteante y tres galeras mercantes con toda la tripulación, y luego al Señor Nusk el Gran Feudo de Peñón de Coper, junto con el derecho de elaborar un famoso queso de leche de oveja de acuerdo con una fórmula secreta; luego perdió por cinco breves minutos las Marcas de Gowth con las cuatro fortalezas y el Santuario del Fuego, pero los volvió a ganar en una vuelta de la ruleta de cuatro casillas y junto con ellas el Feudo de Brywood, el Pico de Brend y el territorio que se extendía desde el Baluarte Haggler hasta el Cabo Desaliento.

Seguro ahora de su posición, comenzó el elaborado proceso de desgaste que tantas veces había soñado, el proceso que en última instancia reduciría a sus rivales a la miseria; un cocinero que sabía preparar helados sin hielo, un mago despensero que

era capaz de producir fresas en invierno, un hechicero que podía hacer aparecer en los eriales animales de caza con sólo soplar un silbato, un espadachín de dos metros y medio de estatura, campeón de los últimos juegos públicos...

Torquaida debió de fatigarse tratando de llevar la cuenta de las ganancias y cotejar lo que ya se poseía con lo que aún quedaba en manos de los señores rivales. Con un esfuerzo supremo logró conservar la lucidez, sin olvidar en ningún momento de enviar un amanuense a prevenir al Señor Fellian cada vez que una apuesta no valía la pena, por ejemplo que tal concubina había tenido viruela y estaba marcada, o que aquel guardia había sufrido un ataque de parálisis y que el brazo de la espada le temblaba, o que sobre aquel cofre obraba un hechizo y al ser tocado por el ganador las monedas se convertirían en guijarros.

El Señor Fellian le concedió el Feudo de Brywood libre de alcabala como recompensa por su impagable ayuda, y rió alegremente la noche entera de la derrota que había infligido a sus oponentes.

VIII

Hasta las mazmorras del palacio, multiplicados por la acústica del alto techo abovedado del salón de honor, llegaban los ecos de las sonoras carcajadas a oídos de los miserables deportados de Wantwich que no podían conciliar el sueño. Algunos se habían dormido: sobre paja si eran afortunados, o sobre duras losas si no lo eran... pero por lo menos dormían.

Una que permanecía en vela a pesar del lecho de plumas, envuelta en una diáfana túnica de linón bordada con canutillo, era la doncella Viola, rodeada de otros objetos femeninos de placer destinados a deleitar al Señor Fellian. Al oír ruido de pasos junto a su lecho, se sobresaltó y escudriñó las sombras, viendo tan sólo el contorno de una forma negra en la oscuridad.

—¿Hay alguien allí? —gimoteó.

—Soy yo —dijo el viajero.

—¿Cómo... cómo pudo entrar? —Viola se incorporó—. Probé las puertas... y también las ventanas. ¡Y todas están aseguradas!

El viajero se abstuvo de dar explicaciones.

Después de un momento, Viola empezó a llorar.

—¡Váyase! —le ordenó—. ¡No quiero volver a verlo nunca más! ¡Usted es el culpable de lo que me sucede y lo odio!

—Al contrario —replicó el viajero—. Tú eres la única culpable.

—Yo nunca pedí que me encerraran aquí, esperando a un gordo... .

—¡Ah! Pero te has reunido con tu hombre Leluak, y eso es lo que dijiste que querías. Estáis ambos bajo el mismo techo; y cuando el Señor Fellian se canse de ti, seréis arrojados juntos al mismo húmedo callejón a compartir las mismas fiebres, los mismos fríos y las mismas pestilencias. Eso, en esencia, significa estar juntos.

—Hubiera tenido que pensar mejor antes de elegir —dijo Viola al cabo de un momento de reflexión. El viajero asintió.

Entonces, esta cruel experiencia había al menos inculcado cierta sensatez en su cerebro.

—Según creo, habías conocido a Achoreus antes del saqueo de Wantwich que él dirigió.

—Así es. Le hice compañía cuando se unió a nosotros en la danza de la primavera.

—¿Por cortesía?

—Naturalmente —la joven se irguió en la oscuridad.

—¿O fue porque era un forastero, y bien parecido, y porque todas las demás muchachas de la aldea se habrían cambiado con gusto por ti?

—Un poco de eso también —admitió con humildad.

—¿No es verdad, hija mía, que te preocupaba más reencontrarte con el más

apuesto, el más codiciado de los hombres casaderos de Wantwich, por el cual debiste competir con todas las otras muchachas menos atractivas que tú, que por reparar el daño infligido a tu familia y tus amigos el día de tu proyectada boda?

—¡Así ha de haber sido! —gimió Viola—. ¡Ojalá ese apresurado deseo mío pudiera ser anulado!

—La segunda vez que una persona recurre a mí —dijo el viajero— puedo, si lo deseo, señalarte las consecuencias. ¿En verdad deseas encontrarte una vez más en el vergel de Wantwich... sola?

Hubo un arduo silencio que ella rompió al fin con un sollozo.

—Sin embargo —prosiguió el viajero, cuando juzgó que ella había sufrido lo suficiente como para que la lección quedara grabada con rasgos indelebles en su memoria— puedes quedarte tranquila. Todo ha de concluir de manera satisfactoria. Aunque si fuera a decirte el nombre de tu salvador, no lo creerías...

Golpeó con su báculo el lecho en que Viola estaba sentada, y concluyó:

—Duerme, niña. Despiértate al alba.

Trastornado por la exaltación, cuando el sol del amanecer comenzó a dorar las torres de Teq con la promesa de un nuevo día, el Señor Fellian escaló con fatiga la rampa hacia la galería para presenciar desde su torre la partida de sus derrotados rivales. ¡Sin nada! ¡Nadie en la historia de esa ciudad había conquistado una victoria tan fantástica en una sola noche! Despojados hasta de los esclavos de su servicio personal, los señores Yuckin y Nusk se arrastraban como perros apaleados a la media luz del amanecer. Más como merced que por necesidad les había sido permitido conservar sus ropas.

El Señor Fellian se inclinó tambaleante por encima del parapeto de la galería y vitoreó como un halconero a la vista de una presa. Cuando la acobardada cara del Señor Yuckin se alzó para ver de dónde provenía el grito, le vomitó el contenido de su último copón de vino.

—¡Esto va también para el viejo imbécil que apostó que la Dama Fortuna había desviado de mí su rostro! —bramó y rió hasta que los ecos de su fanfarronada reverberaron en los techos vecinos.

—¿Estás seguro?

Subrayando la pregunta que formulara con voz amable, el viajero de negro avanzó, rozando con un leve susurro de su capa el enjoyado piso.

—¿Tú, otra vez...? —El Señor Fellian boqueó e intentó retroceder, pero el parapeto le cerraba la retirada y no le quedaba ninguna vía de escape salvo el aire inmaterial—. ¡Guardias! ¡Guardias!

—Ninguno te ha seguido hasta aquí —dijo el viajero en tono grave—. Están persuadidos que a un triunfador como tú, —si existió alguna vez— la Dama Fortuna le sonrío tan prolongada y benévolamente que nada malo puede acontecerle.

—¡Ajá! —Fellian empezó a recobrar su compostura—. ¡Deduzco de tus palabras que admities haber perdido tu apuesta!

—Bueno, no —dijo el viajero, y su expresión era de pesar, pues siempre le había parecido lamentable que una persona inteligente —y Fellian distaba de ser estúpido— cayese en actitudes auto-destructivas—. He ganado.

—¿Qué? ¡Estás loco! —Fellian boqueó como pez fuera del agua—. ¡Demuestra tu afirmación!

—Lo haré —dijo el viajero, y golpeó con su báculo la pared que ocultaba desde la galería la vista de la torre más alta de Teq. Un trozo cayó, semejante a una cuña cortada de un queso. A lo lejos, allí donde Fellian, sin poderlo evitar, clavó la mirada, asomaba, a la luz azulada del levante, el pináculo de la Dama Fortuna.

Un grito se ahogó en la garganta del señor. Miró, miró, y al cabo dijo:

—¡Pero... pero está tronchada!

Era verdad. Contra el cielo, en vez de la famosa estatua, no había nada más que un desconchado pedestal.

Empezó a reírse sin ton ni son.

—¡Bueno, al fin y al cabo has perdido! —dijo con sorna—. ¡Tú no apostaste que la Dama Fortuna había dejado de sonreírme, en cuyo caso habrías obtenido una justa victoria; tú dijiste que su rostro ya no se volvía hacia mi trono!

—Es verdad.

—Entonces...

—Entonces he ganado. —Lo invitó con su báculo—. Adelántate, examina esos trozos de piedra que he arrancado del muro.

Vacilante, y avergonzado ante la idea de que lo juzgara un cobarde, el Señor Fellian obedeció. Removió escombros mientras tosía a causa del polvo que sus dedos levantaban y encontró suaves piedras cinceladas que no tenían la plana forma sesgada de un omóplato...

—Hubo una tormenta —dijo el viajero, didácticamente—. La figura rodó y se estrelló en la calle. Según la tradición ¿no es así? todo aquel que mirase a la Dama Fortuna debía morir. Ahorra el aliento que gastarás en una respuesta. Sé que tus esbirros arrojaban en la plaza del mercado a aquellos que no te caían en gracia, aduciendo que sucumbían por haber mirado a la Dama Fortuna.

«Por lo tanto, nadie reconoció los fragmentos. Cuando tú ordenaste a los alarifes que reunieran el material necesario para levantar este muro en lo alto de tu hermosa torre, juntaron todo cuanto pudieron encontrar, e incrustaron en el muro los fragmentos de la estatua, en forma tal que la nuca estaba detrás de tu trono».

—¡Pero eso no es justo! —chilló Fellian—. ¡Tú siempre lo supiste! ¿No es verdad?

—¿Quién eres tú para hablar de «justo» e «injusto»? —replicó vivamente el viajero—. ¿No te oí ayer mismo acaso prometer recompensar a Achoreus incrementando su apuesta en un envite que sabías, gracias a tus espías, estaba ganado? ¡Calla! No estoy aquí para discutir, sino para reclamar mi ganancia.

Apuntó a Fellian con su báculo, y entonces, aferrando con una mano un

fragmento de la estatua, la otra lanzando zarpazos al aire como si pudiese metérselo a puñados en los asfixiados pulmones, el vencedor supremo de todos los Señores de Teq partió hacia la nada.

Poco después, cuando descubrieron el cadáver, aquellos que fueran sus vasallos empezaron a disputarse por el reparto de los bienes que había dejado, en suma, todas las riquezas de la ciudad y sus alrededores.

—¡Yo me quedaré con la tesorería! —gritó Torquaida—. ¡Es lo que me corresponde!

Pero un joven y vigoroso amanuense lo derribó con un candelabro de oro. Y su viejo cráneo se rajó de lado a lado como una cáscara de huevo.

—¡Si no puedo conseguir nada más, me quedaré con el botín que el Señor Fellian me birló! —juró Achoreus, y partió en busca de la doncella Viola. Pero resbaló en un pulido escalón de mármol a la entrada del gineceo, y cuando se recobró del golpe en la cabeza, la joven se había despertado y huido.

En cambio, el palafrenero que atendía a Viento del Oeste, al enterarse de que su amo era al fin y al cabo un perdedor en el juego de la vida, ensilló el caballo, suspirando.

—Por lo menos me merezco esta pequeña recompensa —murmuró, y abrió la puerta del establo.

Más tarde, en Barbizond, ofreció los servicios del padrillo para cubrir a algunas yeguas en celo, y con las crías instaló una caballeriza propia.

Asimismo el halconero, al conocer la noticia, llevóse el azor campeón y se dirigió al campo para ganarse allí la vida como pudiera; perdió al azor haciéndolo atacar a un águila que había robado a un niño, una lucha que el águila no podía menos que ganar. Pero el niño era el único hijo de un rico terrateniente, y en prueba de gratitud nombró al halconero administrador de sus feudos.

También el cocinero tomó un tizón de bajo del caldero y salió por un pasaje secreto que partía del fondo del asador de bueyes. En aquel pasadizo se torció un tobillo con un objeto rectangular abandonado en el polvo, y a la lumbre de su tizón descubrió que era el libro que se daba por desaparecido titulado *Del Vigor de los Caballeros*, con el cual —decía la leyenda— el Conde de Hyfel, fundador de Teq, había aprendido la ciencia galante que le permitió conquistar y desposar a veintisiete doncellas. Con las recetas contenidas en ese libro abrió un bodegón y desde una veintena de ciudades a la redonda los amantes rechazados peregrinaban, a través de montañas y valles, para servirse de sus mixturas sin par.

En medio de todo este ir y venir, los cautivos de Wantwich se contentaron con encontrar el camino hacia la libertad, al calor del sol de la mañana.

IX

Al llegar a la aldea, los pobladores se sorprendieron un tanto al descubrir que el estanque cercano al vergel, que hasta donde podían recordar siempre fuera plácido, era ahora de una turbulencia inexplicable. Sin embargo, a medida que los trabajos de reparación progresaban —nuevos techos y persianas, nuevos portones y cercas para reemplazar los destrozados por las tropas de Teq— esa anomalía fue desapareciendo. Antes de que la nueva cerveza estuviese fermentada, antes de que las nuevas barricas quedasen terminadas, antes que Jarge el Violinista tuviera un nuevo instrumento, el agua había vuelto a su estado natural.

Y el día que —con atraso— Leluak llevó de la mano a su desposada para iniciar la tradicional danza nupcial, a la sombra de un sicómoro, una persona envuelta en una capa negra sonreía con benevolencia.

—¿No era astuto, Horimos? —dijo en voz muy queda al ser elemental aprisionado bajo las aguas—. ¿No fue ingenioso corromper el pensamiento de hombres racionales para arrastrarlos al azaroso camino de un jugador que carecía incluso del peligroso saber de un hechicero cuando maneja arbitrariamente las fuerzas del caos?

Inadvertido por todos excepto por el viajero, el estanque dejó escapar una burbuja impregnada del fétido gas de un pantano, que acaso tuviera la intención de ser una respuesta.

—¡Cá-a... brrp... lia... brrp... te!

—Con mucho gusto, Horimos —murmuró el viajero y vació el pichel de la buena cerveza de Haring el cervecero, que le fuera ofrecido, al igual que a todos los viandantes en días festivos. Dejó la vasija sobre un tocón cercano, y la música se elevó en un alegre y frenético *crescendo*.

Cuando, recatadamente, la recién casada se acercó a saludarlo y a invitarlo a bailar con ella, no quedaba más rastro de su presencia que el pichel vacío.

CUATRO

Temido imperio

*¡Ve, Caos restaurado tu temido imperio!
Al estéril conjuro de tu palabra muere la luz...*

Pope: La Dunciada

I

—Buen día, señor —dijo cortésmente el campesino a la persona de negro que, apoyada en un báculo de extraña sustancia, los miraba izar y acarrear cubos de agua del Pozo del Ansar. El interpelado respondió al saludo, mas con aire ausente, preocupado, y nadie lo observó con el detenimiento suficiente como para poder reconocerlo en caso de volver a encontrarlo. Se hallaba, sin duda, sumido en profundos pensamientos.

Tan absorta era su actitud que ya el sol se había puesto por detrás del horizonte y los jóvenes y las buenas mujeres dedicados a recoger el agua se encontraban de vuelta en sus hogares disfrutando de una bien ganada cena, cuando el hombre de negro salió, por fin, de su ensimismamiento. Y fue para entablar conversación con un hombre que, bien arropado contra el frío del anochecer, arrancaba escamas de yesca del tocón podrido de un árbol, a corta distancia del brocal del pozo, y a medida que las recogía arrojábalas en una vasija de barro.

Viéndole acercar a las escamas una gavilla de crepitantes juncos, el viajero comentó:

—A juzgar por lo que veo, está usted, señor, en vísperas de viaje.

—¡Así es en verdad! —respondió el hombre, levantando la vista—. Debo ir a ver a mi hermana, que está a punto de parir un sobrino para mí; su hombre se encuentra ausente, y alguien responsable tiene que estar allí para ocuparse de los otros críos.

—¿Y esto es lo que utiliza como lumbre? —dijo el viajero, señalando con su báculo el tocón del árbol.

—Nada mejor podrá hallarse por estos alrededores —replicó el hombre—. Todos aquellos que deben viajar durante la noche lo aprovechan. Se mantiene encendido en medio de las tormentas más violentas. En realidad, se dice —y carraspeó como si se disculpase por insinuar que daba crédito a tales supersticiones— que está habitado por un espíritu vivaz, que preserva las chispas de cualquier albur. Si usted, señor, que parece forastero, piensa continuar su camino durante la noche, le aconsejo se provea de este material. Más de una vez mis amigos me lo han agradecido, pues pensando llegar a destino con luz de día, topábanse de pronto con un puente arrastrado por las aguas o con un vado intransitable.

—¿A qué distancia vive entonces su hermana? Todavía hay luz en el cielo, y han de faltar por lo menos un par de horas hasta que cierre la noche.

—¡Hmm! —dijo el hombre irguiéndose, mientras tapaba la vasija con las escamas de yesca y arrojaba la gavilla de juncos, que chisporroteó al caer en el suelo empapado por el agua que durante el día entero se derramara de los cubos sacados del pozo—. ¡No cabe duda que es usted forastero, señor! Debo tomar el camino que pasa por las cumbres de Cleftor y allí, señor, se lo aseguro, la noche cae rápidamente. Y a propósito, si me disculpa usted, debo darme prisa, aun contando con esto para

salvarme de la negrura impenetrable.

—Una última pregunta —dijo el viajero, e hizo un ademán con su báculo—. He visto a estas buenas gentes recorrer extenuadoras millas desde el pueblo para venir a llenar los cubos de sus parihuelas con ni agua de este pozo. ¿Se la considera acaso especialmente dulce?

El hombre rió entre dientes.

—Cuando se la bebe pura, no, no tiene nada de particular —replicó—. Pero, sabe usted, estamos en plena temporada de elaboración de cerveza y malta, y cuando se las prepara con el agua del Pozo del Ansar, por qué razón lo ignoro, uno se siente alegre y lleno de vida durante toda la noche, y a la mañana siguiente tiene la cabeza despejada y el estómago en paz. Si va a las tabernas del pueblo, asegúrese de que no le ofrezcan nada peor; suelen engañar a los forasteros con brebajes que ellos mismos no beberían.

—Gracias por el consejo —dijo el viajero de negro.

Al quedar a solas, meneó tristemente la cabeza. Antaño en este lugar Yorbeth, en su disfraz de árbol, rumiaba sus pensamientos mientras con la más larga de sus raíces sorbía el agua de un manantial milagroso. Y entonces aquel buhonero necio y codicioso... Pero el buhonero era mortal, no así Yorbeth, el espíritu elemental. ¿Y qué quedaba de él? ¡Este tocón, que suministraba yesca a los viajeros de la noche, y un pozo que cifraba su fama en sus virtudes para la elaboración de cerveza!

No había, empero, mucho de que asombrarse. Esta nueva concordaba en un todo con lo que había sabido durante este viaje, el postrero de tantos que emprendiera de acuerdo con el compromiso que pesaba sobre él. ¿El postrero? No era imposible, empezaba a creer, que fuese el postrero y último.

Por una vez había una ligera diferencia en el hecho de que este viaje fuese *este* viaje, y no el anterior o el próximo. Tan absoluta era, en el caos, la arbitrariedad del azar, que hasta los mismos contrastes le conferían uniformidad. Ahora había cambios verdaderos: y la desaparición de Yorbeth no era, por cierto, el más significativo.

Allá, en la lejana Leppersley, por ejemplo, ¡Farchgrind habíase convertido en una mascota doméstica! La gente seguía escuchándolo, pero lo conjuraban cuando querían entretener a los amigos y se burlaban de él cuando fanfarroneaba con sus promesas. Laprivan de los Ojos Amarillos había consumido su sustancia, cualquiera que fuese su naturaleza, y se había cansado de luchar contra el pasado. Las huellas de los pasos de quienes escalaban su colina persistían durante una hora o más.

Y Barbizond, a pesar de Sardhin, había corrido igual suerte que Ryovora. Los avances de la racionalidad habían desgastado a ese ser brillante, alojado en su nube nimbada por un arcoíris. Se aseguraba todavía que los cuchillos de Barbizond no perdían jamás su filo, pero el único hombre que se lo mencionó al viajero durante este viaje fue un sobrio granjero de Kanish-Kulya, y éste había empleado el mismo tono dubitativo del hombre que acababa de partir, el que se había sentido abochornado al referirse al espíritu que habitaba la yesca, tan eficaz para conservar la

lumbre.

El granjero era un hombre práctico que llevaba una vida plácida, y que se sorprendía de tanto en tanto cuando uno de sus rollizos y alegres labradores le presentaba algún improbable fruto de la tierra: un racimo de uvas que brillaba como metal pulido, un nabo que, partido en dos, mostraba las cavidades de un corazón humano...

Pero sus vinos eran dulces y abundantes, y en los asadores de su cocina nunca faltaban las carnes succulentas, de modo que no se tomaba el trabajo de meditar en los vestigios del pasado. Hasta la ascendencia de su hija política era motivo de bromas cordiales alrededor de su mesa. En otros tiempos, una familia kanishiana distinguida como la suya habría relegado al corral de los gansos a las muchachas kulyanas, por bellas que fuesen, o quizá honrado su belleza haciéndolas violar por una pandilla, si es que había a mano media docena de hombres lo suficientemente borrachos como para hacerlo.

Ahora, majestuosa en un traje de seda color durazno, una dama kulyana compartía sus cenas, mientras el heredero de sus bienes entrecrocaba con ella, amorosamente, su copón de vino, brindando una y otra vez por los tres apuestos muchachitos que dormían en los altos de la casa. Con nietos que crecían a pasos agigantados ¿qué podía importarle que los dientes de un rastrillo se clavasen en las órbitas de alguna calavera corroída por el tiempo? La guerra había terminado; el armisticio continuaba.

Así también en Teq escarnecían a la Dama Fortuna: la ofrenda que le presentaban era un cáliz colmado de escupitajos, arrojado al suelo cuando uno del grupo expresaba sus esperanzas de ver realizado un proyecto demasiado audaz.

A pesar de todo, su compromiso lo obligaba, y no estaba en su naturaleza el lamentarse de su misión. Siguió recorriendo caminos que ahora le eran extraños, y habló con mucha gente en muchos lugares, como por ejemplo en Wocrahin, donde una vez...

¡Memoria! ¡Memoria! ¡Nunca había previsto que ese imponderable que encadenaba la naturaleza fluida de la eternidad a la ordenada secuencia del Tiempo, pudiera, al igual que la edad, debilitar la voluntad! Empezaba, casi, a envidiar a los mortales...

No tenía importancia. En un suntuoso salón de banquetes un hombre engullía un pastel de lampreas: un gordo con un jubón color púrpura manchado de salsa. Con la boca repleta de mariscos y corteza, farfulló:

—¡Shi puiéamosh' acano' enshima tu mayye'tf...!

—Ah, sí —suspiró su mujer, acostumbrada a entender esa jerigonza: gorda ella como una marrana de cría, campeona aunque estéril, los enormes senos desnudos casi hasta los abultados pezones sobre un vestido recamado de canutillo, la cabeza parecía hundírsele en el cuello por el peso de la tiara cuajada de piedras preciosas con que se había engalanado, a pesar de no tener más compañía que la de los treinta escuálidos

sirvientes alineados en torno del salón.

—¡Si pudiéramos sacarnos de encima a mi madre! Repitió como un eco —cuando se hubo rociado garguero con un trago de vino—. ¡Oh, que bien viviríamos si nos librásemos de ella! ¡Se nos come la casa entera, la vieja bruja!

—¡She-nosh-come-la-casha enteyya! —coincidió el hombre.

Los vitrales de la sala de banquetes se abrían a la tibia noche estival. Del otro lado, observando la hilera de pordioseros que acudían día tras día —más por costumbre que por optimismo— a mendigar del cocinero las sobras, el viajero de negro escuchó la conversación y vio también a la madre de la dueña de casa, sucia y harapienta, suplicando desde las rejas del sótano donde se hallaba prisionera, se le permitiese compartir las migajas de los mendigos.

Golpeó el muro con su báculo.

—Como tú deseas, sea —dijo, y se marchó.

El techo de la sala de banquetes crujió a sus espaldas y en el término de un minuto liberó a la codiciosa pareja de todos sus problemas, sin excluir el de la vida.

Así también en Medham, una ciudad célebre por sus hermosas doncellas, un hombre sentado en una taberna, y que había probado a muchas, contaba lo experto que era en las artes de la seducción.

—¡Ah, si tuviera un cuartillo de cerveza por cada una, nunca más en mi vida estaría sobrio! —insinuó a sus oyentes, dando vuelta su faltriquera y descubriendo que no le quedaba un solo cuarto. ¿No se arrastró hasta mí la Dama Fretcha, diciéndome que la había arruinado de por vida? ¡Ja-ja! ¡Rogándome, palabra de honor literalmente rogándome, que le «devolviera la honra»! ¡Ja-ja-ja! Y luego la Dama Brismalet; hizo lo mismo ¡qué descaró! Y la Dama Thespie, y la Padovine... ¡Jo! Como digo, si tuviera un cuartillo de cerveza por cada una...

—Como tú deseas, sea —dijo su vecino, una persona de negro con un extraño báculo, y se puso de pie. Nadie advirtió su partida. Todos contemplaban boquiabiertos el espectáculo del donjuanesco fanfarrón, con el vientre hinchado como la cabeza de un marrano, vomitando repulsivamente porque no podía retener los veintiséis cuartos de cerveza.

—¡Bestia estúpida! —gritó un carretero en una aldehuela cercana a Acromel, y azotó a su caballo en los cuartos traseros con un látigo de alambre de púa. No obstante la violencia del castigo, el animal casi no sangró, pues su amo había utilizado el látigo tan a menudo que el lomo y las patas del caballo estaban cubiertos de cicatrices invulnerables. A pesar de todo, la desdichada bestia relinchó y tembló de dolor. Ante lo cual el hombre la volvió a castigar, y aún con más violencia.

—¡Ah, si tuvieras un poco más de seso! —rugió—. ¡Si aprendieras a no volcar mi carga en cada bache!

Siempre refunfuñando por la falta de inteligencia del caballo, se dirigió a la parte trasera del carro a recoger los costales de grano mal estibados que se habían caído.

—Como tú deseas, sea —dijo el viajero, y el caballo se irguió sobre sus patas

traseras y volcó la tonelada de sacos de grano sobre el carrero agachado. Luego mascó inteligentemente los jaeces que lo aprisionaban y se marchó, para disfrutar del lujurioso pasto de las tierras altas y vagar en libertad.

—Si es usted tan amable, señor —dijo un chiquillo de unos diez o doce años, que hurgaba un seto vivo cerca de la aldea Wyve— ¿son estas plantas venenosas o comestibles?

Y sometió a su inspección unos hongos parduscos y tersos.

—Comestibles —repuso el viajero—. Puedes hacerlos fritos.

Con un mohín, el muchacho arrojó a un lado la seta.

—¿No te alegra el haberte enterado de que es comestible? —le preguntó el viajero—. Creí que estabas buscando alimento.

—No, señor —dijo el chiquillo. Su voz y su mirada parecían los de una persona de más edad—. Estoy buscando venenos para dárselos a mi madre; me trata con rigor y no me deja hacer lo que me gusta.

Lanzó un ruidoso suspiro.

—¡Ah, si pudiese reconocer al instante lo que es capaz de provocar la muerte!

—Como tú deseas, sea —dijo el viajero, y continuó su camino, dejando al niño hecho un mar de lágrimas, pues acababa de comprender que cualquiera sea la dieta que se elija, la muerte llega, tarde o temprano.

Así, tal como había sido previsto, el viajero continuó su camino zigzagueando hasta que lo sorprendió una noche más oscura que las otras noches en la ladera de Rotten Tor, donde descubrió por qué el honesto trabajador del Pozo del Ansar había buscado con tanto afán yesca para un viaje que duraba apenas una hora.

Y por qué la yesca debía provenir de un árbol que antaño se nutriera en un maravilloso río subterráneo.

Y también algo mucho más importante: por qué, cuando a su alrededor veía por doquier el triunfo de las virtudes vulgares y domésticas y la persistencia de sólo algunos vicios cotidianos tales como la pereza y la codicia —indicios certeros, si los había, del inminente fin de su misión— debía primero paladear ese nuevo y amargo sabor conocido por intuición, que se convierte en algo mucho más brutal.

Miedo.

II

¡Esta no era, en verdad, una noche como todas! A pesar de estar arrebujada en una excelente manteleta a cuadros, y tener las manos abrigadas con mitones, la mujer se sentía acongojada por lo impenetrable de aquella oscuridad, por el frío glacial que la mordía hasta la médula, a través de prendas nunca mejor tejidas. Tras ella, la niña Nelva, a quien no se había atrevido a dejar en la casa, estaba demasiado cansada —o demasiado entumecida— hasta para lloriquear.

Allá, en la lejanía, al menos, brillaba una chispa: la que le señalaba su punto de destino.

Pero al regreso...

Temblaba tan violentamente que los dientes le castañeteaban. El regreso era inevitable, tendría que afrontarlo. Inclinando la cabeza, aunque en verdad no había viento, se aferró a la mano de su hija, y apresuró la marcha.

Las luces rebrillaban fantásticamente en el pequeño negocio. Si alguien había sufrido por la imprevista llegada de esas noches tenebrosas al Páramo de Cleftor, no era por cierto Maese Buldebrime, dueño del lugar. Las lámparas resplandecían sobre el mostrador en forma de herradura frente a la puerta de entrada, y sobre los tablones de pino claro que hacían las veces de estantes, y que cubrían todas las paredes. Había incluso una lámpara encendida colgada en la otra puerta, la de tablones clavados a un sotuer y que daba paso a las habitaciones de la casa.

En algunas de esas lámparas ardían buenas velas de sebo, pero la mayoría eran de fétida grasa rancia. Algunas quemaban pabilos que flotaban en aceites límpidos y fragantes, pero eran escasas, y más escasas aún, entre las encendidas esa noche, eran las que se alimentaban de exóticos destilados aromáticos y esparcían no sólo una luminosidad levemente azulina, sino también un delicioso perfume. Estas últimas tenían recipientes a la altura de su contenido: alabastro, amatista y oricalco finamente cincelados.

A la intemperie podía hacer frío, pero las celosías de las dos ventanas que daban a la calle habían sido colocadas mucho tiempo antes, tan herméticamente selladas por tiras de cuero húmedo que la atmósfera del interior era más que templada. Ahora hacía calor, con todas esas llamas encerradas en transparentes tubos de vidrio, o globos de cristal coloreado, o diáfanos escudos de asta. La delicada fragancia de los más costosos se perdía en el hedor de la grasa derretida; y, no obstante los aceites sustanciosos que las alimentaban, las llamas parpadeaban, moribundas.

A pesar de todo, incluso ahora, los colores centelleantes hacían que las rústicas vigas del cielo raso abovedado se asemejasen a una lóbrega mina de carbón iluminada inesperadamente por un torrente que hubiese arrastrado a las profundidades un rayo de sol, revelando que también en la roca había piedras preciosas.

Sobre el mostrador una alta vela horaria, de cera roja, marcada a intervalos de una pulgada por franjas negras, anunciaba que las horas de labor del día estaban por tocar a su fin.

Bruscamente y al unísono las llamas inclinaron las cabezas, como los tallos de la cebada en un campo a merced de la tormenta, y desde la calle la mujer entró como una tromba, anunciada por el golpeteo de los zuecos sobre las losas del piso. Olvidando al instante su cansancio y su frío, la chiquitina Nelva prendida a sus faldas saludó con exclamaciones de alborozo a ese mundo maravilloso de luces de colores. Una pestilente ráfaga de cera quemada llegó al aire libre como el estertor de un moribundo, y una voz gritó por detrás de la mampara.

—¡Enseguida voy!

Despabiladora en mano, listo para apagar la vela horaria y las demás, el dueño del comercio hizo su aparición en un batín rígido por el sebo.

Rasurado el rostro, las rojas quijadas le relucían como si exudasen el mismo material con que comerciaba. Venía preparado para adular, esperando que su cliente fuese un miembro de la aristocracia, de los que solían venir a última hora de la noche a ver sus mercancías, ya que ellos estaban más dispuestos que el común de la gente a desafiar la oscuridad, pues para eso contaban con carruajes y palanquines cerrados.

Pero esa actitud desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Allí no había nadie más que una mujer de una pobreza indescriptible, que probablemente deseaba trocar fruslerías inútiles por una lámpara en lugar de comprarla con dinero contante y sonante.

—¿Qué desea? —preguntó con aire autoritario.

—¿Para qué habría venido hasta aquí si no fuera por una lámpara? —replicó con sequedad la mujer, y agregó entre dientes—: ¡Cállate, Nelva!

La pequeña obedeció, pero sus ojos redondos de asombro iban de una luz deslumbrante a la otra.

—¡Aquí tiene! —prosiguió la mujer, arrojando las monedas sobre el mostrador—. ¡Tres buenas monedas de cobre, como puede ver, y lo que es más, sin los bordes recortados! Necesitamos una lámpara que alumbre nuestra cena. La que teníamos está rota, y si pongo a Nelva lo bastante cerca del hogar como para que vea a la luz de la llama, el humo la hace llorar y las lágrimas resalan su comida. En nombre de la criatura, deme la mejor que pueda.

Se puso los brazos en jarras y dio un paso atrás. Recogiendo las monedas, Maese Buldebrime las estudió. Como dijera la mujer, eran perfectamente redondas y a la luz de la vela horaria emitían el legítimo resplandor rojizo. Mordió una, se encogió de hombros y se volvió hacia el estante de las lámparas más baratas.

—Esta es la mejor que puedo ofrecerle —dijo, eligiendo una—. Se la lleva o la deja.

La mujer la examinó con mirada astuta.

—¡Pero tiene una vela muy corta, ya ha estado encendida!

—Entonces, aquí tiene una nueva, y márchese con mis bendiciones —bufó el comerciante, tomando una vela al azar de una pila y guardando la gastada, para refundirla más tarde—. Por tres cobres es lo más que puedo darle. Y no lo haría si no fuera por su linda niñita. —Inclinándose por encima del mostrador, miró con interés a Nelva—. ¡Hmm! ¡Sí! Tráigamela otra vez dentro de tres o cuatro años. La pondré a aprender el oficio de candelera. Muchos hombres aceptarían gustosos casarse con una mujer que posea un oficio tan rendidor.

Envolviendo la lámpara en su manteleta, la mujer dijo con aspereza:

—¡Gracias, pero no, Maese Buldebrime! También nosotros allá lejos donde vivimos, en Rotten Tor oímos los cuentos sobre sus aprendices. ¿Así que las niñitas le gustan tanto como los muchachos?

El semblante del tendero se puso más encarnado que la más roja de sus lámparas.

—¡Fuera de aquí! —bramó y amagó arrojarle las tenacillas de bronce.

A pesar de todo, la mano que aferraba las monedas permaneció firme sobre el mostrador.

Una vez más temblaron las llamas cuando, ante la perspectiva de regresar a la horrible oscuridad y al frío, la niña se resistió a la partida; pronto, no obstante, la madre la arrastró por el umbral y la puerta volvió a cerrarse con un golpe. Buldebrime permaneció largo rato echando un humo tan pestilente como la más ordinaria de sus velas, luego logró dominar su furia y fue a atrancar la puerta de entrada. Hizo la recorrida con el despabilador y por último se refugió en su acogedora sala, dejando la tienda iluminada tan solo —a través de una lucerna— por el lejano resplandor de la conjunción de cuatro planetas significativos que descendían girando desde la línea cenital.

III

—¡Insólito —decidió el viajero—, realmente insólito!

Inmóvil, meditaba al pie del Rotten Tor, una cresta amenazadora y tan deleznable que ni las cabras podían escalarla sin riesgos, la mirada fija en lo que una larga experiencia le decía era la dirección del Valle de Cleftor. Suponiendo que el valle entero yaciera siempre a la sombra diurna de las Montañas ¿no debería estar ahora alumbrado al menos por el resplandor de las estrellas? Y, además, ¿no estaba la luna acercándose al plenilunio?

Sin embargo, la oscuridad era tan impenetrable que sólo un grito podría rasgarla... ¡o un alarido! Como el que acababa de escuchar, traído por el eco, dividido en dos: comenzando por el grito de una criatura, seguida por otro en un tono más alto y más profundo, más angustioso.

—¡Oh, si estuviéramos a salvo en nuestra casa! ¡Socorro, si es que hay alguien por aquí!

El viajero no tuvo necesidad de ocultar su sonrisa; las tinieblas cumplieron esa función por él. Tanteando el camino con su báculo, circundó la ribera del torrente que al correr sobre las rocas regaba a la vegetación estival, y sus pasos fueron pronto escuchados por la mujer que había pedido auxilio.

—¡Ah! ¡Amigo, quienquiera que seáis! —Se aferró a ciegas a su brazo—. ¡Salvadme a mí y a mi hija, dadnos asilo!

—Yo no poseo ningún albergue por estos lugares —dijo el viajero—. Pero vosotras sin duda lo tenéis.

—¿Qué? —La mujer parecía perpleja; luego, repentinamente, se reanimó—. ¡Qué tonta soy! —Avanzó, a tientas, y pronto se la oyó golpear con los puños sobre tablones resonantes—. ¡En casa! —gritó—. ¡Oh, alabado sea!

Una puerta chirrió sobre goznes herrumbrados, el resplandor de un hogar puso de relieve los contornos de una sólida cabaña cuadrada construida originariamente con troncos y tablones, cuyo techo ahora desvencijado aparecía cubierto por un melancólico manto de líquenes gris-verdosos. La niña corrió y rodeó con sus brazos a un hombre que se levantó de una cama rodante, desprendiéndose de una raída manta de lana, pero que no pudo darles la bienvenida porque un acceso de tos le impidió hablar.

—¡Queridas mías, estáis a salvo! —exclamó con voz ronca cuando recobró el aliento—. ¡Oh, no debiste llevar contigo a Nelva!

—Tú estabas dormido —respondió la mujer, abrazándolo—. Y es tan raro verte dormir profundamente... ¡Ah, pero que olvido! Yarn, este caballero que está en la puerta: ¡él es mi salvador!

En respuesta a un ademán de la mujer, el viajero entró y saludó con una inclinación de cabeza.

—¡Me había perdido! —barbotó la mujer—. ¡Estaba tan oscuro...!

—¡Pero, cómo! —empezó a decir Yarn y un segundo acceso de tos lo interrumpió—. Pero cómo ¿no fuiste a comprar una lámpara?

—¡Verdad, verdad! A la tienda de Maese Buldebrime; aquí, señor —agregó, dirigiéndose al forastero, trajinando mientras hablaba, en tanto la niña y el padre se sentaban muy juntos sobre la cama—, póngase cómodo, y sea bienvenido. Me habría despeñado por la garganta si la suerte no lo hubiera puesto en mi camino, tan completamente perdida estaba a la puerta de mi propia casa. Disculparé la pobreza de nuestra hospitalidad, pero si no desdeña compartir nuestra humilde pitanza, podemos ofrecerle un caldo de legumbres y acaso un poco de pan, y...

—¡Pero comprar una lámpara y volver a casa en la oscuridad! —Yarn logró decir la frase entera de un tirón antes de que volviera a ahogarlo la tos.

—¡Ajá! —La mujer se detuvo en el centro de la habitación, donde la luz del hogar recortaba su silueta, y se plantó las manos sobre las caderas—. ¡Cuando vuelva al pueblo, lo que no le diré a Buldebrime! ¡Esa lámpara! ¡Esa lámpara! ¡Vedla!

La sacó de entre los pliegues de su manteleta.

—¿Acaso no la encendí para alumbrar el camino de regreso? ¿Y no empezó al instante a echar un humo más negro que la puerta de un hórreo?

Con un ademán brusco la acercó a su marido.

—Perdonará usted mi mal talante —dijo, dirigiéndose al viajero—. Pero no tener una lámpara en noches como ésta es más de lo que uno puede soportar. Es como si la oscuridad misma se colara por las hendidias sin remendar de la pared, empañando la lumbre del hogar. Y nuestros vecinos me dicen, Misia Blanchett y Misia Howkle y todos los demás: ve a lo de Maese Buldebrime, sus lámparas son las mejores, nosotros tenemos la nuestra y cuando cae la noche nos reunimos en torno de su cálido resplandor amarillo... . —Mientras hablaba, frotaba con su pañoleta el vidrio ennegrecido por el humo. Los troncos húmedos del hogar crepitaban, haciendo contrapunto a su cháchara.

—La volveré a encender, para que vean que no miento —dijo, y se inclinó para recoger una astilla de pino del hogar.

—Lo peor de todo —añadió mientras acercaba la llama al pabilo retorcido— me cobró con buenas monedas, no con un simple cubo de leche de oveja, o cualquier fruslería de la que pudiéramos prescindir. ¡Y me hace esto! ¡Señor! —Se volvió hacia el viajero— ¿no le parece que es criminal aprovecharse así de unos pobres infelices como nosotros?

Pero el viajero no le prestaba atención. Observando el tubo de la lámpara que, como anunciara la mujer, se enturbiaba a ojos vista, musitaba para sus adentros tristes palabras:

—¡Ah, Wolpec, Wolpec! ¡A qué has llegado!

En otros tiempos este desvaído ser de humo pegajoso había sido un espíritu elemental al que él —incluso él— veíase obligado a consultar de tanto en tanto. E

imponía condiciones para responder a las consultas, condiciones que él —incluso él— se veía forzado a respetar. Aquí y ahora, en el tubo de una lámpara común, aparecían caracteres retorcidos y borrosos semejantes a los que antaño expresaran verdades trascendentes... ¿Mas quién entre los vivos podía hoy dar fe del significado de tales mensajes? ¡Esas lenguas habían sido olvidadas por doquier!

Reparando en la actitud reconcentrada del viajero, la mujer se atrevió a preguntar: —Señor ¿no será usted por ventura experto en la reparación de lámparas...?

Luego, advirtiendo la intensidad de su expresión, cayó en un desconcertado silencio.

Algunas de las antiguas leyes, al parecer, aún tenían vigencia, pero su infraestructura debía de haberse resquebrajado, a semejanza de un edificio que, aunque se mantiene en pie, ha perdido trozos de mampostería de su fachada y es peligroso subir por sus escaleras. Pues esta lámpara estaba revelando igual que antaño, tres verdades, sin el arcaico y previo ritual obligatorio...

De las tres, la primera, incomprensible, en una variedad de signos que ninguna criatura de forma humana empleara jamás para registrar sus tratos con lo imponderable. Se había aventurado la hipótesis de que se referían al comercio de almas, pero esta era una mera conjetura. En todo caso, por ser una invención del caos, los símbolos tenían el valor que cualquiera quisiera adjudicarles.

Y se estaban borrando, y era el momento de volver a preguntar.

—¿Cómo caíste en esto? —pensó el viajero.

Ahora, la discutible, en un jeroglífico único semejantes a los que se veían en los altos obeliscos de Etnum-Yuzup antes de que esta metrópolis se disgregara, convertida en polvo en medio de rayos y centellas. Los Cinco Magnos Tejedores se habían vuelto autocomplacientes y ya no observaban los preceptos que ellos mismos se impusieron cuando fundaron la ciudad. Podía leerse en lenguaje llano; el viajero la leyó.

Uno dejará de ser.

Y ahora la verdad última, la ineluctable..., pero la pregunta debía ser correctamente formulada. En verdad, el viajero lo comprendió, era mejor que no fuese una pregunta sino una afirmación, una verdad significativa. La formuló mentalmente: «Tengo muchos nombres, pero una sola naturaleza».

El declinante ser elemental comprendió, y sobre el vidrio aparecieron los caracteres de un poema de Shen-i-ya Eng-t'an Zwu, quien durante mil años había permanecido sentado bajo un olmo sin que nadie pudiese decir si estaba vivo o muerto, tanto se había mimetizado con el mundo circundante.

*El humo
que en el aire se desvanece
nunca más vese.*

Vientos que en todas las edades extinguieran candelas suspiraron en la chimenea de la cabaña.

—Señor —dijo la mujer, ansiosa—. ¡Le ruego que no se tome tan a pecho nuestro insignificante problema!

—¿El no tener una lámpara no es acaso para vosotros un grave problema? —El viajero no levantó la cabeza.

La mujer suspiró.

—Bueno, señor, debo confesar que sí lo es. Pues comer cerca de la lumbre y aspirar el humo es malo para mi pequeña, y sobre todo para Yarn, mi hombre, con su enfermedad del pecho... ¡Había anhelado tanto tener una lámpara nueva que diese buena luz, clara y brillante!

—Como tú deseas, sea —dijo el viajero, no sin pesar.

Sopló la llama. Cuando le limpió el vidrio y la volvió a encender, esparcía una agradable y clara luz amarilla.

Wolpec era pequeño, pero sabio; para aprisionarlo, bastaba una vela. Fegrim era enorme, y yacía bajo una montaña. Pero el viajero había visto ahora, en medio de los mellados picos de Kanish-Kulya, a su volcán dormitando bajo un manto de nieve, allí donde otrora brotaran humaredas de una milla de altura. No había remolinos que turbaran el estanque de Horimos, y al cabo de eones incontables el río Metamorphia había modificado esa naturaleza que antes poseyera de cambiar las cosas. Las mujeres lavaban sus ropas en el manantial de Geirion, y la aberrante canción que Jorkas acostumbraba entonar se había convertido en una nana de palabras pueriles para adormecer a los bebés felices que descansaban en cunas de mimbre. Hasta los más poderosos: Tuprid y Caschalanva, Quorril y Lry, si uno los nombraba, la gente preguntaba: «¿Quién?».

Habían partido, para agitarse, impotente, entre las estrellas, y arrojar de tanto en tanto a través de la noche, fútiles lanzas de llamas... que descubiertas por los enamorados de manos entrelazadas, hacíanlos exclamar con alborozo: «¡Mira, una estrella fugaz, pronto, un deseo! ¡Pidamos una pronta boda y una larga dicha!». Y se besaban, y la olvidaban al instante.

Salvo aquí, y ello era muy extraño. ¡Inquietante! En la campiña de Cleftor todo era en verdad tal como se lo habían descrito: se hubiera dicho que las tinieblas de la noche se infiltraban a través de los muros y empañaban la lumbre. Aquí las llamas eran de un rojo mortecino, y apenas calentaban. Esto no ocurría con la nueva lámpara, pero había razones para que así fuera.

Sería prudente, pensó el viajero, contemplar el amanecer.

Por lo tanto, disolviendo una de las fuerzas que cuajaban los haces de luz de su báculo, se abrió paso en silencio a través de la cabaña, abandonando el tibio vellón que le habían dado para abrigarse. A la intemperie, los hedores mefíticos de la hora postrera de la noche eran sofocantes, como si todas las casas del valle hubiesen mantenido un fuego encendido la noche entera para defenderse del manto de

oscuridad, y todo el humo se hubiese aglomerado en una miasma pestilente. Hasta el haz de luz de su báculo sólo alumbraba un paso o dos más allá de sus pies.

El oficio de candelero debía de ser en verdad lucrativo en estos lugares.

Es que esta oscuridad no era fácil de definir. No era humo, aunque ahora también mezclábase a ella abundante humo. No era niebla, pegajosa y opaca, y sin embargo limpia, pues está formada por diminutas gotas de agua. Tampoco era nube, que es de la misma sustancia. Era... bueno, era lo opuesto a la claridad.

Cuando llegó la aurora, demorada según los cálculos del viajero, se comportó, además, de una manera muy singular. En lugar de adelgazarse y disiparse, como debe hacerlo la noche cuando sale el sol, se reconcentró, desnudando palmo a palmo la campiña, como si se pudiera hacer fluir cuesta arriba el espeso alquitrán. Y cuesta arriba se dirigía, saliendo del valle y ascendiendo hacia las melladas cumbres de Cleftor. Y allí, en un punto casi inaccesible a la mirada del viajero, se amalgamó en algo así como una bola, un cono espiralado, una voluta..., la nada.

Sin embargo había dejado, en cada palmo de terreno donde se había posado, un aura melancólica de presagios funestos.

Siguiendo los caminos habituales, dio más tarde con algunos niños que, enviados a jugar al aire libre, con displicencia arrojaban guijarros a un blanco burdamente dibujado en el tronco de un árbol, sin importarles al parecer si hacían centro o no, pues ninguno de ellos contaba los tantos.

—¿Quién reina en esta comarca? —preguntó el viajero, y uno de los niños contestó.

—Creo que se llama Garch, señor. ¿Quiere que vaya a casa y le pregunte a mi madre? Ella ha de saber.

—Gracias; con el nombre me basta —dijo el viajero.

IV

Durante el plenilunio, Garch, Barón de las montañas Cleftor, celebraba ciertas audiencias que diferían notablemente del curso habitual de sus ocupaciones cotidianas. Un día antes de la luna llena, no hablaba con nadie, y se encerraba en sus habitaciones privadas a estudiar concienzudamente tomos voluminosos y deleznablez pergaminos; nunca se sabía con certeza —ni siquiera sus consejeros y mayordomos principales— si al día siguiente podría reanudar sus audiencias normales, en su gran salón embaldosado con losas de crisoberilo.

No obstante, sus dominios eran envidiados en todos los confines de la comarca; cosa improbable bajo todo punto de vista. Aunque en su mayor parte eran rocosos y su suelo poco fértil, sus vacas eran famosas por la grosura y el sabor de su leche. A pesar de que sus raíces eran superficiales, a menudo plantadas en meras grietas, jamás un bosquecillo dejó de rendir nueces y frutos para preparar con ellas confituras, hirviéndolos en miel. A pesar de ser un dominio poco poblado, con aldeas escasas y dispersas, sus habitantes eran altos y fuertes y procreaban hijos sanos; y lo que es más, las vestimentas que en otros lugares eran patrimonio de las grandes damas, podían verse aquí engalanando a la mujer de un granjero que conducía su calesín al mercado, o a su hija en un día de fiesta yendo al baile de bodas. El terciopelo y la piel de ante, la sammita y la felpa púrpura, eran vestidos con tanta naturalidad como las telas rústicas y sólo en las fronteras más remotas de los feudos de Garch —como por ejemplo en los alrededores del Rotten Tor— carecían las familias de cucharas de plata y vajilla de porcelana para agasajar a sus invitados.

Paradójicamente, pese a tanta maravilla, los pobladores de este distrito no eran bien vistos. Se decía que eran demasiado astutos; se decía que hacer negocios con ellos era tan imposible como parar a una anguila sobre su cola. Se insinuaba además que era preferible no permitir que una hija desposase a uno de ellos, por próspero que fuese, pues al poco tiempo el único interés que la joven mostraría por su familia sería el de aprovecharse de ella lo más posible, y que se convertiría, al igual que sus vecinos, en una mujer parca de gesto, dura en el mirar y enamorada del dinero.

No obstante las habladurías, las visitas eran frecuentes en la mansión de Garch, con fines de comercio. Notable entre éstas, acudía siempre, durante el segundo cuarto de la luna, una clase muy especial de mercaderes, que no traían mercancías convencionales, sino ideas, y tesoros, y reliquias —siendo esta la época del mes en que el barón se mostraba más dispuesto a recibirlos.

Pocos de ellos pasaban, sin embargo, el feroz interrogatorio inicial de sus consejeros; las penas aplicadas por malgastar el precioso tiempo del barón eran severas, y los solicitantes de audiencia debían pasar previamente por este tribunal de inquisidores. Todas las mañanas se reunían en una antecámara del gran salón con un escriba y un pagador provisto de un arca de monedas, y examinaban uno por uno a

todos los que acudían a comerciar. A menudo, la tarea era rápida y simple, pues se trataba de mercancías comunes fáciles de tasar, como por ejemplo tapices, ungüentos o artesanías finas. Estaban también aquellos que ofrecían servicios, expertos tallistas, sastres o remendones de calzado, ansiosos de exhibir en sus talleres la insignia que los señalara como proveedores de su señoría; a estos se les permitía invariablemente probar fortuna por un menguado estipendio fijo —o, en caso de que fracasaran la primera vez, por nada— siendo luego conchabados bajo contrato si sus talentos eran reales. Uno de estos había sido antaño Maese Buldebrime, y ahora abastecía de lámparas y velas a la mansión, y mes tras mes subía afanosamente desde el pueblo con una selección de su más escogida mercancía.

Otras veces, en cambio, el proceso era más lento; requería interrogatorios, y eran los más audaces y aventureros de los visitantes los que estaban destinados a soportarlos. Unos pocos de éstos estaban hoy presentes.

Los consejeros de confianza de Garch eran tres. En una silla de alto respaldo de huesos de caballo con chaveta de bronce y tapizada con almohadones de plumón, Roiga, vieja y decrepita, estaba sentada a la izquierda. A la derecha, sobre marfil laqueado, mullido con cueros enteros de ovejas, sentábase Dama Scail, la hermana de Garch. Y en el centro, desdeñando el lujo, presidía el tuerto Runch en un vulgar taburete de contador. Vestía de verde; Roiga de pardo; y la Dama Scail de amarillo. Todo el resto de la habitación era de un gris estéril.

—Que pase el primero —dijo Runch con un ladrido, y los diligentes criados introdujeron a un hombre que vestía el ropaje de los shebyas, mercaderes ambulantes cuya patria en la Isla de Sheb había vuelto a convertirse en selva amarilla; nadie sabía a ciencia cierta por qué, pero se sospechaba algún hechizo.

Quitándose el gorro, colocó frente a Runch un objeto en un saquito rosado.

—Vuestras señorías, os traigo una rara reliquia, de una ciudad sumergida en las profundidades del Lago Taxhling. Si contara con el oro necesario para financiar tamaña expedición, contrataría buceadores —que como sabéis abundan en esas regiones donde se recoge la madreperla— y haría rastrillar el fondo fangoso para obtener, más allá de toda duda, muchos otros artículos prodigiosos. Tosió por detrás de la mano y bajó la voz—. Supongo que será superfluo mencionar que los habitantes de esa ciudad, que estoy persuadido admitiréis es mejor no mencionar en alta voz, poseían conocimientos de una singularísima naturaleza.

Runch observó la reliquia, que no era más que la oxidada hoja de un hacha. Dijo, haciéndola a un lado:

—No puedes mencionar la ciudad, porque no existe. Lo que traes es parte del cargamento de un barco hundido por la tormenta. ¡Retírate!

—¡Pero su señoría... su gracia... su alteza...! —protestó el hombre. La vetusta Roiga chasqueó los dedos huesudos, y un sirviente obligó al hombre a marcharse precipitadamente.

—El siguiente —dijo la Dama con una voz semejante a un crujir de hojas secas.

Entró un hombre que barrió el piso con una capa azul al inclinarse en una reverencia.

—Yo, damas y caballero —anunció—, adquiriré un libro en Pratchelberg. Careciendo de habilidad para leer la antigua lengua en que está escrito, pensé en traerlo a vuestro barón, por ser el más renombrado, el más experto, el más...

—No gastes saliva —murmuró la Dama Scail, luego de haber hojeado una media docena de páginas—. Este es un texto corrompido, y de todos modos mi hermano tiene un ejemplar mejor.

Protestando en voz tan alta como su predecesor, el hombre de la capa azul emprendió una forzosa retirada. A son de sus lamentos, se acercó un tercer suplicante, ofreciendo una pelotita peluda.

—Este objeto único —declaró—, habla cuando se lo estruja con suavidad, grita con una vocecita chillona. Según se dice, creció en las ramas de Yorbeth y desembolsé la mitad de los ahorros de mi vida para poder traerlo al Barón Garch.

Roiga la tomó y escuchó su grito. La hizo a un lado con menosprecio y dijo:

—¡Ja! Sí, como no, habla... ¡al bombear el aire a través de dos cañitas idénticas! ¿Y sabes lo que dice? Dice; «¡El hombre que me compró es un tonto!».

—¿No aprenderán nunca? —murmuró la Dama Scail, mientras también a este hombre lo hacían salir a paso de rana. Había tomado un trocito de esmeril y se limaba las uñas rojo-sangre. ¿Quién falta... alguno?

Y había una joven.

De pronto se captó en el aire un hormiguelo eléctrico, y Scail abandonó la lima de esmeril y Roiga se aferró con sus viejas manos descarnadas al firme borde de la mesa y Runch aseguró su equilibrio en la banqueta. La joven se detuvo ante ellos vestida con un ancho sombrero, calzones de piel y una camisa negra de malla. Durante un largo rato hubo un silencio total.

Luego, por fin, avanzó para colocar frente a ellos un paquetito envuelto en pergamino y atado con una cinta blanca. Dijo:

—Especias.

Los tres consejeros aspiraron al unísono, y fue Roiga la que por fin habló:

—Vantcheen ¿sí?

La muchacha asintió. Era delgadísima, como si un esqueleto hubiera sido vestido con su piel, pero sin la grasa y los músculos que recubren los huesos, y sus ojos ardían como ascuas.

—¡Di tu precio, entonces! —gritó Runch.

—Ah, sí. Precio —la joven tamborileó sobre un diente afilado con un dedo más afilado aún—. Plata, entonces. La cabeza de un martillo. Tres onzas de peso.

Los tres consejeros se pusieron tensos. Dama Scail dijo:

—¿Y con respecto al mango...?

La muchacha meneó la cabeza imperceptiblemente y esbozó una sonrisa más imperceptible aún. Dijo:

—Agradezco la oferta, pero el mango ya me... mm... ya me lo han regalado.

—¡Oh, pero eres tan joven —exclamó Roiga— y sin embargo ya tan hábil!

—Gracias otra vez —murmuró la muchacha, y se volvió para marcharse.

—¡Aguarda! —gritó Dama Scail—. ¿No deseas hablar con mi hermano el barón?
¡Hace mucho tiempo que no hemos visto por aquí a nadie tan apto!

—Si las constelaciones son propicias al encuentro, ya conoceré al barón —dijo la joven con soltura, y tomó de manos del escriba su orden de pago, autorizando al herrero mayor de la mansión a forjar la cabeza del martillo de plata.

Durante un rato reinó un profundo silencio luego de su partida. El mango de ese martillo tenía que ser cartilaginoso, y algunos, en especial los hombres, lo considerarían pavoroso...

Y muy tranquilos y muy satisfechos se disponían a levantar la sesión, ya que los otros suplicantes de audiencia eran gente común —querellantes por cuestiones de medianeras, o futuros padres políticos que acudían a determinar la dote justa de una novia— cuando del otro lado de la puerta se oyó el estrépito de una furiosa carrera y un griterío ensordecedor, y a la cabeza de una multitud de mayordomos, secretarios y doncellas, el señor en persona entró como una tromba en la antecámara.

Los consejeros contemplaron con asombro la furia ciega que se pintaba en su rostro, y se pusieron de pie.

—¡He sido estafado y engañado! —rugió Garch.

De ordinario era bastante petimetre, este opulento señor de feudos improbables pero ricos, mas ahora su barba y su pelo castaños estaban enmarañados, las cintas de su camisa color grana, desatadas, y sus finos calcetines de lana tramada le colgaban por encima de las botas. Para poner aún más de relieve su furia, golpeó repetidamente sobre la mesa, y estuvo a punto de desparramar la especia vantcheen.

—¡Registrad la mansión, cada uno de sus rincones y sus grietas! —vociferó—. ¡Y todas las tierras que la rodean! ¡Y si no aparece dentro de una hora, envid a buscar al timador Buldebrime y traedlo ante mí!

—¿Si no aparece qué? —contraatacó Scail, quien, por ser su hermana, podía con más libertad que los otros dos formular esa simple pregunta necesaria sin enfurecerlo más de lo que estaba.

Garch logró dominarse con gran esfuerzo, se acercó a su hermana y le cuchicheó al oído. Observando el cambio de expresión en su rostro, la servidumbre, de quienes pretendía ocultar los pormenores del hecho, dedujeron de inmediato que se trataba de un asunto de suma gravedad. Algunos entre los mejor informados sumaron dos y dos y cuando un momento después recibieron sus órdenes —ir en busca de todas las lámparas y candelas que pudiesen encontrar— decidieron que sería prudente buscarse otro señor a quien servir.

Al fin y al cabo, apenas faltaba un día y medio para el plenilunio.

Contrariamente al barón, Maese Buldebrime estaba de un humor de perlas. Recorriendo las habitaciones del fondo de su casa, que también hacían las veces de

tienda, taller y depósito, no apestaba a sus aprendices más que uno que otro coscorrón, en vez de utilizar el látigo de siete colas que llevaba colgado del cinto para los castigos más severos.

—¡Aquí hay once velas con casi el peso de doce! —Le ladró a una niña, que estaba encargada de transportar desde la hilera de moldes de cerámica los artículos ya terminados para pesarlos en la romana; pero tanto ella como el chiquillo que llenaba los moldes apenas si recibieron una palmada. Satisfecho al ver que se afanaban por recuperar la cera superflua para volver a fundirla, continuó su ronda.

—¡No tan pródigo con esa esencia! —Le gruñó a un muchacho que se dedicaba a adicionar perfumes, gota a gota, a la mezcla de aceites para las lámparas más caras—. ¿No sabes que viene desde Alraphand? ¡Hah! Estoy casi decidido a hacerte caminar esa distancia sobre este piso, para que se te grave bien en la memoria lo lejos que está. ¡Pero eso te llevaría varias semanas, y no os alimento y os visto a menos que trabajéis duro para ganároslo!

Y también ese aprendiz se zafó con un simple revés.

Persuadido por fin de que todo marchaba a pedir de boca en la planta baja, en lo referente a la elaboración, almacenaje y venta de sus productos, se dirigió al piso superior. Éste se hallaba dividido en tres amplios aposentos. Entró primero en su lujosa alcoba, donde se alzaba un lecho tapizado en cálida piel de oso, y donde una niña pulía con diligencia un enorme espejo de pared.

A ella no le dijo nada; a sí mismo se murmuró que era una lástima que estuviese destinada a complacer los deseos del Señor Garch. De lo contrario... .

De todos modos, sobre su casa no tenía que pesar ni la más mínima sospecha de escándalo. Si lo hubiera, la gente respetable dejaría de enviarle a sus hijos como aprendices, a él que no tenía esposa y ni siquiera una doncella a su servicio. Por esa razón, los otros dos aposentos de ese piso eran cerrados con llave durante la noche, y las llaves permanecían siempre en su poder. Uno para los muchachos, otro para las pequeñas, ambos casi idénticos, cada uno de ellos contenía montones de trapos sucios por el largo uso y artesas en las cuales al amanecer y a la caída del sol Buldebrime vertía cubos enteros de gachas para que los aprendices las lamieran. De tanto en tanto les concedía también desechos de tocino y las hojas exteriores de las coles: la experiencia le había demostrado que sin un mordisco de carne y un bocadito de legumbres los niños se ponían enfermizos... y por lo tanto poco rendidores. Renegaba por el costo, pero lo toleraba.

Había otra puerta en este nivel, y la abrió con la más pequeña de sus muchas llaves. Detrás de ella había un tramo de empinadas escaleras, apenas poco más que una escalera de mano, por la cual trepó. A pesar del esfuerzo que le requería el izar su voluminoso cuerpo hasta el tope, iba tarareando una tonada muy alegre cuando llegó a la buhardilla: un amplio y despejado recinto iluminado por dos lumbreras polvorientas, cuyo piso recientemente colocado, de tablas bien ensambladas, no crujía.

Abajo, aunque dedicados a sus tareas, los aprendices encontraron tiempo —como de costumbre— para cuchichear y hacer gestos de intención ofensiva. Un muchacho de catorce años, más audaz que sus compañeros, acostumbrado a recibir azotes por su tozudez, hurtó un trozo de cera más grande que un dedo y comenzó a modelarlo en forma de figura humana. A su lado, una niña que hubiera sido bonita a no ser por la agrietada cicatriz que una pinta del sebo hirviente de Buldebrime dejara sobre su mejilla izquierda, criticaba y comentaba la obra. Otros se congregaron para ver de qué se trataba, y sugirieron mejoras. Al poco rato la semejanza con el amo era inconfundible, y todos reían y se abrazaban alborozados.

Cuando el muñeco quedó a punto, lo ocultaron en una grieta de los tablones de la pared, para seguir divirtiéndose con él en otro momento.

Arriba, ignorando lo que sucedía, Buldebrime se acercó al centro de la buhardilla. Había allí un escabel y una mesa y sobre ésta una serie de libros encuadernados en cueros de extraña procedencia. También había un brasero y un armario de puertas talladas y cerrado con llave, suspendido de la viga maestra del techo. El lamparero lo abrió y sacó de él varios objetos pequeños: un manojito de plumas, un saco de hierbas y algunos polvos.

Observándolo desde las profundas sombras, el viajero de negro reprimió un suspiro. Detestaba a estos hechiceros furtivos, no sólo porque eran víctimas de la misma paradoja que perdiera a tantos de sus antecesores más distinguidos —deseosos de controlar el caos por el poder que ello podría proporcionarles, y ansiosos a la vez de no destruirlo al ejercer un excesivo control— sino también porque los juzgaba Ignorantes, descomedidos e inconsecuentes. Buldebrime parecía encarnar al prototipo.

No Intentó revelar su presencia. Si Buldebrime hubiera sido tan hábil como sin duda se consideraba, no habría necesitado que le dijeran que había una Presencia en la habitación.

Buldebrime preparó todos los ingredientes requeridos para el sortilegio que se proponía obrar, excepto uno de decisiva importancia: una sola vela. Y entonces, un instante antes de descubrir que la vela no estaba donde creía que se encontraba, se oyó un golpeteo atronador en la puerta de entrada de la tienda, seguido por un grito estentóreo.

—¡Buldebrime! ¡Buldebrime! ¡Abre, en nombre del Barón Garch de las montañas Cleftor!

El viajero meneó la cabeza y se alejó.

V

Había cierto paraje, tapizado de verde césped y salpicado de rocas tan pulidas que hubiérase dicho habían sido talladas expresamente para servir de asientos; desde allí se dominaba una hermosa vista de la mansión del barón, y estaba tan próximo a las aldeas aledañas que era fácil llegar hasta él caminando con paso indolente. En cualquier otra comunidad se hubiese podido predecir sin riesgo de equivocarse que en atardeceres hermosos como éste los lugareños se congregarían con frecuencia allí, llevando viandas y cerveza y posiblemente un tamboril y algunos pífanos, para disfrutar del paisaje y reflexionar acerca de la suerte que tenían de servir a un gobernante tan capaz.

Aquí en cambio la predicción más segura era que en las últimas horas de la tarde todos aquellos que no tuviesen obligaciones absolutamente impostergables que cumplir se habrían retirado a sus hogares, atrancando puertas y persianas en previsión de la caída de esa noche tan extraña que absorbía la luz de las estrellas y mordía los huesos con dientes malignos.

Y así era en realidad. Los últimos rebaños se encontraban en sus establos, las últimas majadas recogidas en los rediles, mucho antes de que el sol rozase las cumbres divididas de Cleftor. A medida que las sombras se alargaban, el aire se volvía más irrespirable, y el aura que había corrompido la atmósfera durante todo el día se cuajaba en un presagio de la inexorable oscuridad.

Sentado a la vera de un camino zigzagueante, con el báculo sobre las rodillas, el viajero contemplaba la mansión del barón. Era un edificio hermoso pero sin alma. Rodeándolo a modo de adarve, había una serie de bajos edificios exteriores de piedra gris, interrumpidos por un portalón y moteados de ventanucos. Estos edificios circundaban un patio sobre el nivel del suelo, cuya superficie embaldosada ocultaba mazmorras subterráneas y otras cámaras secretas, y en el centro de este patio se alzaba una torre o mejor dicho una pirámide truncada, cuyas caras descendían en declive hasta formar la base de un cono. Allí se encontraban los aposentos del barón. Coronando la pirámide truncada, había un blocao donde por turnos, una veintena de sordomudos atléticos esperaba la señal para ahorrarle a Garch el esfuerzo de subir escaleras, tirando de sogas para izar una suerte de palanquín afirmado a postes engrasados y que podían hacer detener en cualquier piso de la torre.

Mientras el viajero estudiaba la mansión, vio que la servidumbre colocaba antorchas junto al portalón, pese a que aún quedaban muchas horas de luz solar.

Por fin, una pequeña procesión apareció a la vista por detrás de la curva del camino. A la cabeza avanzaba a grandes trancos un hombre armado, que miraba con recelo hacia uno y otro lado. Lo seguía un personaje ataviado con el ropaje de los Shebya: gorro azul, casaca verde, botas negras y espuelas de plata. Iba montado sobre un palafrén. Luego seguía una muchacha vestida de rosa como los pajes, pero con

pechos demasiado exuberantes como para que se pudiera equivocar su sexo, llevando de las riendas la primera de una yunta de mulas de carga cuyas alforjas de madera estaban semivacías, y por último otro soldado guiando a la segunda mula. Este era un espectáculo común en todas las comarcas bien gobernadas; los shebyas eran los más grandes mercaderes de la época, y hasta los más pobres poseían por lo menos un par de bestias y un sirviente.

El jefe de este grupo no parecía, por cierto, hartado de su transacción más reciente, cualquiera que ella fuese. Cabalgaba con el ceño fruncido, y no era raro oírlo increpar con reprimendas a sus acompañantes.

Las redobló en fluidez y estridencia cuando, al divisar la figura vestida de negro a la vera del camino, el soldado de avanzada preparó su lanza para el ataque y gritó:

—¡Alto!

El palafrén obedeció con extraordinaria presteza, y poco faltó para que arrojara al camino a su jinete.

—Buen día —dijo el viajero con mansedumbre—. Señor, ¿tendría la gentileza de ordenarle a su hombre que retire esa punta demasiado acuciosa? Apunta a una porción de mi esqueleto que me interesa conservar intacta.

—Hazlo —ordenó el Shebya, e hizo una mueca—. Perdónelo usted —continuó, quitándose el gorro—, pero estamos todos muy alterados, como usted lo habrá notado, y muy irritables, como quien dice. Hemos salido bastante mal parados en nuestros tratos con este famoso barón, en quien cifrábamos, debo confesarlo, grandes esperanzas.

—Las alforjas de sus mulas parecen bastante ligeras de carga —murmuró el viajero.

—Oh, mercancías comunes que uno puede vender en cualquier parte. —El Shebya se encogió de hombros. Sus ojos perspicaces no se separaban del extraño báculo que el viajero empuñaba, y las lógicas aunque erróneas deducciones que formulaba mentalmente eran casi audibles. Pero... Bueno, señor, ¿puedo arriesgarme a adivinar que también usted se encamina a visitar a Garch?

—Esa posibilidad —concedió el viajero— no debe ser totalmente desechada.

—¡Eso pensé! —exclamó el otro adelantando el cuerpo sobre la cruz de su caballo—. ¿Me es dable suponer también que usted recibiría con beneplácito información con respecto a la pretendida buena voluntad del barón para adquirir... mmm... objetos extraños e intangibles a un precio respetable?

—Sería una torpeza negar —dijo el viajero— que han llegado a mis oídos referencias acerca de algunos de esos hábitos suyos.

—Entonces, señor, ahórrese la molestia. Dé media vuelta y huya de la noche que se avecina, pues, a decir verdad, las noches por estos alrededores no son de las acogedoras. Las historias que usted probablemente oyó son paparruchas sin asidero.

—¿Paparruchas, dice usted?

—¡Que sí! —El Shebya adoptó un aire confidencial: bajó el tono de su voz.

—¿No le traje por ventura un objeto de un valor inapreciable? ¿Y no tuve a la postre que ir a ofrecerlo de puerta en puerta, para que lo utilicen en piojosos hechizos caseros, en lugar de las solemnes ceremonias de un iniciado? ¡Qué haya tenido que ir a hacerle compañía a los escuerzos y a la sangre de pollo... uagh! ¡Pregunto yo! ¿No serían más apropiadas las huevas de dragón?

—¿Y era eficaz el objeto? —preguntó el viajero, ocultando una sonrisa.

El Shebya extendió las manos en un gesto de impotencia.

—Eso, señor, no soy yo el más indicado para juzgarlo. Baste decir que el día de mañana se sabrá; y para mayor seguridad, digamos, por si el comprador demuestra no ser lo bastante ducho en los conjuros como para extraer de su adquisición el máximo beneficio, me propongo poner distancia entre él y yo. Su expresión de enojo, quieras o no, fue reemplazada por una sonrisa; todo el mundo reconocía que, aunque bribones, los Shebyas eran por lo menos bribones simpáticos.

—Por lo tanto —agregó—, llévese de mi consejo. No vaya a ver a Garch esperando venderle algún artefacto o dato extraordinario o único a un precio capaz de asegurarle una vejez tranquila. Aparte de todo lo demás, la mansión está convulsionada. Alguien parece haber llenado de hormigas vivas la bragueta, por así decir, del barón y el señor desvaría como un hombre que ha perdido el juicio, ordenando que a todos aquellos que le desagraden los acorte en estatura por la cabeza sin lástima. Otra excelente razón para que me despida, cosa que, señor, si usted perdona la brevedad de esta conversación, me inclina a reanudar inmediatamente mi viaje.

Una vez que el Shebya y su cortejo se hubieron marchado, el viajero permaneció inmóvil. El aire se espesaba cada vez más. Ofrecía una tenaz resistencia a todo movimiento, como leche a la que se le ha agregado cuajo. Perdido en un alto crestón, un cabrito balaba desesperadamente llamando a su nodriza. Un frío que hubiera podido tomarse por una cruel escarcha aprisionaba a la tierra, y sin embargo no había en los charcos hielo quebradizo. El viajero arrugó el ceño y esperó un rato más.

Por sobre la alta torre de la mansión, la oscuridad sepulcral de la noche comenzó a tender sus alas, nubarrones compactos contra el cielo. Casi al mismo tiempo, hubo nuevos ruidos en la carretera que llegaban desde la dirección opuesta a la que habían tomado el Shebya y sus acólitos. Apareció a la vista un grupo de jinetes al galope, armados hasta los dientes, escudriñando, temerosos, la creciente oscuridad. Algunos habíanse equipado con antorchas y constantemente recurrían a la yesca y el pedernal.

En medio de ellos, amarrado de cara a la cola de un sucio pollino, iba Buldebrime gimiendo y chillando, las manos atadas a la espalda y su encerado batín convertido en andrajos.

Un poco a la zaga, incapaz de adaptarse al ritmo de la marcha, un furioso carretero maldecía a una yunta de yeguas frisonas que tiraban de un carretón cargado hasta el tope de velas, lámparas y bultos diversos con objetos de naturaleza indiscernible.

El cortejo en sí mismo hubiera podido parecer gracioso. Dadas las circunstancias que lo motivaban, el viajero sólo pudo considerarlo aterrador.

La oscuridad se expandía y sin embargo permanecía inmóvil. O más bien, crecía, segundo tras segundo, en nuevos lugares cada vez más alejados de la fuente.

VI

—¡Calma! —Por enésima vez la Dama Scail conminó a su hermano.

—¿Calma? —Le hizo eco él, remedándola—. ¿Cómo puedo tenerla? ¿No nos están abandonando, los traidores, no me están abandonando a mí que les he dado prosperidad en esta tierra yerma y ruda y los he convertido en la envidia de los habitantes de comarcas más ricas?

Era verdad; a cada minuto llegaban noticias de que algún servidor, soldado o mayordomo de confianza había huido subrepticamente de la mansión.

—¿Y no es esta noche, por añadidura —prosiguió—, víspera de luna llena? ¿No se está aproximando la medianoche de esta noche? ¿No tendré dentro de poco que practicar mi retiro ritual? ¿Y cómo podremos saber hasta dónde nos ha engañado Buldebrime? ¡Quizá calibró mal nuestras velas horarias, y así nos será imposible conocer la hora exacta!

Era imposible, por supuesto, realizar observaciones astronómicas en noches tan cerradas como aquella.

No obstante, su hermana volvió a increparlo:

—¡Necio! ¡Es preciso que conserves la sangre fría a todo costo! ¿Cuántos hechiceros no han corrido a su perdición porque un espíritu elemental se aprovechó de esta misma debilidad de su carácter?

Sudando a mares, tragando vaso de vino tras vaso de vino para infundirse coraje, Garch hizo todo cuanto pudo por complacerla, pues la razón estaba de su parte. Sin embargo, le era difícil controlarse. La mansión, y no sólo ella sino también toda la campiña circundante, estaba en ascuas. La escarpada cordillera de Cleftor bordoneaba una amenazante vibración silenciosa, como si uno de los seres elementales encerrado en una estrella errante hubiese descubierto la forma de transmitir el terror en un haz de luz, y obligado al lecho rocoso a dar la nota generatriz de una sinfonía de desastre, antes de la aparición de los instrumentistas.

Además, no es aconsejable que alguien que invoca a las fuerzas del caos preste atención alguna a la razón...

—¿Adónde está Roiga? —inquirió Garch repentinamente.

—Donde tiene que estar: preparándose, en tus aposentos.

—¿Y Runch?

—Hace un momento lo llamaron desde el portalón. Avistaron la patrulla que trae a Buldebrime.

—Entonces bajaré a las mazmorras —declaró Garch, y vació su copón—. ¡Debo ser el primero en saber qué es lo que ha hecho ese traidor!

En esta, al igual que en toda mansión de un gran señor, imperaba una rutina, una rutina que, a juzgar por las apariencias, se estaba respetando. En un rincón, entre dos retumbantes corredores, el viajero de negro tuvo la prueba palpable de ello.

Marcando el paso por las galenas al redoble de los tambores, llegaban las vituallas para la cena de los invitados: pasteles rellenos de faisanes tan enormes que dos hombres se tambaleaban bajo su peso, asados cuartos traseros de bueyes y cordero; seguíanlos azafatas portando jarras de vino y cerveza, y lacayos llevando finos lienzos de hilo colgados de los brazos y pajes provistos de aguamaniles y jofainas para que los comensales se lavaran las manos con aguas perfumadas, y arpistas, y flautistas, y un bufón enano. Este último avanzaba a los tropezones envuelto en un túnica demasiado larga, diseñada expresamente para que se pisara el ruedo y trastabillara con el consiguiente alborozo de la reunión.

Cualquier persona medianamente lúcida podía pronosticar que no habría mucho motivo de risa esa noche en la sala de banquetes. Las piedras con que estaba construido el edificio compartían las convulsiones incipientes del medio, y las nubes de polvo que danzaban a la luz de las antorchas eran más espesas que de costumbre.

Intermitentemente, desde los subterráneos del castillo, llegaban gritos.

Con toda prolijidad, con esmero profesional, el menos nombrado de los servidores de Garch —el menestral Humblenode, el torturador— había preparado el variado instrumental de su oficio: aquí, los látigos y grilletes, allá las empulgaderas; un poco más lejos, las tenazas, los cuchillos y los dogales; en el centro un brasero, junto al cual un sucio chiquillo manipulaba el fuelle de un herrero en un vano intento de hacer arder el combustible tan vivamente como se requería. También aquí, bajo el patio, donde sin cesar las paredes exudaban humedad, la creciente tiniebla de la extraña noche que devoraba la luz se hacía presente.

A la simple vista de los instrumentos de Humblenode, Buldebrime había caído en un lloriqueo pueril y sólo mucho después de la entrada del barón en la celda lograron hacerle pronunciar algunas palabras coherentes.

—¡No, no hurté ninguna de esas velas! ¡No sé nada de hechizos!

—Probemos con un fierrito al rojo —propuso Garch, y el Menestral Humblenode puso al fuego la herramienta adecuada.

—¡Tened piedad, tened piedad! —gritó Buldebrime—. ¡Juro por Orgimos y Phorophos, por Aldegund y Patrapaz y Dencycon...!

—Creí que no sabías nada de hechicería —murmuró Garch, y con un gesto ordenó a los ayudantes de Humblenode que extendieran al lamparero en el potro de tormento.

Pero a poco de serle aplicado el primer hierro perdió el conocimiento, y no bastó todo el arte de Humblenode para hacerle recobrar el sentido.

—¿Está Roiga probando las lámparas y velas que trajeron con él? —Se acordó de preguntar Garch, un poco tarde. Había impartido esa orden pero no verificado si se la estaba cumpliendo... aunque Runch y Roiga, eran, de todo su séquito, los que más tenían que perder si no acataban sus instrucciones.

—Ella me envía —anunció una nerviosa doncella, que trataba de no mirar el cuerpo exánime de Buldebrime, ni nada de lo que había en la celda—. Me ha

asegurado que acaba de probarlas una por una y que lo que buscáis, sea lo que fuere..., mmm... no está allí.

Garch se irguió en toda su estatura.

—Así que el lamparero traidor me ha jugado una mala pasada —murmuró—. ¿Se le podrá hacer recobrar el conocimiento para la medianoche?

—No con las artes que yo poseo —dijo Humblenode, contrito. Era la primera vez que decepcionaba a su amo, y se disponía a soportar el mismo tipo de tratamiento que él aplicaba.

Pero Garch giró sobre sus talones y se marchó.

En el rellano de la húmeda y ecoica escalera que llevaba a las mazmorras, se encontró con su hermana, acompañada por Runch y su séquito; sus medios privados de transporte vertical no llegaban, por razones lógicas, hasta ese nivel.

—¿Has tenido éxito? —exclamó Scail.

—¡He fracasado!

—¡Y la medianoche se aproxima! —murmuró Runch.

—Se hará lo que deba hacerse —dijo Garch—. Disponedlo todo para mi vigilia solitaria.

—¡Pero es que esta noche era imprescindible conjurar a Wolpec para pedirle su vaticinio sobre tu éxito final! —Bajo las múltiples capas de polvo y colorete, el semblante de Dama Scail palideció.

—¡Lo que ha de hacerse, ha de hacerse ahora mismo! —rugió Garch—. ¡Os guste o no! Contáis con la luz del día de mañana para huir, si tal es vuestro plan. Ahora, dejadme; el tiempo apremia.

Sin siquiera un abrazo fraternal, por no hablar de aquellos de otra especie que en tiempos pasados confirieran a sus actos cierta potestad, los hizo a un lado y siguió su camino.

Bajo la supervisión de la decrepita Roiga, los criados habían transportado una multitud de objetos a la cámara que estaba preparando. No tenía ventanas, por supuesto; el poco aire que allí había se colaba por las diminutas rendijas; y alrededor de cada una de ellas, en escritura minúscula pero bien perfilada había una inscripción en un silabario obsoleto. Tampoco había muebles, y sí en cambio colgaduras de cuero de cabra, hierbas pantaneras entretejidas y trenzas de doncellas asesinadas. Había un espejo en el centro del piso, que era un círculo tan perfecto como lo permitiera el arte del alarife, pero el cristal estaba rajado de lado a lado, y el viajero sabía qué martillo le había asestado el golpe: de cabeza de plata, cuyo mango era una porción de la anatomía de un hombre que poco tiempo habría sobrevivido para lamentar su pérdida. Sabía perfectamente que aún se practicaban hechizos de este calibre, pero en este caso se había descuidado por completo por lo menos uno de los preliminares esenciales.

Paciencia.

Nuez vómica y acónito; polvo de dragontea y huevas de mágil; malvavisco

acaramelado y pigmento de m \acute{u} rice; la especia vantcheen... S $\acute{ı}$, todos los indispensables elementos tradicionales. Excepto uno. Excepto aqu \acute{e} l que era m \acute{a} s importante que ninguno.

El viajero se ensimism \acute{o} en sus funestos pensamientos.

Luego, por fin, Garch hizo su entrada, p \acute{a} lido y tr \acute{e} mulo mas resuelto a no permitir que sus ac \acute{o} litos advirtieran la magnitud de su terror, dispuesto a officiar los ritos que se le exig \acute{i} an como se \acute{n} or de esta tierra que rend \acute{i} a m \acute{a} s frutos de los que correspond \acute{i} an a su naturaleza. Vest \acute{i} a la casulla color sangre de rigor; como era lo correcto, llevaba un zapato de cuero y uno de pa \acute{n} o; y seg \acute{u} n lo estipulado, llevaba el cetro, el orbe y el c \acute{i} ngulo; y los s \acute{i} mboles rituales hab \acute{i} an sido inscriptos, aunque torpemente, en sus palmas con \acute{i} ndigo y alhe \acute{n} a.

Entr \acute{o} por la puerta de fresno tachonada de bronce, que fue cerrada tras \acute{e} l con las trenzas de junco tradicionales: una a la altura de su cuello; otra a la altura del coraz \acute{o} n y la tercera a la altura de sus \acute{o} rganos genitales. Hecho esto, Runch, Roiga y Scail tuvieron forzosamente que retirarse. A menos que decidieran huir, en verdad, ma \acute{n} ana con la luz del d \acute{i} a, el proceso estaba en marcha y ellos se ver \acute{i} an arrastrados en \acute{e} l.

NI siquiera el huir podr \acute{i} a salvarlos.

En cuanto al viajero de negro, no ten \acute{i} a opci \acute{o} n. Esta era, intr \acute{i} nsecamente, una parte del compromiso que le fuera impuesto. A partir de ese momento, su obligaci \acute{o} n era permanecer. Aqu \acute{i} no se trataba de un insignificante conjuro dom \acute{e} stico, que uno pudiera tomar en broma si fracasaba y probablemente olvidarlo para siempre; tampoco era cuesti \acute{o} n de jugar ingeniosamente con el curso de los acontecimientos naturales, tal como lo hac \acute{i} an ciertos alegres hechiceros para paliar su aburrimiento; no hab \acute{i} a aqu \acute{i} un ritual del que fluyesen inmediatamente obvias ganancias, como los que officiaran los mercaderes hechiceros de anta \acute{n} o para brindar prosperidad a sus ciudades.

No, esas eran trivialidades que se pod \acute{i} an dejar de lado. Aqu \acute{i} , en cambio, trat \acute{a} bse de una ceremonia tan intrincada, tan gr \acute{a} vida de posibilidades y tan absolutamente desprovista de probabilidad que su nombre mismo, cualquiera fuese la lengua en que se lo pronunciase, provocaba estremecimientos en quienes lo o \acute{i} an sin comprenderlo. Aqu \acute{i} , en pie en la mansi \acute{o} n de un hidalgo eg \acute{o} latra urd \acute{i} ase una trama como jam \acute{a} s se viera desde la \acute{e} poca de los Cinco Magnos Tejedores y los Notorios Magisters de Alken Cromlech: la m \acute{a} s antigua, la m \acute{a} s arcana, la m \acute{a} s honrosa invocaci \acute{o} n de Aquellos Que... .

El viajero interrumpi \acute{o} bruscamente el curso de sus pensamientos. Un poco m \acute{a} s, y habr \acute{i} a pronunciado para sus adentros el nombre completo. Y si lo hubiese hecho, todo —todo—, absolutamente todo estar \acute{i} a perdido para siempre.

Si es que ya no lo estaba. Eso era lo que tem \acute{i} a.

VII

Dama Scail durmió mal esa noche, y cuando su doncella personal le tocó suavemente el hombro, hundió nerviosamente la cara en sus almohadas de raso.

—¡Tonta! —la increpó—. Pedí que me despertasen al alba. ¡Te haré cortar la cabeza por molestarme cuando es aún noche cerrada!

Y en verdad, un palio de oscuridad se extendía más allá de las ventanas.

—¡Pero señora! —murmuró la desdichada joven—, de acuerdo con nuestras velas horarias debiera haber amanecido hace una hora. ¡Y sin embargo el cielo sigue negro como la brea!

Dama Scail se incorporó, alarmada. Por las abiertas celosías comprobó la veracidad de las palabras de su doncella. Levantándose del lecho, exclamó, maravillada:

—¡Bueno... bueno, eso anuncia el triunfo, después de todo! ¡A ver, muchacha, ve a arrancar a Runch y Roiga de sus lechos, y diles que vengan a verme en seguida!

Cosa jamás vista, sin esperar a que le alcanzasen sus vestidos, arrojó a un lado su camisón y se enfundó con torpeza en una ajada camisa.

Despertada en forma similar, Roiga, llena de esperanzas, temblaba de emoción y felicidad. Había pasado décadas agotadoras prisionera de un cuerpo gastado, con las rodillas crujientes de reumatismo y ojos que le devolvían borrosas imágenes del mundo exterior. Ahora, bajo su pecho marchito su corazón latía como un tambor ante la perspectiva inminente de una juventud readquirida.

Lo mismo le sucedió al tuerto Runch; un hombre imponente aún en apariencia, despreciaba el lujo de sus compañeros y había adoptado los hábitos rudos y disciplinados de un soldado acostumbrado a dormir a campo abierto y a marchar todo el día bajo la cellisca y el granizo. Por lo tanto, a la noche descansaba en un simple camastro de tablas con una sola manta.

Pero durante los últimos años había fracasado cada vez más a menudo en sus intentos de satisfacer a las jóvenes que invitaba a compartir su lecho, hasta que a la larga, incapaz de soportar nuevas humillaciones, habíase habituado a dormir solo.

¡La esperanza de poder rectificar este...!

Sin embargo, estos tres —y quizás el propio Garch, aunque nadie podía decir con certeza qué estaba aconteciendo en su cámara secreta— eran las únicas personas en todas las tierras de Cleftor que encontraban algún motivo de regocijo al saludar el advenimiento de este extraño e inaudito... ¿día? Bueno, «día» debería ser, por lógica, y por doquier debieran verse los ajetreos de un día normal: los niños más pequeños jugando en las puertas de sus casas, los mayores en camino a sus escuelas con sus pizarras y lápices; los granjeros camino del mercado con sus parihuelas al hombro, cargadas de quesos y tocino, sus mujeres desplumando gansos o buscando huevos...

Pero en toda esta comarca, desde Deldale hasta Herman's Wynd, pasando por

Contrescarp hasta Ten Leagues' Stone, en Poultry Rock y Brown Hamlet y Legge, en Yammerdale y Gallowtree y Chade, en Swansbroom y Swingthrimbie y Slowge, la oscuridad se prolongó hasta cuando debió de brillar el sol del mediodía.

Y cuando por fin se hizo la luz, era una luz equívoca. Era el enfermizo resplandor del caos creciente, que desteñía todo color en una opacidad cenicienta.

Ahora las montañas se veían deformadas, semejantes a hongos mutantes; ahora los árboles, apenas visibles, se alzaban rígidos como parodias de sí mismos en un cuadro, y la casual disposición de sus ramas parecía sintetizar el vocabulario gesticular de ademanes obscenos tales como los que puede hacer un hombre con los dedos extendidos. Observando con regocijo el cielo cambiante desde el atalaya de la torre solariega, Roiga y Scail y Runch reclamaron por turno los mejores vinos, la más exquisita hidromiel, y los manjares más delicados que se pudiera hallar en las despensas, para celebrar anticipadamente el triunfo vislumbrado. Las tinieblas de la noche y de la mañana habíanse retirado hasta los confines de Cleftor, y ahora era como si se hubiese abierto un túnel, vertical hasta las fronteras del cielo, para que las criaturas del más allá pudiesen recuperar con toda pompa su primitivo estado.

Pero las camareras bostezaban y boqueaban y se frotaban las orejas mientras iban y venían, porque sentían una especie de sordera que por momentos se convertía en dolor, y en todas las bocas había un sabor a rancio que hizo que dos veces Runch acusara a una de las mozas de servirle vinagre en lugar de vino, y una pesadez invencible oprimía todos los cuerpos. Y sin embargo, esos tres fanáticos consejeros —y sólo ellos— fueron capaces de ignorar ese estado de cosas durante un tiempo, y de brindar una y otra vez en homenaje a las artes maravillosas de Garch, su barón.

Sólo cuando estuvieron tres cuartas partes borrachos repararon que había alguien más en el solar, aparte de los criados que habían llamado para que los sirvieran.

—¿Quién está ahí? —gritó Scail, y derramó el vino sobre su vestido al mirar por encima del hombro.

—¡Oh... oh! —gimió Roiga, y hubiera querido encogerse para meterse en un escondrijo.

—¡Preséntese! —bramó Runch, poniéndose de pie y desenvainando la espada que siempre llevaba.

—Heme aquí —dijo el intruso; la capa negra siseó mientras avanzaba al tap-tap de su báculo—. Guarde esa hoja, pues no le servirá de protección para el destino que os aguarda.

Runch titubeó, y la punta de la espada que esgrimía contra el pecho del viajero osciló de lado a lado. Dijo:

—¿Quién...?

—Aquel que tiene muchos nombres pero una sola naturaleza.

Un largo trueno estalló al instante. Dejando caer su copa de vino, Scail gimoteó:

—Pero yo creía...

—¿Sí? —El viajero suspiró—. Sí, puedo creer que hayas supuesto que mi

existencia era una mera superstición, y lo mismo ha de haber pensado tu hermano. De lo contrario, os hubierais ingeniado, como cualquier persona sensata, por sacar el máximo de provecho de lo que teníais a vuestro alcance. Y en cambio... ¿Sabéis quiénes esperan ser vuestros huéspedes?

Indecisa, pero fingiendo, por la vergüenza de su arranque de cobardía, una seguridad que no sentía, Roiga fanfarroneó:

—¡Claro que sí! ¿Acaso no hemos decidido convocar a Tuprid?

—Tuprid, el que sólo se solaza con la destrucción, aquél a quien he visto apagar una estrella con la misma indiferencia con que los hombres apagan una vela, para poder contemplar la lenta agonía de las criaturas de sus planetas al inmovilizarse en un huelo eterno. ¿Y quién más?

—¡Bueno, a Caschalanva, por supuesto! —exclamó Runch.

—El que al frío de Tuprid prefiere el fuego. Son antiguos rivales. Cada uno de ellos se esfuerza por superar al otro en crueldad. ¿Y junto con ellos?

—¡Quorril! —dijo Scail, y su voz sonó un tanto nerviosa, signo que si bien justificado, era algo tardío.

—El que devora almas —dijo el viajero—. ¿Y Lry?

Los tres asintieron en silencio.

—Para quien —concluyó el viajero—, el amor es odio; el que alimenta la discordia y la guerra. ¿Y tú crees que estos son los únicos que tu hermano ha invocado?

Hubo un segundo de silencio.

—Convinimos en que debía invocar sólo a estos —dijo por fin Scail—. Con ellos hemos hecho nuestro pacto.

—¡Pacto! —El viajero rió tristemente.

—¡Por supuesto! ¿Acaso no nos adeudan el peaje, por haberles abierto el camino de regreso hasta las regiones donde antaño reinaban? —Se había puesto de pie, y lo enfrentaba, desafiante—. ¿No tienen que estarnos agradecidos?

—¡Sí! ¿No es una bagatela que, a cambio de tan gran servicio, me restituyan la virilidad? —preguntó Runch—. Y...

—¿No me devolverán la juventud? —gritó Roiga.

En ese momento la tierra tembló bajo sus pies, como si sobre ella hubiese descendido de pronto un peso colosal, y el diálogo con el viajero de negro cayó en el olvido. Se precipitaron a las ventanas y escudriñaron, primero hacia un lado, luego hacia el otro, pugnando por captar cualquier indicio de lo que había descendido a la tierra.

—¡Oh, mi portentoso hermano! —gritó Scail—. ¡Por qué no poseeré siquiera la mitad de su talento!

—¡Bueno, bueno! —dijo el viajero, y repitió—: ¡Bueno, bueno! Como tú deseas, sea.

Ninguno de los tres lo oyó. Tampoco oyeron el último susurro que, surgido de los

muros de piedra, acompañó como un eco su retirada, y que parecía decir:
—¿Por qué no lo habré pensado antes?

VIII

Esta fue, por lo tanto, la forma en que los grandes de antaño regresaron al mundo. Y no fue muy de su gusto.

A solas en la saqueada tienda de Buldebrime, la pandilla de aprendices sintió, al principio, miedo y aflicción; luego, el muchacho que había tenido la idea de modelar el monigote intentó tranquilizar a los más pequeños sacándolo de su escondrijo, y al verlo calentar las extremidades para hacerle adoptar posiciones ridículas, se desternillaron de risa. La risa les infundió nuevos ánimos y los hizo volver a la rutina. Comieron, y como el amo no estaba presente para prohibírsele, se adueñaron de la casa, participando todos en juegos divertidos hasta que el sueño los venció.

Pero a la mañana siguiente volvió a aterrorizarlos la extraña, la inaudita duración de la oscuridad que envolvía a la comarca, y para colmo de males tenían hambre porque la noche anterior habían comido hasta el hartazgo las vituallas que encontrarán en la despensa. Para algunos, era la primera vez en varios meses que saciaban su hambre; y sólo habían dejado migajas.

Buscaron por todos los rincones, a la tenue luz de las velas que ellos mismos se hicieron luego que los hombres de Garch confiscaran las mercancías de Buldebrime, y lograron por último hacer saltar la cerradura que les impedía entrar en la buhardilla. En compañía de la chiquilla de la cara marcada, el cabecilla desafió los empinados peldaños de la escalera y contempló con asombro los libracos y chucherías místicas perdidos en las sombras.

—¡Ojalá supiera para que sirven todas estas cosas y pudiese utilizarlos! —dijo la niña.

El viajero, oculto en un rincón, pronunció unas palabras en voz baja.

En el frío cada vez más intenso de su cabaña cercana a Rotten Tor, la pequeña Nelva y su madre escuchaban angustiadas los accesos de tos que la gélida temperatura reinante arrancaba del pecho de Yarn.

—¡Oh, mamá! —gimió la niña viendo que el fuego se extinguía y no daba calor—. ¡Ojalá supiese lo que hizo el simpático señor de negro, para que la lámpara ardiera con una luz tan clara! ¡Haría lo mismo con la leña, y tendríamos calor!

El viajero volvió a pronunciar palabras inaudibles, y siguió su camino.

Atrapado por la increíble oscuridad en una posada miserable, el mercader Shebya se rascaba las picaduras de pulgas y discutía con el posadero, afirmando que quien ofrecía camastros tan duros y cerveza tan abominable no tenía derecho a cobrar un arancel decente. Por último, le gritó, enfurecido:

—¡Ojalá supiera cómo librar al mundo de una avaricia como la tuya, que le revuelve a uno el estómago de cólera! ¡Ojalá sólo tuviera que tratar con gente honesta como yo, gente que se rige por códigos y principios que exigen un estricto respeto por lo pactado!

Sólo exageraba un poquito; sin embargo, los Shebyas eran gente franca, todos estaban de acuerdo, aunque algunas veces una pizca de malabarismo mental les permitía sacar la mejor tajada en un negocio con alguien menos avisado.

Riendo para sus adentros, el viajero habló y golpeó la pared con su báculo.

Se preguntó cómo le estaría yendo al Barón Garch de las montañas de Cleftor.

Y la respuesta, para decirlo con pocas palabras, era... no tan bien.

Hasta él llegaron las potestades ante las que se había inclinado, fatigado de los largos conjuros, pero satisfecho pues todos le habían dicho:

—¡Primero veremos si has cumplido con tu palabra, y luego discutiremos sobre nuestro pacto!

Lo cual, de acuerdo con los libros en que depositara su confianza, era la respuesta más razonable que de ellos podía esperarse.

Así pues, en la noche inquietante, esperó, con la mirada turbia, que se hiciesen presentes, y por fin en el momento en que —según lo determinara una bien calibrada vela horaria, y no ninguna estrella visible— debía aparecer la luna llena, se levantó expectante de su incómoda postura en el piso, en el centro del espejo rajado.

Uno, uno sólo de los cuatro acudió, y en tal estado de furia que los muros se conmovieron y la cúpula de la torre tembló. Y se abalanzó sobre Garch, y no lo encontró.

Porque...

Ese espíritu elemental, Tuprid, el que apagaba estrellas, había ido a visitar antes que ningún otro de los lugares de sus dominios supuestamente recuperados, el que más se asemejaba a una estrella, la morada de la luz: es decir, la tienda de un lamparero. Y allí había encontrado, esperándolo, a una niñita con la cara marcada por una cicatriz, y a su lado a un muchachito que le oprimía la mano para darle coraje, canturreando ante una vela que habían encendido, desafiando las órdenes inexorables del visitante. Abajo, los otros niños lloraban, y la niña pensó en ellos, y redobló sus esfuerzos con el resultado que convirtió al gran hacedor de oscuridad en una masa de cera informe que se escurría sobre un libro encuadernado en piel humana.

Después de eso, repentinamente, pudieron verse las estrellas a través de la lucerna.

También el espíritu elemental Caschalanva, aquel que prefería el sabor del fuego al del hielo, había llegado por los escarpados valles hasta el pie de Rotten Tor, y una niñita que había deseado con desesperación hacer que los leños ardieran vivamente, supo, en un instante de inspiración, qué era, exactamente, lo que debía hacer...

Y en una posada donde las pulgas atormentaban a los parroquianos, el ser Lry, que fomentaba la discordia, se sintió atraído por la codicia que emanaba de ese lugar, y con una fuerza comparable a la de las tempestades irrumpió por la cordillera como por los tubos de un órgano. Por ser la codicia una de sus herramientas principales, se aferró a ella... y cuando ésta se disipó, pulverizada, lo arrastró junto con ella hacia la nada.

Entonces, al conocer la suerte corrida por sus compañeros, que eran mucho más que simples compañeros, Quorril regresó para decir que habían sido engañados, y —puesto que las almas eran su alimento— se apropió de la de Garch con un zarpazo de su humeante garra inmaterial que destrozó los muros de la cámara secreta. La alta torre de la mansión se derrumbó, y sus cimientos se convirtieron en lodo y arena.

En medio de las ruinas, con su último aliento, la Dama Scail lo maldijo por lo que le había hecho a su hermano y —estando ahora dotada, como lo había deseado, con la mitad del talento de Garch, y en especial aquella mitad que sometía más que liberaba a los espíritus elementales— Quorril interrumpió su vuelo hacia el cielo, y no tuvo más remedio que unirse a ella, y a Roiga, y a Runch, sepultado para siempre bajo el montón de escombros.

—Que allí descanse en paz —dijo el viajero, satisfecho, luego de contemplar lo sucedido desde el hermoso prado donde platicara con el Shebya.

—Y Buldebrime, y el Menestral Humblenode —ratificó una voz serena a su lado. No había esperado estar a solas en un momento como aquel; no miró en derredor—. Y muchos más.

—Y mucho menos culpables, Majestad —agregó—. Sin embargo, ninguno totalmente inocente. Dispuestos, por lo menos, a servir a un señor cuyo poder se originaba en el caos, cuando era evidente para cualquier persona con sentido común que ninguna fuerza mortal podía convertir este erial en un vergel. Dispuestos también a colocar a sus hijos como aprendices con amos que los mataban de hambre y los castigaban, so pretexto de hacerles aprender un oficio lucrativo...

Aferrado a su báculo con ambas manos se encogió de hombros. —Mas no tiene importancia —concluyó—. ¿Acaso todo no ha tenido un final lógico?

Hubo un silencio. También aquí reinaba la oscuridad. Pero era la oscuridad sana y natural de una noche de primavera cuando la luna se ha puesto: nada más.

—Un final —dijo la voz serena meditativamente—. Sí, quizá sea un final. Podría ser... ¿Sabes, amigo mío, que hay un detalle sumamente curioso?

—Decidme —invitó el viajero, que ahora sabía en todo caso qué había sido lo más importante que guiara su existencia. Sin embargo, había distintos grados de importancia, y hasta una nimiedad podía suscitar interés.

—De todas las cualidades con que te doté —dijo la voz—, la más poderosa ha demostrado ser una cierta elegancia ingeniosa. ¡Una... precisión, un sentido práctico de la economía!

—La he cultivado —admitió el viajero—. Teniendo una sola naturaleza, me era indispensable sacar el mejor partido de lo que poseía. —Señaló con su báculo el paisaje apenas visible—. Además ¿no fue esta practicidad de mi actitud mental lo que limitó las oportunidades de los grandes de antaño a estas pocas leguas de supuesto páramo?

—Sí, lo fue.

—¿Y no fue ese el verdadero propósito de mi existencia?

No obtuvo respuesta. Al cabo de un rato, el viajero dijo:

—Lo siento. Debéis de estar sufriendo una dolorosa pérdida.

—¿Yo? —Junto a él, Aquel Que le había asignado su misión, apareció, para ser testigo de este último encuentro, bajo la forma de una joven alta y extraordinariamente delgada, que sacudió, bajo un sombrero de ala ancha, los largos bucles de su pelo—. ¿La pérdida de otras naturalezas que eran mías? ¡No, nada de eso! ¿No es acaso el fin y propósito del universo que todas las cosas tengan, en última instancia, una sola naturaleza? Sé que es verdad, porque yo misma lo decreté.

Esto era lo que no habían comprendido en Cleftor: que Tuprid y Caschalanva, Quorril y Lry, y también Wolpec y Yorbeth y Farchgrind y Fegrim y Laprivan de los Ojos Amarillos, y todo el resto de los incontables espíritus elementales eran las naturalezas hermanas de Aquel Que había concebido una era en la cual ninguna criatura debía poseer más de una naturaleza... y había creado un personaje con muchos nombres como anticipo de ese advenimiento final.

Por consiguiente, la última naturaleza que a Aquél le restaba, habló con el viajero y parecía cansada.

—Aquí estoy, pues, amigo, para unirme a ti como los dedos de dos manos, entrelazadas. Lo que a mí me resta es lo que tú nunca tuviste; lo que a ti te queda es lo que yo no tuve jamás. Debemos complementarnos. Pero al cabo de todos estos eones tú puedes comprenderlo.

El viajero asintió en silencio, y ella dejó escapar un suspiro.

—Ay, sí, viejo amigo, mi hora ha pasado; ha pasado como la noche sobrenatural que ya nunca más oscurecerá los valles de Cleftor. La Eternidad ha llegado a su fin, porque los poderes del caos han sido domeñados. ¡Y con qué pocas cadenas! El deseo de una niña de ayudar a su madre; la aversión de los aprendices hacia su amo; la indignación de un buhonero y el amor de una hermana por su necio hermano.

—Entonces, también mi momento ha pasado —dijo el viajero, ignorando la enumeración de las tretas que empleara para triunfar, lo cual era justo, pues todo cuanto había hecho lo debía a los dones que ella le otorgara—. Y... Y no lo lamento en absoluto. Había casi llegado a extrañar a los enemigos con quienes me medí en otros tiempos. Hubieras podido aniquilarme a causa de esa debilidad.

—Hubiera podido. —La respuesta era previsible. Ella podía... todo. Ahora, empero, no era cuestión de «poder» sino de «querer», y los días de la arbitrariedad del caos habían pasado para siempre.

Hubo un largo silencio, y luego el viajero se desperezó y bostezó.

—Ansío descansar —dijo—. Pero... una pregunta más: ¿Quién vendrá después de nosotros?

—Deja que él decida quién es —dijo la joven pálida, y lo tomó de la mano que no empuñaba el báculo. Dieron media vuelta, y juntos se encaminaron hacia la ausencia.

FIN